

Exposición permanente Centro Cultural Universitario de Tlatelolco. Foto: Iván Wrobel

“NUEVOS ABORDAJES Y PROBLEMAS ACTUALES DEL CAMPO DE ESTUDIOS SOBRE MEMORIA SOCIAL”

**COORDINACIÓN DE JULIETA LAMPASONA Y
DOLORES SAN JULIÁN**

TANIA MARCELA HERAZO MAYORGA Y ANA GUGLIELMUCCI/ PAULINA ALVAREZ/ ANDREA
VIZCAÍNO, ISABEL CEDRÉS, MALENA ZUNINO Y NILIA VISCARDI/DÉBORA ESPINOSA
MONTESINOS/MARCO CARRANZA RÍOS

.Sumario

EDITORIAL

- Desde la redacción de Clepsidra: un aniversario, entre novedades y despedidas.* Claudia Feld y Soledad Catoggio 4

ARTÍCULOS

- Introducción: “Las memorias latinoamericanas y sus desafíos en las sociedades contemporáneas”.* Julieta Lampasona y Dolores San Julián 7

- “Rehabitar la casa”: subjetividades políticas y memorias de la ausencia en tiempos de insurgencia y contrainsurgencia en Colombia,* Tania Marcela Herazo Mayorga y Ana Guglielmucci 10

- La escena memorial de Tlatelolco: Una narrativa sacrificial en tiempos múltiples,* Paulina Alvarez 29

- Partir al exilio y convertirse en adulta. Trayectorias vitales de mujeres académicas víctimas de la dictadura cívico-militar uruguaya (1973-1985),* Andrea Vizcaíno, Isabel Cedrés, Malena Zunino y Nilia Viscardi 49

- Memorias no vividas: debates teóricos en torno a la vinculación con el pasado no experimentado en contextos de movilización estudiantil,* Débora C. Espinosa Montesinos 69

- Mediación y poder: Roma como artefacto de memoria en la era del streaming,* Marco A. Carranza Ríos 87

RESEÑAS

- Están por acá,* Ana Longoni 109
- Relativizar para justificar,* Santiago Cueto Rúa 111
- Los afectos y emociones para la represión,* Joan Portos Gilabert 114
- Historias sobre género, trabajo y represión en tiempos de negacionismo,* Cristian Nahuel Rama 117
- Fronterita contado desde abajo,* Constanza Cattaneo 120

.Equipo editorial

Directora: Claudia Feld

Codirectora: Soledad Catoggio

Coordinadora General: Ayelén Colosimo

Coordinadora Sección Entrevistas: Soledad Catoggio

Coordinadora Sección Reseñas: Julieta Lampasona

Comité editorial: María Luisa Diz, Marina Franco, Cora Gamarnik, Santiago Garaño, Julieta Lampasona, Florencia Larralde Armas, Luciana Messina, Laura Mombello, Alejandra Oberti, Valentina Salvi, Joaquín Sticotti, Nadia Tahir, Ayelén Colosimo, Claudia Bacci y Julieta Pachano.

Comité científico: Jens Andermann (University of Zurich), Alejandro Baer (University of Minnesota), Vikki Bell (University of London), Pilar Calveiro (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México), Alejandro Cerda (Universidad Autónoma Metropolitana/Xochimilco, México), Rubén Chababo (Universidad Nacional de Rosario), Carlos Demasi (Universidad de la República, Uruguay), Katherine Hite (Vassar College, Nueva York), Elizabeth Jelin (CIS-CONICET/ IDES), Daniel Lvovich (UNGS / CONICET), Joanna Page (University of Cambridge), Nelly Richard (Universidad de Arte y Ciencias Sociales, ARCIS, Chile), Kathryn Sikkink (Harvard University), Steve Stern (University of Wisconsin-Madison), Sofia Tiscornia (UBA / CELS), Ricard Vinyes (Universidad de Barcelona).

Diagramación: Nicolás Gil

Apoyo editorial, corrección y administración del OJS: Joaquín Vitali

Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria es una publicación del Núcleo de Estudios sobre Memoria (CIS-CONICET/IDES-UNTREF) y cuenta con el auspicio de la Red Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria Social (RIEMS). Esta publicación cuenta con el apoyo para la puesta en línea y edición del Centro de Investigaciones Sociales (CIS) y del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES).

Matías Alcaraz colaboró en las instancias del proceso editorial de este número en el marco de la Pasantía de Práctica Profesional en Instituciones Públicas u ONG, Carrera de Edición, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Correos electrónicos:

revistamemoria@yahoo.com.ar;

nucleomemoria@yahoo.com.ar

Sitio de la revista:

<https://revistas.ides.org.ar/clepsidra>

Núcleo de Estudios sobre Memoria, CIS-CONICET/
IDES-UNTREF, Aráoz 2838, Ciudad Autónoma de
Buenos Aires, Argentina



CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIALES



.Editorial

Desde la redacción de Clepsidra: un aniversario, entre novedades y despedidas

Hace cuarenta años, el 9 de diciembre de 1985, se cerraba el histórico juicio a las juntas militares que marcaría un rumbo para la transición argentina por las siguientes décadas. Allí, seis jueces civiles habían escuchado, durante meses, cientos de testimonios conmovedores sobre secuestros, torturas, asesinatos, violaciones, robos de niños/as y otras atrocidades cometidas por la dictadura. Las víctimas –sobrevivientes de los centros clandestinos de detención y familiares de desaparecidos/as–, construían con sus historias, en ese escenario, una prueba irrefutable del horror. La imagen de aquellos militares que poco antes habían sido dictadores todopoderosos sentándose en el banquillo de los acusados recorrió el mundo. Eran tiempos de expectativas democráticas, de construcción institucional, de desterrar la violencia para construir el futuro.

El juicio a las juntas de 1985 no fue solamente una acción de la Justicia, fue también un camino socialmente recorrido para construir una verdad democrática sobre la violencia ocultada y silenciada por los militares, y fue uno de los primeros emprendimientos memoriales que el Estado argentino, respaldado por las mayorías, se dio para que las siguientes generaciones recordaran esos terribles crímenes, tanto en nuestro país como en otros de la región igualmente afectados por dictaduras en las décadas de los años setenta y ochenta.

Cuarenta años después, la memoria ha cobrado un valor político en nuestra región, que va más allá de la justicia transicional. Las demandas sociales por construir memorias, saber la verdad y hacer justicia interpelan nuestro presente desde cuestiones diversas y acuciantes: la violencia institucional cotidiana que sufren vastos sectores de nuestras sociedades, las crecientes desigualdades estructurales, la explotación frenética de nuestro planeta, las devastadoras consecuencias del neocolonialismo, y por supuesto, las guerras y genocidios que se siguen produciendo en lugares como Ucrania y Gaza.

Ante estas realidades, en América Latina emergen diversas formas de movilización memorial que –haciendo uso de un variado repertorio de estrategias narrativas, apuestas estéticas, museísticas, y otras– promueven la activación y resignificación del pasado para transformar el presente y proyectarse hacia un futuro más justo.

En este contexto, este número de *Clepsidra* trae algunas novedades y una despedida. Por primera vez, nuestra publicación hizo una convocatoria con temática abierta, dentro de un marco amplio: “Nuevos abordajes y problemas actuales del campo de estudios sobre memoria social”. Sabemos que el campo de investigaciones sobre memorias sociales está en permanente transformación y nos interesó conocer algunos de los temas emergentes, que podían llegar a nuestra revista a partir de quienes están indagando en este momento en distintos países de América Latina. El trabajo de evaluación y correcciones nos llevó a publicar esta convocatoria en dos números: el presente, número 24, y el próximo, 25, que aparecerá en abril de 2026. Entre los más de 20 textos recibidos, hemos encontrado trabajos muy interesantes que necesitan todavía **más tiempo de maduración y por eso no** pudieron ser publicados. Otros requirieron **más de un borrador para arribar a su versión final** y por esa razón no llegaron a ser incluidos en este número. Varios están todavía en proceso de finalización. De esta manera, hemos publicado en este número cinco textos que, por primera vez en la revista, se centran en diálogos entre memorias latinoamericanas, sin abordar problemáticas argentinas. México y Colombia son países que gestionan su pasado y procesan sus memorias sobre hechos de violencia todavía presentes. Cuatro artículos de este número recorren diversas problemáticas memoriales en esos países, que van desde los espacios de recordación hasta el rol del cine, pasando por las movilizaciones callejeras y los testimonios. El restante artículo se refiere a Uruguay, con una temática actualmente muy central en los estudios sobre memoria: las infancias y adolescencias afectadas por las dictaduras. En *Clepsidra* hemos dedicado dos números a este tema (los números [19](#) y [20](#)) y vemos con interés que las indagaciones al respecto se siguen expandiendo en distintos países.

La imagen de tapa forma parte de la exposición permanente del Museo Memorial 68 y Movimientos Sociales de México, en el Centro Cultural Universitario de Tlatelolco. Fue tomada y cedida por Iván Wrobel. La elegimos por la elocuencia de sus consignas e ilustraciones para evocar la historia de las luchas del subcontinente, en tanto marca identitaria del presente, no solo del pasado.

Invitamos, antes de recorrer estos artículos, a leer la nota introductoria de las coordinadoras del número, Julieta Lampasona y Dolores San Julián. También alentamos a leer los textos de la sección Reseñas en la que presentamos cinco libros argentinos de reciente aparición, que abordan tanto la historia reciente como los desafíos políticos de la actualidad, las memorias locales de distintas provincias y algunas novedades teóricas de importancia para nuestro campo de indagaciones.

En esta ocasión, la sección reúne: la mirada de Ana Longoni sobre el trabajo de Mariana Tello Weiss, *Fantasma de la dictadura. Una etnografía sobre apariciones, espectros y almas en pena* (Buenos Aires: Sudamericana, 2024); la lectura de Santiago Cueto Rúa, del libro de Hernán Confino y Rodrigo González Tizón, *Anatomía de una mentira. Quiénes y por qué justifican la represión de los setenta* (Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2024); la revisión de Joan Portos Gilabert del trabajo de Santiago Garaño, *Deseo de combate y muerte. El Terrorismo de Estado como cosa de hombres* (Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2023); la reseña de Cristian Nahuel Rama, de la obra colectiva de autores varios, *Perseguidores y*

perseguidos: estudios sobre género, trabajo y represión en la historia argentina reciente (Buenos Aires, Prometeo, 2024) y el comentario de Constanza Cattaneo acerca del libro de Ana Sofía Jemio, Silvia Gabriela Nassif y Daniela Wieder, *Fronterita cuenta su historia* (Tucumán, Humanitas, Departamento de Publicaciones, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 2025).

La publicación de *Clepsidra* es una tarea colectiva en la que quienes trabajan lo hacen de manera comprometida y rigurosa, por eso en cada número nos importa mencionar y agradecer a cada una y cada uno por la enorme tarea realizada. Gracias a Ayelén Colosimo, coordinadora general; a Dolores San Julián y a Julieta Lampasona, por la coordinación académica del número; a esta última, además, por la dirección de la sección Reseñas; a Joaquín Sticotti, por el apoyo en la corrección; a Nicolás Gil, diagramador y a Joaquín Vitali, editor, corrector y supervisor de la plataforma de la revista. En nuestro comité editorial hay dos incorporaciones que queremos mencionar y también agradecer: Claudia Bacci y Julieta Pachano aceptaron incluirse en la tarea cotidiana de hacer *Clepsidra*, a partir de este número. Agradecemos también a Iván Wrobel por cedernos amablemente la foto de tapa. Como siempre, reconocemos el apoyo institucional permanente del Centro de Investigaciones Sociales (CIS-CONICET/IDES-UNTREF), de su personal y de sus autoridades.

Más arriba dijimos que este número, además de las novedades, traía una despedida. Nuestra codirectora, Soledad Catoggio, deja ese puesto después de nueve años de trabajo con nosotras/os. Quisiéramos aquí reconocer públicamente, además de toda la tarea realizada en cada número –que siempre es inmensa y esforzada–, las incontables contribuciones sustanciales que Soledad hizo a nuestra publicación, pensando, ideando, gestionando, acercando siempre su mirada aguda, proponiendo soluciones, conteniendo al equipo en momentos difíciles y poniendo el hombro a cada paso. ¡Gracias por todo esto! Soledad seguirá, por supuesto, cercana a nuestro trabajo como parte del Comité editorial; pero, desde aquí, le deseamos una gran continuación de su tarea y de su carrera, en otros espacios y otros rumbos.

Tomo la palabra como co-directora y en esta última editorial compartida quiero agradecer especialmente a Claudia Feld, directora, por su generosa invitación a sumarme a la revista, en 2016. Agradezco enormemente la confianza, los aprendizajes y el desafío constante. Doy las gracias también a todo el equipo de la revista, a los/s coordinadores/as de los dossiers, a autores/as, entrevistados/as, colaboradores y al personal de la institución que nos aloja por el gran trabajo compartido estos años. En estos once años que lleva de vida, *Clepsidra* no paró de crecer y de proyectarse, a pesar de las muchas dificultades. En el contexto global, de auge de negacionismos, relativismos y desmemorias, el rol de revistas como *Clepsidra* se vuelve imprescindible. No me despido, me quedo cerca, pero doy lugar e invito a otros y otras a sumarse y abrazar la tarea.

Claudia Feld

Directora

Soledad Catoggio

Codirectora

Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria

“Nuevos abordajes y problemas actuales del campo de estudios sobre memoria social”

COORDINACIÓN DE JULIETA LAMPASONA Y DOLORES SAN JULIÁN



Exposición permanente Centro Cultural Universitario de Tlatelolco. Foto: Iván Wrobel

Introducción: “Las memorias latinoamericanas y sus desafíos en las sociedades contemporáneas”

Los estudios sobre memoria social, como campo transdisciplinar que acoge intereses surgidos a lo largo de varias décadas en distintas ciencias sociales y humanas, no cesaron de ampliar y diversificar sus objetos, problemas y líneas de investigación. En este marco, los trabajos reunidos en el presente número tratan sobre temas tan variados como actuales, como los exilios políticos, las narrativas museográficas, el cine y las plataformas audiovisuales, los anclajes memoriales de los movimientos estudiantiles y la producción de subjetividades en contextos de conflicto armado. A partir de investigaciones desarrolladas en diferentes países de América Latina, estos artículos invitan a reflexionar sobre problemáticas teóricas, abordajes metodológicos o casos de estudio relevantes para el análisis del fenómeno de la memoria.

Desde Colombia, el trabajo de Herazo Mayorga y Guglielmucci nos acerca a las memorias que construyen familiares de desaparecidos y asesinados durante el periodo de violencia política que tuvo lugar en las décadas del ochenta y noventa. A través de la metáfora de “la casa”, como espacio donde lo íntimo y lo público se entrelazan, se analizan las estrategias narrativas y estéticas desarrolladas por tres familiares en el proceso de sobrevivir a la ausencia de sus seres queridos. Desde una mirada crítica, el artículo explora el modo en que las personas afectadas de manera directa por la violencia reconstruyen sus subjetividades a partir de prácticas y experiencias diversas, que en muchos casos desafían los modos socialmente aceptados –y esperados– de “ser víctima” del conflicto armado.

En el segundo artículo que compone este dossier, Alvarez se interroga sobre los efectos narrativos y memoriales que se derivan de lo que define como la *heterogeneidad temporal* del dispositivo museístico de Tlatelolco, ubicado en la Ciudad de México; particularmente, en lo referido a la conmemoración de la masacre de octubre de 1968. Entendiendo a Tlatelolco como “lugar de memoria”, y a partir del análisis de tres de los elementos exhibitorios allí instalados, la autora explora los efectos de sentido que se producen en y por lo que entiende como la inestabilidad de la escena museística, la centralidad que adquiere la figura del “sacrificio” y las *con-fusiones* de diferentes tiempos históricos de violencia y muertes masivas.

Desde una perspectiva que combina el enfoque de curso de vida con estudios sobre exilio y migración forzada, el trabajo de Vizcaíno, Cedrés, Zunino y Viscardi explora las trayectorias vitales de mujeres académicas que fueron víctimas de persecución política y forzadas a irse del país durante el régimen cívico-militar que tuvo lugar en Uruguay entre 1973 y 1985. A partir del análisis de cinco biografías, el artículo revela la manera en que el *timing* del exilio configuró las transiciones a la adultez de mujeres que finalizaron el liceo en los años previos a la dictadura. En ese marco, el trabajo muestra la relevancia que tuvieron las redes académicas internacionales para la reconstrucción de las trayectorias formativas y profesionales, aunque con impacto diferencial para quienes debieron asumir al mismo tiempo responsabilidades de cuidado.

Enmarcado en la coyuntura mexicana, el artículo de Espinosa Montesinos se interroga sobre la precisión de un conjunto de herramientas teóricas para el abordaje de lo que entiende como *memorias no vividas o formas no convencionales de recordar* en contextos de movilización estudiantil. A partir de un recorrido crítico sobre los conceptos de “posmemoria”, “memoria prestada” y “memoria afirmativa”, y sobre la base de una perspectiva que enfatiza la performatividad política e identitaria de esas memorias en sus usos presentes, la autora explora los alcances y las limitaciones que estas categorías ofrecen al análisis de las formas de activación y resignificación del pasado por parte de actores y colectivos que participaron de las movilizaciones estudiantiles que tuvieron lugar, en este primer cuarto del siglo XXI, en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM, Ciudad de México).

El quinto y último artículo de este dossier, de Carranza Ríos, se inscribe también en el contexto mexicano para pensar, a partir de allí, en una escala más amplia. Interesado en la dinámicas y territorios de las memorias culturales, el trabajo problematiza el rol de la película *Roma*, de Alfonso Cuarón (2018), en lo que califica como la expansión global de la plataforma Netflix y su configuración como un *sitio memórico global*. Como argumenta el autor, dicha plataforma no se reduce a un mero intermediario orientado por una estrategia mercantil o financiera; por el contrario, sino que interviene activamente en la producción y articulación de memorias globales que, al tiempo que estandarizan contenidos y narrativas, se sostienen también en las “autenticidades locales”. Es allí que el artefacto “Roma”, por su “naturaleza dual” y sus dinámicas de acceso masivo, reorganizó -sostiene- “las fronteras entre el cine de autor y el streaming”.

A través de estos trabajos, este dossier espera contribuir al diálogo y la reflexión académica sobre perspectivas y debates de significativa importancia para el presente en materia de memoria.

Julieta Lampasona (Centro de investigaciones Sociales-Consejo Nacional de investigaciones Científicas y Técnicas/Instituto de Desarrollo Económico y Social-Universidad Nacional Tres de Febrero)

Dolores San Julián (Centro de investigaciones Sociales-Consejo Nacional de investigaciones Científicas y Técnicas/Instituto de Desarrollo Económico y Social-Universidad Nacional Tres de Febrero)

“Rehabitar la casa”: subjetividades políticas y memorias de la ausencia en tiempos de insurgencia y contrainsurgencia en Colombia

TANIA MARCELA HERAZO MAYORGA Y ANA GUGLIELMUCCI

Resumen

Este artículo explora la configuración de subjetividades asociadas a experiencias de violencia política en Colombia durante las décadas de 1980 y 1990. A partir de entrevistas etnográficas y análisis de archivo, se analiza cómo tres familiares de víctimas de violencia política han sobrevivido la ausencia de sus seres queridos, ya sea por asesinato o desaparición forzada. La investigación combina la reconstrucción de narrativas personales con un análisis crítico de la memoria y los estudios sobre sobrevivientes de hechos de violencia masiva, con lo que se destaca la importancia de las estrategias creativas en la resignificación de experiencias traumáticas. Por medio de prácticas de agenciamiento y resistencia, se evidencia cómo ellas han transformado los sentidos de la pérdida familiar en nuevas formas de lo que aquí denominamos “habitar la casa”. La investigación demuestra cómo estas prácticas desafían las narrativas oficiales sobre lo que significa “ser víctima” del conflicto armado y contribuyen a la construcción de una memoria colectiva crítica y plural en los sobrevivientes de violencia política.

Palabras Clave:

violencia política; víctima; memoria crítica; Colombia

Recepción: 10/7/2025

Aceptación: 8/9/2025

Re-inhabiting the home: Political subjectivities and the memory of absence in Colombia's years of insurgency and counterinsurgency.

Abstract

This article explores the configuration of subjectivities associated with experiences of political violence in Colombia during the 1980s and 1990s. Based on ethnographic interviews and archival analysis, it analyzes how three relatives of victims of political violence have survived the absence of their loved ones, either by assassination or forced disappearance. The research combines the reconstruction of personal narratives with a critical analysis of memory and studies on survivors of mass violence, highlighting the importance of creative strategies in the resignification of traumatic experiences. Through practices of agency and resistance, survivors have transformed senses of family loss into new forms of what we refer to here as “inhabiting the house”. The research demonstrates how these practices challenge official narratives about what it means to “be a victim” of the armed conflict and contribute to the construction of a critical and plural collective memory by survivors.

Keywords: Political Violence; Victim; Critical Memory; Colombia

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons 4.0 Internacional. (Atribución-No Comercial-Compartir Igual)
<https://doi.org/10.59339/c.v12i24.761>

Herazo, T.M. y Guglielmucci, A. (2025). “Rehabitar la casa”: subjetividades políticas y memorias de la ausencia en tiempos de insurgencia y contrainsurgencia en Colombia. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 12(24), 10-28.



“Rehabitar la casa”: subjetividades políticas y memorias de la ausencia en tiempos de insurgencia y contrainsurgencia en Colombia

TANIA MARCELA HERAZO MAYORGA* Y ANA GUGLIELMUCCI**

Introducción

Las políticas insurgentes y contrainsurgentes durante las décadas de 1980 y 1990 en Colombia afectaron a gran parte de la población, entre la que se encontraban no solo a los actores directamente involucrados en el conflicto armado. De hecho, las personas protagonistas de nuestra investigación afirman que, en el marco de estas políticas, “la guerra se nos metió a la casa”, lo cual causó descalabros en espacios sociales, relaciones afectivas, legados familiares, entre otras dimensiones de la vida cotidiana.

La casa¹, entendida en términos relacionales y metafóricos como el ámbito de la configuración de la intimidad, es un espacio donde lo familiar y lo público se entrelazan y revelan las complejidades del impacto de formas de violencia extrema. En ellas, como ha analizado Pamela Colombo (2017) para el caso de las desapariciones forzadas en Tucumán, Argentina (1975-1983), lo conocido y lo cotidiano conviven con una ausencia que nunca se resuelve. La desaparición inaugura así nuevos modos de ser y estar allí: los modos del (des)habitar, de continuar viviendo en la misma casa, pero de una manera dislocada, “des-esperada”. Estos espacios pueden, por lo tanto, convertirse en un testimonio material y simbólico de profundas transformaciones en las relaciones sociales y en las formas afectivas de construir memorias personales y colectivas. Para dar cuenta de dichas transformaciones, en este texto reconstruimos y analizamos las narrativas memoriales

1 La metáfora de la casa no surge de manera explícita en las voces con quienes interlocutamos, sino que constituye una elaboración conceptual propia. Esta figura articula dos dimensiones: por un lado, la experiencial, que permite comprender cómo la violencia irrumpe en lo íntimo y reconfigura los vínculos familiares; y, por otro, la teórica, que dialoga con autores que han concebido la casa como objeto cultural y de memoria (De Matta, 1987; Perrot, 1991; Jelin, 2001; Ricoeur, 2002). En este sentido, la metáfora funciona como recurso hermenéutico para interpretar cómo la violencia política irrumpe en lo íntimo y reconfigura los vínculos familiares y las subjetividades.

* Psicóloga, Magíster en Conflicto, Memoria y Paz. Estudiante del Doctorado en Estudios Sociales de la Universidad del Rosario. Líder de Apropiación Social del Conocimiento y profesora de la Universidad Autónoma de Bucaramanga. ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-0657-1116> Contacto: therazo@unab.edu.co

** Doctora en antropología, Universidad de Buenos Aires. Investigadora independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Profesora de la Escuela de Ciencias Humanas y directora de la Maestría en Conflicto, Memoria y Paz de la Universidad del Rosario. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7498-264X> Contacto: anagugliel74@gmail.com

configuradas por familiares sobrevivientes² de tres víctimas de violencia política en Colombia, centrándonos en cómo dicha experiencia de un *evento crítico*³ (Das, 1995) –como la desaparición forzada y el asesinato– ha sido resignificada a través de diversas estrategias estéticas, afectivas e identitarias, que friccionan el canon de la figura de víctima (Gatti, 2017).

De manera semejante a como ya ha señalado Wolf (2019), en cuanto a los descendientes de sobrevivientes del Holocausto, las memorias del *trauma* de sus familiares muchas veces están arraigadas en otros recuerdos positivos, que incluyen la forma en que se han contado las historias de estos eventos. Por lo tanto, los recuerdos posteriores del trauma no necesariamente eclipsan ni dominan otros recuerdos familiares más positivos, entre ellos los recuerdos de alegría (Wolf, 2019, p. 74).

Con el fin de registrar y analizar la manera en que se han construido memorias vividas en espacios donde se habita la ausencia, se realizaron conversaciones informales y entrevistas etnográficas con la esposa de un trabajador de la cafetería, desaparecido en la retoma del Palacio de Justicia (1985), la hija de un exdirigente guerrillero del Ejército de Liberación Nacional (ELN) asesinado en 1985 por miembros de su propio grupo y el hijo de un periodista y poeta asesinado en 1991 cuando investigaba sobre una masacre paramilitar. A su vez, se consultaron diversas fuentes documentales como fotografías, artículos periodísticos, videos, libros y legajos jurídicos para reconstruir los contextos en los que tuvieron lugar estos crímenes y los ejercicios de memoria llevados adelante por nuestras interlocutoras e interlocutor.

Para realizar este análisis sobre la manera en que los eventos de violencia política han sido resignificados a través de diversos procesos de subjetivación, nos basamos en un enfoque fenomenológico-hermeneúutico (Castillejo, 2009; Fuster, 2019), que destaca la importancia de la experiencia vivida por las personas y su dimensión sensible y simbólica. Las experiencias subjetivas configuran formas de comprender el mundo y modos de relacionamiento particulares en un contexto de conflicto armado. Desde este enfoque, la memoria es comprendida como una dimensión fundamental de la experiencia vivida y, por lo tanto, es considerada un objeto de trabajo o *anamnesis* (Ricoeur, 2003) que se construye, consolida, transmite y legitima en el quehacer cotidiano.

2 El uso de la categoría de sobreviviente ha estado históricamente ligado a quienes fueron blanco directo de violencias extremas. Sin embargo, en el contexto colombiano, la violencia política no se limita a un hecho acotado en el tiempo, sino que se prolonga y se transforma, afectando de manera directa y sostenida a los familiares de las víctimas de diferentes modalidades de violencia. En ese sentido, siguiendo a Das (2007) y Segato (2016), la violencia no se clausura en el instante del acto, sino que se inserta en la vida cotidiana y en el tejido social, y reconfigura las relaciones y la experiencia de quienes permanecen. Así, los familiares de las víctimas no solo cargan con la ausencia, sino con la reproducción de amenazas, el desplazamiento forzado, la estigmatización o la revictimización institucional, lo que los sitúa en una condición de supervivencia extendida. Por ello, el empleo de la categoría en este trabajo busca visibilizar la experiencia específica de quienes resisten a los vestigios persistentes de la violencia, no como una extrapolación acrítica del uso original del concepto, sino como una adaptación necesaria al caso, donde la supervivencia implica afrontar cotidianamente la continuidad y mutación de las formas de violencia.

3 Según Veena Das (1995), un evento crítico es aquel que produce una ruptura en la continuidad de la vida cotidiana, y genera una pérdida de sentido y la necesidad de reconfigurar las formas de actuar y comprender el mundo. Estos eventos no solo son traumáticos, sino que también tienen el potencial de transformar las estructuras sociales y las formas en que las personas se relacionan con su entorno.

Como mostraremos más adelante, en el marco de estas experiencias de subjetivación y construcción de memorias en contextos de violencia, el reconocimiento social y jurídico del sufrimiento y la condición de víctima han tenido un lugar central (Fassin y Rechtman, 2009; Guglielmucci, 2017; Zenobi, 2023), pero este no agota las maneras posibles de dotar de sentido ciertos eventos traumáticos y sus marcas en distintos espacios de vida como la casa. La experiencia subjetiva de la violencia y como se habita la ausencia-presencia son, por lo tanto, elementos centrales en nuestro análisis.

La guerra se nos metió a la casa: violencia política en Colombia en las décadas de 1980 y 1990

Para poder comprender las experiencias originarias de violencia que atravesaron a las personas que hacen parte de este trabajo es importante detenerse en las décadas de 1980 y 1990 en Colombia y observarlas desde las macropolíticas latinoamericanas en un contexto internacional. Las tensiones crecientes de la Guerra Fría (1947-1991), una amenaza nuclear inminente y las más crueles violaciones de derechos humanos, resumen someramente lo que significaron esas décadas marcadas por acciones de insurgencia y contrainsurgencia a nivel nacional, regional y mundial (Grandin, 2004; Vega Cantor, 2015).

En Colombia, durante ese periodo, se sostuvo la dicotomía constante entre la búsqueda de la paz y, al mismo tiempo, la continuidad de acciones violentas de muy alta complejidad ejecutadas por diferentes actores armados como guerrillas, paramilitares, narcotraficantes y las propias fuerzas públicas. La complicidad de sectores institucionales para cometer graves delitos, la expansión de los grupos armados, la fragmentación del territorio y el despojo de tierras fueron hechos clave de esta época, al igual que la organización de iniciativas colectivas de movilización social y política para defender la vida y los territorios y ampliar la participación ciudadana en los mecanismos democráticos republicanos. Según Marín Rivas (2017), hacia finales de la década del 80 fue la cúspide de las violaciones masivas y sistemáticas de los derechos humanos. La población civil se convirtió en el blanco de las acciones armadas y se impusieron prácticas y repertorios de violencia que hasta el día de hoy siguen en aumento, incluso después de la firma del Acuerdo de Paz entre el gobierno nacional y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP) en el año 2016. A su vez, se registraron eventos que marcaron el curso de la historia del conflicto armado en el país. Desde el Estado se persiguió al opositor político al punto de liquidarlo, como ocurrió con miles de integrantes de la Unión Patriótica (UP). Finalmente, se terminó por consolidar con mucha precisión una relación siniestra entre lo legal y lo ilegal, instalada en los vestigios de la institucionalidad.

Revisar lo acontecido a la luz de las experiencias de los familiares de víctimas de violencia política está surcado por las marcas de la impunidad. Sin embargo, en el marco de estas circunstancias, también han emergido diversas iniciativas de denuncia pública que han obligado a mirar una y otra vez hacia el pasado. A conti-

nuación, reconstruimos tres episodios violentos que ocurrieron durante esta época y que marcaron de manera significativa la vida de las personas que acompañaron este trabajo de investigación. Esta reconstrucción ha estado guiada por nuestro propio criterio de selección, tomando en consideración elementos significativos de la propia experiencia discursiva de nuestras interlocutoras e interlocutor.

El Palacio en llamas: La desaparición de Jimmy

El 6 de noviembre de 1985, miembros de la organización guerrillera urbana Movimiento 19 de abril (M-19) tomaron el Palacio de Justicia en Bogotá para juzgar al presidente Betancur por incumplir los acuerdos de paz. La respuesta del Estado fue un asalto militar de más de veintisiete horas con tanques, explosivos y más de mil soldados. Más de trescientas personas estaban dentro, entre ellas Héctor Jaime Beltrán, mesero de la cafetería. La operación dejó alrededor de cien muertos, incluidos magistrados y civiles, y varios desaparecidos. Reconstruir lo sucedido alrededor de la toma y retoma del Palacio es un trabajo difícil, pues se superponen múltiples voces en torno a cómo ocurrieron los hechos en un espacio que fue completamente destruido por el fuego (Guglielmucci y Márquez, 2022). El Palacio en llamas, con decenas de cadáveres y restos incinerados, fue televisado. Sin embargo, algunos hechos siguen siendo un misterio porque miles de documentos fueron destruidos, escondidos o censurados.

Jimmy, como cariñosamente lo llamaba su familia, fue visto por última vez siendo evacuado del Palacio. Ese día llevaba consigo una foto de sus hijas, tras prometerle a Pilar, su esposa, que si la perdía no volvería. No volvió. Fue clasificado como “rehén especial” y sometido, como otros trabajadores, a torturas e interrogatorios. Su familia lo buscó durante treinta y dos años, y recibió amenazas por insistir en la verdad. El 18 de septiembre de 2017, día en que cumpliría sesenta años, recibieron sus restos: su cuerpo fue encontrado en la tumba del magistrado auxiliar Julio César Andrade. Jimmy tenía veintiocho años cuando desapareció.

Lo que la violencia se llevó: el asesinato de Julio Daniel Chaparro

El 24 de abril de 1991, Julio Daniel Chaparro, cronista de *El Espectador*, fue asesinado en Segovia (Antioquia) mientras investigaba sobre una masacre paramilitar ocurrida en 1988. Viajaba junto a Jorge Torres, reportero gráfico, con quien registraba cómo los pueblos marcados por la violencia sobreviven gracias a la voluntad de paz de sus habitantes. Junto a su cuerpo encontraron sus gafas, una caja de cigarrillos y una libreta en la que había escrito: “asoma el blanco sol de abril”. Aunque inicialmente la Fiscalía atribuyó el crimen al ELN, la investigación fue negligente: no se examinaron los riesgos del oficio ni se entregó su libreta de apuntes. El 23 de abril de 2025, el Estado Colombiano firmó un acuerdo de solución amistosa reconociendo su responsabilidad y comprometiéndose a la reparación integral.

Julio fue poeta antes que periodista. Desde niño escribía versos que recogía con devoción. En vida publicó *Y éramos como soles* y *País para mis ojos*; después de su asesinato, se publicó *Árbol ávido* y más tarde *Antología viva*. Murió con veintinueve años, sin llegar a escuchar el balbuceo de su hijo, como escribió en un poema

premonitorio. Su asesinato fue declarado crimen de guerra⁴, un acto imprescriptible que aún resuena en la memoria del periodismo colombiano y en la poesía que dejó sembrada como rastro de su sensibilidad.

El “ajusticiamiento” de desertores: el asesinato de Ricardo Lara Parada

Ricardo Lara Parada fue uno de los primeros exguerrilleros del ELN que abandonó las armas para fundar el Frente Amplio del Magdalena Medio (FAM), un movimiento social y político de izquierda. Fue elegido concejal por voto popular, pero su tránsito a la vida civil le costó la vida. El 14 de noviembre de 1985 fue asesinado, y su hija Mónica, siendo apenas una niña, lo vio agonizar a través de una puerta entreabierta. Tras nueve años en el monte, Ricardo decide desertar del ELN en 1973, fue capturado y condenado, y tras cumplir condena, se acogió a la amnistía de Betancur en 1983. A pesar de ello, la dirección del ELN nunca le perdonó su salida: lo declararon traidor y ordenaron su muerte.

Ricardo no fue asesinado por el Estado, sino por sus antiguos compañeros de lucha. En los relatos oficiales del ELN su figura ha sido borrada o vilipendiada: no se le reconoce como cofundador y su memoria ha sido distorsionada con acusaciones sobre su vida personal y su moral. En libros como *ELN: una historia contada a dos voces* de Carlos Medina Gallego (1996), su desertión es usada como justificación de su asesinato. La violencia de su exclusión muestra otra forma de silenciamiento: no sólo se mata el cuerpo, también se borra el legado.

La casa vacía: habitar la ausencia

Los procesos personales e íntimos que ocurren en y alrededor de estos eventos críticos se vinculan con temas y problemáticas de interés público, histórico y de construcción de memorias colectivas sobre las políticas insurgentes y contrainsurgentes de las décadas de 1980 y 1990 en Colombia. En este apartado buscamos responder cómo fueron experimentados y significados estos hechos de violencia por algunos de sus familiares. Para ello reconstruimos la manera en que Pilar (esposa de Jimmy), Daniel (hijo de Julio) y Mónica (hija de Ricardo) han resignificado estas experiencias de violencia de manera creativa y transgresora, en un sentido estético y político.

Para dar cuenta de esto, nos detendremos en tres momentos muy específicos de su historia utilizando la metáfora de la casa (Kövecses, 2002; Lakoff, 1996; Turner, 1969)⁵. Primero, describimos el antes del momento disruptivo violento (cuando la violencia se les metió a la casa); segundo, el momento en el que se corporiza la experiencia de la ausencia, al cual denominamos como *la casa vacía*. Este concepto alude a la experiencia de habitar la ausencia-presencia, la cual se gestiona a través de diferentes herramientas narrativas y estéticas. Tercero, analizamos la trans-

4 En 2018, la Fiscalía General de la Nación, a través de la Dirección Especializada contra las Violaciones a los Derechos Humanos, declaró el doble homicidio como crimen de guerra y responsabilizó al ELN. Para 2020, se profiere una resolución de acusación a tres miembros de la organización. Finalmente, en 2021, la CIDH admite la petición realizada. Más detalles del caso se pueden encontrar [aquí](#).

5 Nuestro lenguaje está saturado de metáforas que simplifican fenómenos complejos y permiten conectar con marcos emocionales compartidos. La casa es entendida en este trabajo como una metáfora que permite dar cuenta de experiencias corporales, culturales y emocionales asociadas a eventos críticos.

formación de esta experiencia por parte de nuestros interlocutores para ubicarse como agentes políticos en el proceso subjetivo de “rehabitar la casa”.

La experiencia vivida de quien permanece en la casa donde entró la violencia puede mutar. Sin embargo, en las entrevistas y conversaciones informales, nuestras interlocutoras e interlocutor marcan un antes y un después de la irrupción de la violencia en el hogar, que produce diversas formas de expresión en la cotidianidad. Cuando la guerra entra a la casa pareciera que no sale nunca, porque se vuelve un bucle infinito. Muchas de las familias deben huir, otras pierden más familiares cuando empiezan a buscar justicia y luchar contra la impunidad o experimentan formas de exclusión, amenazas, silencios intrafamiliares y fragilidades en los vínculos sociales y las condiciones materiales de vida. Paralelamente, cada miembro de la casa parece desdoblarse: los sueños, las costumbres, los hábitos y las percepciones se transforman. Es como si se desintegrara el piso de la casa y, entonces, la propia subjetividad dejara de posar como una, segura y monolítica, apoyada en la norma, para convertirse en una rizomática, flexible, que experimenta otros modos de existencia y de creación (Estrada, 2015).

Los vacíos en la casa que deja la guerra traen consigo para los sistemas familiares la desintegración y recomposición de los vínculos, con el propósito de enfrentar la pérdida de sus integrantes. En el contexto colombiano, en muchos casos acostumbrado a la ausencia paterna, el impacto subjetivo no deja de ser desigual y dinámico. Los cuerpos de la experiencia, femeninos en el caso de Pilar y Mónica, suelen ajustarse a los estándares que el contexto sociohistórico les impone. En el caso de Pilar, ella tuvo que asumir el rol de proveedora de su familia, al mismo tiempo que emprendía la búsqueda de su esposo desaparecido. Ello significó dejar a sus hijas sin su cuidado. Como mujer joven de clase social media baja sufrió las consecuencias de la ausencia de su marido de una manera violenta e intempestiva. Jimmy era para ella un núcleo fundamental, no solo económico sino relacional en su sistema familiar. Su desaparición debilitó la red de apoyo, agudizándose las situaciones de vulnerabilidad:

Cuando ocurrió la toma y retoma y lo desaparecen, pues es que no sabíamos de la desaparición... Es tan cruel, porque uno no sabe si va a llegar o no. Se está esperando todos los momentos del día para que él llegue. Entonces no sabía qué hacer ...lo único que sabía era que tenía que trabajar porque tenía cuatro niñas. Nosotros realmente sí vivíamos de las propinas, entonces ya propinas no había. Yo era la mamá, tenía que responder. Empecé a buscar trabajos y trabajos durísimos. Eran experiencias muy duras, por la humillación. Yo digo que pasó una cosa y es que mis hijas perdieron, se les desapareció el papá y perdieron a su mamá también. Yo nunca volví a estar con ellas, nunca jamás. Me iba a trabajar en lo que fuera y después ya teníamos que iniciar la búsqueda y nos metemos por todo lado. Las denuncias, la búsqueda, las marchas y los juicios se transformaron en mi diario vivir. (Pilar Navarrete, comunicación personal, 15 de noviembre de 2021)

La desaparición de Jimmy produjo en Pilar fuertes implicaciones subjetivas e interpersonales, relacionadas a lo público del caso y la naturaleza misma del hecho: la oscilación constante entre un halo de esperanza por un posible reencuentro o el

hallazgo del cuerpo sin vida. Además, esta situación le impuso *el deber moral de la espera como responsabilidad femenina*. Esto incidió en la forma como Pilar intentó reconstruir su vida luego de la ausencia de su marido y padre de sus hijas:

Me fui a vivir un tiempo a Venezuela porque, cuando yo conocí a mi pareja de ese momento, a los papás de Jimmy y al hermano que era del DAS no le pareció nada gracioso y me amenazó de muerte si yo me iba a vivir con alguien. Fue horrible. Entonces, yo me fui lo más lejos posible. Muchas personas me reclamaron y me desprendí del proceso como dos años y medio o tres. (Pilar Navarrete, comunicación personal, 15 de noviembre de 2021)

La violencia rompe con las formas tradicionales de relación e introduce en la vida de las personas que “habitan la casa” nuevas dinámicas de poder. Se modifican prácticas productivas y reproductivas, distribuciones de roles de género, las formas en las que se transmite y se reciben afectos y las características que definen a cada miembro en la estructura familiar. A su vez, la experiencia se tramita en el cuerpo de forma particular y los marcos sociales donde fue configurado ese cuerpo sostienen los estigmas y normas que, a veces, limitan que los sujetos puedan atreverse a vivir y sentir su experiencia de manera diferente a la que les ha sido asignada. Pero, de manera inevitable, dentro de cada cambio en la configuración familiar surgen otras relaciones, responsabilidades y actividades.

En el caso de Mónica, hija de Ricardo Lara, su cuerpo asumió la experiencia de violencia desde el silencio y el miedo. Los cambios constantes de nombre y de vida agudizaron la ruptura de sus lazos primordiales con el núcleo familiar y dificultaron la resignificación de su experiencia. De manera semejante a Pilar, fue su madre quien asumió al mismo tiempo el rol de proveedora y de cuidadora. Pero, a diferencia del caso de Pilar, al ser aislada de lo sucedido, Mónica vivió una infancia normativizada y amparada en la evasión de la historia de su figura paterna asesinada. En *Los hundidos y los salvados* (1986), Primo Levi advierte que la violencia extrema puede quebrar la subjetividad al carecer de sentido, lo que dificulta su narración. En el caso de Mónica, la evasión no fue una elección, sino una respuesta a la crisis familiar tras la muerte de su padre. Para sobrevivir, las circunstancias pueden incidir en la voluntad de no saber o de evadir la transmisión del recuerdo (Jelin, 2001), lo que impulsa a abrazar una práctica de olvido que permite conservar cierta normalidad y alejar las posibles tensiones que generan estas experiencias traumáticas:

Cuando yo era pequeña, mi papá siempre nos involucró en todo proceso político y social. O sea, yo no era la niña que cantaba rondas y esas cosas... yo iba a reuniones políticas, ayudaba a hacer las banderitas del Frente Amplio del Magdalena Medio... Entonces siempre viví muy, bueno, trastocada porque nos tocaba viajar a Nicaragua, a Panamá, no digas quién eres... Cuando matan a mi papá, yo lo veo morir en la puerta de mi casa... Ahí mi mamá me aísla. Entonces, por primera vez en ese aislamiento yo pude ser una niña normal, pude ir al colegio, salir a la calle, jugar con mis amigas. Cuando a mi papá lo matan, mi mamá queda con todo ese dolor, esa frustración y, entonces, ella nos aísla de todo. Ella no habló de mi papá jamás con nosotros y cuando otras personas se acercaban a hablar del tema de mi papá, ella lo que hacía era “Ay, no toque ese tema, no hable de eso.” ... Fue una relación con todas las ausencias... él

es como abrir una herida, uno a veces prefiere dejar el león dormido, pero es imposible porque el cuerpo, la historia te lo pide. (Mónica Lara, comunicación personal, 24 de enero de 2022)

En el caso de Daniel, él asocia la muerte de su padre con una madurez temprana. En su sistema familiar, contrario al de los otros dos casos, no hubo una fragmentación o desintegración tan radical. La memoria íntima de su padre se llenó de anécdotas e historias que su propia familia le iba relatando. Sin embargo, en un momento determinado de su ciclo vital, es el contexto el que lo llama a pensar a su padre desde otras posibilidades y su subjetividad parece fragmentarse para transformarse en otro sujeto:

Los recuerdos van haciéndose más borrosos y van perdiendo la nitidez que tenían en algún momento, pero bueno, ha habido como momentos en los que trata uno de rescatar más esa primera infancia, sobre todo porque yo creo que Villavicencio enmarca la relación con mi padre, es mi infancia, es un poco también la compañía de estar con mi papá. (...) Evaluarme y mirar hacia atrás no es sencillo ... Él era como un faro..., no solo como esa autoridad y esa relación de autoridad de padre e hijo..., creo que depositaba mucha confianza en él. Una admiración profunda y bueno, es esa idealización, creo yo, del niño hacia el padre, pues, de la infancia hacia la adultez. (Daniel Chaparro, comunicación personal, 24 de septiembre de 2021)

El asesinato de su padre implicó asumir la decisión de tener cierta madurez para afrontar una situación desafiante que le impuso la adaptación a nuevas situaciones, como el cambio de colegio sin la guía y apoyo de su padre. Pero, no fue eso lo que considera como el momento más violento y transformador en términos subjetivos. Esta bisagra la asocia al momento de volver a visitar de manera adulta y voluntaria la memoria de su padre ausente, en un contexto de demanda externa.

Vivir con la presencia de la ausencia o lo que aquí llamamos *la casa vacía* es habitar el silencio y resignificar de algún modo esa figura que fue arrebatada de manera violenta. En las experiencias aquí analizadas, a los intentos por comprender el vacío dejado en las relaciones interpersonales y el propio espacio familiar, se suman la incertidumbre y los sentimientos de indolencia por la falta de respuesta estatal ante la pérdida violenta. La impunidad ha constituido un escenario común para nuestros interlocutores, lo cual ha afectado significativamente la forma en la que significan su experiencia. Por ello, han sido tan contundentes las diversas estrategias y expresiones por medio de las cuales Pilar, Mónica y Daniel han buscado poner de presente lo que les ocurrió a sus seres queridos y movilizar narrativas públicas sobre los hechos. Las formas que fueron elaborando para enfrentar las posibles maneras de comprender su pérdida exceden la norma jurídica de ser considerados como “víctimas”. La búsqueda de un lugar propio de enunciación y posicionamiento público, de hecho, controvierte lo traumático de los hechos y las formas convencionales de transitar un duelo.

Los contextos de violencia y de terror no solo en Colombia, sino en el mundo, nos han mostrado novedosas formas de entender cómo lo subjetivo y lo íntimo habitan en lo colectivo y lo público. Una comprensión alternativa de los duelos apunta justamente a explorar el agenciamiento de las personas que viven experiencias

de violencia y la condición política de muchas prácticas de duelo y luto en dichos contextos (Panizo, 2011). Por supuesto, esto no implica la negación de los hechos victimizantes, ni el sufrimiento que ellos ocasionan. Lo que busca es cuestionar, en cambio, la cosificación de este estado de sufrimiento que, muchas veces, puede incidir en una perspectiva limitada respecto a las formas de gestionar la pérdida y el daño a través de nuevas formas de “habitar la casa” con esas presencias ausentes.

La categorización como víctima puede añadir un capital social, político y cultural a quien es considerado o reconocido institucionalmente bajo esa condición; sin embargo, este es un concepto ambiguo, muchas veces incómodo e insuficiente para las personas que experimentan directamente ciertas formas de violencia (Guglielmucci, 2017). Las interpretaciones que emergen cuando se impone socialmente un concepto como este, pueden recaer también en la estigmatización o, incluso, en la revictimización. La identificación como víctima tiene efectos prácticos en lo jurídico y en lo subjetivo y esto es precisamente lo que Pilar, Daniel y Mónica exceden en sus narrativas memoriales. No es lo mismo ser reconocido externamente como víctima, que autodeterminarse en ciertas situaciones como tal. En principio, este reconocimiento puede generar capacidad de acción, comprensión de la propia experiencia desde otro lugar menos intimista e, incluso, confianza para transmitirla a otros interlocutores. Pero, cuando esta es impuesta como un mandato puede implicar también unos modos de enunciación heterónomos que suponen la identificación como sujeto pasivo. En estos casos, en vez de darle sentido a su propia historia, el sujeto la observa como objeto e, incluso, la concibe desde la comprensión de los otros. Esto puede experimentarse como si a esa casa entrara de nuevo la violencia, pero disfrazada de otros modos, a través de la imposición de formas ajenas de sentir y de comportarse.

La narrativa dominante del trauma ocasionado por hechos de violencia política propicia una forma de subjetivación en la que se define a las víctimas desde tópicos preexistentes y se les reduce, por lo general, a la pérdida y al sufrimiento. El entendimiento de lo traumático se ha heredado en la cultura occidental de la medicina tradicional, los estudios psicoanalíticos y posfreudianos que corresponden a un contexto de violencia específico (Fassin y Rechtman, 2009). Pareciera entonces que este estereotipo sostiene lo “traumático” como un lugar irredimible y esencialista. Estas formas de construcción social de narrativas sobre el daño sufrido por la ausencia forzada, que se sustentan también a través de los medios de comunicación y de lo que consumimos, tiende a limitar o moldear la subjetividad de las personas que han sido víctimas a través de una mirada externa que condiciona cómo debería comportarse alguien considerado como tal. Podríamos entender este fenómeno como una economía de la victimización y el trauma: una forma en la que como sociedad hemos decidido aceptar esta categoría para reducir los sentidos heterogéneos e históricamente cambiantes de la experiencia de la violencia que irrumpe el espacio íntimo y produce *la casa vacía*. Ese tipo de entendimiento sobre las experiencias de violencia política, paradójicamente, despoja de agencia a los sujetos que las han vivido y no permite reconocer muchas veces las maneras indeterminadas y autónomas de resistir y transformar la marca de la ausencia-presencia o de “rehabitar la casa”. Como afirma Mónica:

Ahí, te voy a decir, mira, a mí que me digan que tú eres víctima... A mí esa palabra me da escozor. Yo no voy a ser víctima toda la vida, yo lo entiendo más como un tema político y administrativo. A mí me revictimiza *más que me digan víctima. Nosotros no somos solo eso. Somos hacedores, tejedores, transgresores.* (Mónica Lara, comunicación personal, 24 de enero de 2022)

Estrategias narrativas y estéticas para volver a habitar la casa

Las emociones sentidas y expresadas a partir de escenarios de violencia como los arriba descritos, no solo involucran muestras de dolor o tristeza sino también nuevas formas de creatividad y resistencia como la anécdota, el teatro y la escritura, ligadas a la elaboración de concepciones para entender y habitar con las ausencias-presencias.

Los protagonistas de este texto habitan con la pérdida y las marcas de la ausencia, pero esta no es una experiencia estática ni enclaustrada. Sus vivencias pueden movilizar a otras personas a vincularse a su experiencia subjetiva a través de los sentidos públicos generados. La comprensión de los procesos y de las experiencias de violencia política van más allá del linaje sanguíneo o familiar, lo que genera ámbitos de expresión colectiva. Las estrategias narrativas u objetos culturales, como los denomina Cvetkovich (2003), han sido modos de documentar ciertos hechos, así como de hacer visibles historias alternativas a las oficiales y los reclamos ampliados de verdad y justicia. De hecho, las enunciaciones de nuestras interlocutoras e interlocutor han tenido incidencia en el ámbito jurídico y en la historia sociopolítica de Colombia. Las memorias generadas, transmitidas y tensionadas en las *casas vacías* pueden ponerse en movimiento y transitar a otros ámbitos. Las ausencias-presencias suelen convertir a los que se quedan en *fabricantes de relatos*. Como afirma Despret (2021), los muertos obligan a desplazarnos, dibujan otras rutas y caminos. ¿Qué hacer con esto que me/nos pasó? Las matrices narrativas que han armado Pilar, Daniel y Mónica han servido para ficcionar y actuar la vida de su familiar desaparecido y hacer partícipes a otros de la historización de una ausencia-presencia, detenida temporal y espacialmente por el hecho victimizante.

Para Pilar, la necesidad de contar y emprender el mandato de justicia empezó paralelamente a la búsqueda de Jimmy:

En parte fue una exigencia de la gente, pero también el hecho de que yo veía que esa era la manera que tal vez podría visibilizar su historia y la mía. Yo soy la voz de Jimmy y Jimmy creó en mí todo lo que yo soy. Yo siempre, si viajo, si hablo, si como, siempre le doy gracias a él por todo lo que soy ahora... En mí cambió todo. Somos tres: él, su historia y yo. (Pilar Navarrete, comunicación personal, 15 de noviembre de 2021)

En Mónica también se enlazan un impulso externo y uno íntimo. Un profesor la induce a indagar sobre la figura política de su padre ausente y ella articula esta demanda a preguntas sobre su propia identidad. Hablar de Ricardo es hablar de ella misma y su historia:

Después de muchos años de tener enterrada su imagen y su historia, la vida me lo trajo de vuelta una tarde en la universidad en la que tenía que exponer acerca de las guerrillas colombianas. A mí me tocó trabajar o investigar sobre el ELN. Recuerdo que expuse y no mencioné a mi papá por miedo, pero el profesor me dijo, “Mónica, le hace falta mencionar a un personaje que tuvo repercusión internacional”. Lo llamé aparte y le dije que yo no podía hablar de ese señor porque era mi papá; el profesor me miró y me dijo: “¿Por qué cree que le puse a usted el ELN?”. Me sorprendió... ¿Cómo es que ese profesor sabía de mi papá? Yo salí corriendo y de inmediato nació en mí una necesidad de saber quién era mi papá... Siento que me hice tarde las preguntas. (Mónica Lara, comunicación personal, 24 de enero de 2022)

En el caso de Daniel, el impulso para reconocer la existencia de su padre desde otros lugares no tan familiares estuvo dado por su experiencia universitaria y el activismo político en Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio (H.I.J.O.S.) Colombia. El significado de la ausencia-presencia de su padre fue transformado por su participación en otros espacios de socialización que lo interpelaron como estudiante de historia y como activista de derechos humanos:

Lo que se abrió fue otro tipo de preguntas que plantean otro tipo de ejercicio de memoria, otras preguntas a las que yo no le tenía respuesta y que empiezan a aparecer... Yo sabía que él fumaba, le gustaba el ron y era mujeriego y ya está. Hay aspectos de la vida de las personas que, pues, han sido vitales para nosotros y que no están, que el desconocimiento pues de estas facetas múltiples de esta vida de estas personas por un lado nos hacen como complementarlas... Yo tenía un rompecabezas como incompleto, me tocaba empezar a llenar las fichas. Empecé a ser parte de H.I.J.O.S y allí las anécdotas y la cotidianidad se transformaron en otras preguntas, en otros ejercicios de vinculación para entender la trayectoria de vida de Julio Daniel Chaparro. (Daniel Chaparro, comunicación personal, 24 de septiembre de 2021)

Cada uno ha transitado por distintos espacios sociales y ha recurrido a diferentes estrategias narrativas y estéticas para hablar de las ausencias-presencias, pero la interacción con otras personas que vivieron experiencias semejantes es reconocida como de gran importancia. Pilar y Daniel, sobre todo, han pertenecido a organizaciones sociales que llevan adelante acciones colectivas relacionadas a la memoria y la búsqueda de justicia por graves violaciones a los derechos humanos. Para Pilar, lo colectivo fue clave para iniciar las acciones que emprendió a partir de la desaparición de Jimmy:

Cuando empezamos a ver el accionar de las madres de la Plaza de Mayo, lo de salir a caminar con las fotos, entonces nos copiamos de eso, dio resultado, eso la gente no lo olvida. Yo tengo la fortuna de que, y lo digo y se lo digo a las familias del Palacio de Justicia, a mí no me tocó sola en este caminar, pues estaban las otras familias y caminamos juntos la ciudad y eso es algo bueno... Yo me juntaba con otros y pensábamos en qué hacer. Yo creo que el arte ha sido en todo el sentido. (Pilar Navarrete, comunicación personal, 15 de noviembre de 2021)

Pilar se ha convertido en una mujer buscadora tras la desaparición de Jimmy, y ha encontrado en el teatro una forma de mantenerlo presente. En *El palacio Arde* (2018), obra de creación colectiva en la que participa ella e Inés Castiblanco, re-

construyen los hechos del 6 y 7 de noviembre desde la cotidianidad donde sus seres queridos no han desaparecido del todo. Objetos, escenas y música evocan su presencia, como cuando Pilar baila con un esqueleto al ritmo de *Las Tapas* de Lizandro Mesa. Su trayectoria incluye bordar, pintar, caminar, aparecer en medios y hasta enterrarse viva, siempre para exigir verdad y justicia. Hoy, ella se autodenomina buscadora:

Yo me sorprendo. Esto para mí ha sido como una carrera. Lo hice tan mío que la gente lo respeta. Mi pareja ha sido mi cómplice, se pone la foto de Jimmy, se pone el trapo, lo quiere, lo siente como si fuera su hijo porque ya somos viejos y Jimmy se nos quedó de 28 años. Yo quiero dejar en alto el trabajo de ser buscadora, no caso Pilar Navarrete, sino lo que significa la víctima como desaparecida. (Pilar Navarrete, comunicación personal, 15 de noviembre de 2021)

Para Daniel, sus transformaciones subjetivas más profundas comenzaron cuando retornó a la historia de su padre:

Yo en el primer semestre de la universidad tenía como unos ejemplares de *Papaito País*, que era un libro de crónicas que se compiló después del asesinato de mi papá, y había un par de cajas en la casa... En el primer semestre de la universidad vi esas cajas y bueno, se las voy a llevar a la gente que estudia conmigo. Es que hubo una apertura de contextos donde el tema se convierte en importante, relevante, con gente interesada en abordarlo. Abrí otras preguntas, eso era una manera de reactualizar quién era mi papá y saber de su existencia y de no dejarlo caer en el olvido. En las circunstancias familiares y de amigos y la llegada a H.I.J.O.S también me las planteó, esa era la gran pregunta... Nosotros somos la segunda generación de la izquierda, que le golpearon tanto en los ochenta y los noventa, nosotros somos eso. Aquí no estamos hablando de otros hijos, de otros sectores victimizados, sino de izquierda. Por eso la pregunta tan potente de empezar a mirar esa identidad política. (Daniel Chaparro, comunicación personal, 24 de septiembre de 2021)

La escritura y la autoficción han sido el espacio que Daniel ha construido para atravesar el camino de la memoria de su padre y de sí mismo:

Para mí fue un despertar, sobre todo cuando estuve en España, porque yo me sentía realmente incómodo, habitaba el malestar... Allá encontré la fórmula para salirme de ese lugar. Y ya luego, para mí de verdad que fue un disfrute, me gocé como no lo había gozado el tema de escribir eso que salió publicado en *El Espectador*. Porque a ver, ... hay que matar al padre, pero ¿Cómo matamos al padre que está muerto? Pues hay que ser muy meticuloso, porque además uno lo quiere y lo ama. Entonces, matar al padre es matarme a mí y por eso duele tanto. Y mi postura es disfrutar lo relacionado a mi papá, ya no cobijado por la tragedia o el sufrimiento. (Daniel Chaparro, comunicación personal, 24 de septiembre de 2021)

El artículo que menciona Daniel se titula “Asoma el blanco sol de abril”⁶. El relato se basa en la libreta de apuntes que Julio cargaba el día que lo asesinaron y lo que Daniel hace es reconstruir el texto que hacía par-

6 Chaparro, D. (2024, abril 27). Daniel Chaparro: “Asoma el blanco sol de abril”. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/colombia/mas-regiones/daniel-chaparro-asoma-el-blanco-sol-de-abril-article/>

te de una serie de crónicas llamada *Lo que la violencia se llevó*. El texto lo rescató de un expediente judicial y solamente tenía tres páginas. Fue publicado el 21 de abril de 2021, cuando se cumplían treinta de años de su asesinato:

Ese artículo significó como coger desde el lugar donde el árbol me brindó sombra y me acogió pero que, en los últimos años, en mi vida adulta, se ha vuelto tan complejo. Yo cogí ese artículo y empecé a subir rama por rama y me paré allá arriba y me proyecté. Yo creo que la gente afuera no lo percibe, pero en ese momento, escribí el nombre de mi papá y el poder lo tenía yo... Era un desdoblamiento muy raro. Es una condición dada desde ese miércoles en la noche que escribí... allá está, eso es. ¿Con esta cosa qué hago? ¿Hago lo que otra gente espera? Pues no, eso es lo que en un momento hice y por eso me gusta ese cuento de transgredirlo. (Daniel Chaparro, comunicación personal, 24 de septiembre de 2021)

Para Mónica, en cambio, su ejercicio ha sido más solitario. La reticencia para hablar de Ricardo tiene como móvil la forma en que lo asesinaron y todas las disputas políticas detrás del porqué. No obstante, fueron justamente las polémicas y los silencios los que la motivaron a iniciar un viaje de reivindicación respecto a la figura de su padre y su praxis revolucionaria. Mónica se ha acercado a él, no solo desde el dolor provocado por su ausencia trágica sino desde un distanciamiento vivencial que le ha permitido revisar esa experiencia y enunciar de manera pública. Para esto, Mónica ha recorrido los pasos de Ricardo por el mundo, entrevistándose con las personas que lo conocieron de cerca y recogiendo toda la información posible sobre él. Incluso de “enemigos”, como el general Valencia Tovar, uno de los hombres que comandó la Quinta Brigada que dio de baja a Camilo Torres y quien más combatió al ELN en la década de 1960.

Yo no soy ni periodista ni nada, pero cuando empezó todo esto me fui al círculo cercano de mi papá: personas que estuvieron con él. Y ellos me mandan a leer un libro. Me dicen, “¿Usted quiere saber qué le pasó a su papá? Léase esto: *Historia contada a dos voces*. Cuando lo leí había una cantidad de monstruosidades de mi papá. Que era un delator, no sé qué. Y yo decía ¿Será que esto es verdad? Y empiezo a investigar... ¿Quién dijo que mi papá los había delatado? Y contacté a Valencia, porque como él era columnista en *El Tiempo*, aparecía su correo... Cuando nos vimos, me empezó a decir que mi papá era un bandido y yo solo le preguntaba si mi papá era un delator. Entonces me dijo: “Yo se lo digo a usted como hija. Su papá jamás delató, pero estaba destinado a morir, porque si no lo mata el ELN lo hubiéramos matado nosotros”. Entonces empecé a hacer un mapeo de todas las personas que estaban vivas, porque no puedo quedarme con una sola versión de la historia. Digamos que he tenido el privilegio de poder escuchar las cosas de primera voz. (Mónica Lara, comunicación personal, 15 de noviembre de 2021)

Mónica ha usado también la escritura como una herramienta para construir una historia alternativa, con matices, de la vida revolucionaria de su padre. En los diálogos con ella, la intención de hablar de sus propios recuerdos motivó la narración. La interacción con otras personas que la escucharon con interés fue fundamental para recobrar la voz. Esto ya lo había destacado Pollak (2006) respecto a los sobrevivientes del Holocausto: para que haya transmisión de memorias debe haber

un espacio de escucha respetuoso que permita, a quien ha vivido una experiencia límite, encontrar un espacio de respeto y estima de sí. A medida que Mónica contaba sobre su padre, pasó de la nostalgia y la tristeza a recobrar memorias familiares y a pensarlo, incluso, con felicidad:

He tenido todos los choques posibles. He llorado, sentido impotencia y frustración. Es conocer al papá que no está; es plantearse preguntas que no van a tener respuesta. Es entender por fin que ya no está para responder. Él tiene un video donde habla recién salió de la guerrilla y, al volver a sus gestos, escuchar su voz, el movimiento de sus manos: recordar a quién habías olvidado. (Mónica Lara, comunicación personal, 24 de septiembre de 2021)

Conclusiones

En las experiencias previamente analizadas, la ausencia de ciertas figuras familiares en el hogar (como padres o esposo) ha impactado en los roles familiares y en la forma de construir memorias íntimas y públicas. Pero, estas experiencias y testimonios particulares se insertan en preguntas más amplias: ¿Qué hacemos las personas con las emociones y afectos generados a partir de las experiencias de violencia política? ¿Cómo darles un nuevo sentido?

En Argentina, por ejemplo, luego de la última dictadura militar, con las subsecuentes aperturas políticas para denunciar, reconocer y hablar abiertamente de lo ocurrido, nuevas generaciones propusieron formas de revisar y recrear sus legados. Si bien desde el campo interpretativo dominante estos legados suelen ser considerados como traumáticos, ellos también han impulsado nuevas conceptualizaciones y sentidos que inauguran procesos novedosos de reconocimiento, reclamo y agenciamiento de sus propias historias sobre esas ausencias-presencias. La película *Los Rubios* de Albertina Carri (2003) o la novela *Los Topos* de Felix Bruzzone (2008) son un ejemplo de estrategias narrativas y estéticas que elaboraron modos no victimizantes de habitar la experiencia de las desapariciones forzadas y las reconfiguraciones identitarias de los sobrevivientes. El duelo y la victimización aparecen de manera transfigurada en estas obras respecto a su concepción tradicional, sobre todo con relación a la forma en que se concibe la familia y la filiación basada en lazos sanguíneos (Gatti, 2018; Sosa, 2017). Este tipo de narrativa generacional expone el aprendizaje de negociar con esos legados y la participación en la creación de nuevos lenguajes y modos de socializar el sentido de esas ausencias-presencias.

La noción de víctima fue útil para responder a vacíos jurídicos que permitieran homogeneizar fenómenos de violencia, pero en muchos sentidos esto redujo la validez y singularidad de experiencias diversas. Ser víctima implica enunciarse dentro de una categoría fija y esencial, que resulta compleja para sujetos que no quieren sentirse anclados a esa experiencia de esa forma. Eso no quiere decir que no se le reconozca la finalidad que tiene dentro de un proceso de reparación jurídica, pero también funciona como un modo de deslegitimar y desconocer procesos subjetivos emergentes, que se salen de lo estático para dinamizar la particularidad del sufrimiento. En este orden de ideas, nuestros interlocutores se han enunciado desde esta categoría de manera estratégica. Es decir, le han dado un cuerpo de sen-

tido y la han resignificado en los intersticios para darle otro *locus*.

Sus narrativas son una intersección entre lo personal y lo colectivo. La “verdad” de los hechos que se trata de alcanzar en este tipo de testimonios no es una “verdad” epistemológica o metafísica, sino una verdad con un sentido crítico. Se trata de cómo se experimenta aquí y ahora el pasado y cómo ese pasado se refleja en uno mismo, sin que eso signifique despojarse de la capacidad de agencia. Es una construcción a partir de los sentidos de habitar la ausencia-presencia y cómo esto se inscribe en un contexto social determinado.

Los muertos, asesinados o desaparecidos, ocupan un lugar fundamental en la cosmogonía de nuestros tres interlocutores. Ellos son parte de duelos transgresores que sitúan a la ausencia en el aquí y ahora: en la palabra, en la casa, en el último espacio que ocupó el cuerpo físico, y abren un sitio para encuentros donde, al mismo tiempo, caben más habitantes. La experiencia que han vivido Pilar, Daniel y Mónica ha sido un proceso transformativo instaurado en las micropolíticas de subjetividades emergentes. Recordar para ellos es un acto colectivo de creación, una fabulación, un fabricar relatos que recomponen y reconectan a las ausencias con las vidas que habitamos en lo que queda de nuestra casa.

El ejercicio de hacer memoria sobre y con los ausentes-presentes les ha permitido ubicarse en un trabajo de duelo que se realiza en el encuentro con otros. Es ahí donde los sentidos de la experiencia subjetiva se expanden más allá de la categoría traumática de víctima, porque se transmite lo que se ha creado a partir de y con la experiencia de habitar la *casa vacía*. De esta manera, se construyen lazos que no se centran solamente en la narración victimizante de la pérdida, sino en nuevas formas placenteras o alegres de hacer memoria (Wolf, 2019). Ello permite, como afirma Sosa (2017), vestir e invertir las experiencias de la ausencia y la pérdida con nuevos atuendos y campos de afecto, que generan formas alternativas de vínculo fortaleciendo subjetividades emergentes. En estos nuevos sentidos habitamos otros residentes. Cada vez que alguien es “tocado” por estas historias de vida, una nueva habitación se construye dentro de la casa y se revelan formas ampliadas y dinámicas de habitar con las ausencias-presencias. Al crearse estos nuevos espacios de enunciación pueden aparecer otros residentes que habitan esa casa e involucran allí su subjetividad, por lo que se transforman sus propias experiencias y afectos. Es aquí donde el papel de la memoria colectiva cobra sentido, sobre todo, como acto liberador y no de sometimiento.

Hacer memoria es un trabajo de selección, reflexión y de acción que tiene implicaciones políticas, sociales y culturales. Los recuerdos de Jimmy, Julio y Ricardo están mediados por lo que cuentan Pilar, Daniel y Mónica desde su presente. Sus memorias son transgresoras y críticas porque no busca apaciguar el recuerdo sino, por el contrario, reanimar reinterpretaciones, descifrar los mutismos y negaciones que socavan las representaciones de la historia de su familia y le dan libertad para transitar a través de prácticas narrativas y estéticas que buscan retratar lo ausente-presente desde un lugar de enunciación plural y cambiante. Estas prácticas, como lo menciona Richard (2010), se ubican fuera de lo institucional o lo académico, precisamente por eso su heterogeneidad y transgresión disciplinar.

Las historias de Pilar, Mónica y Daniel ejemplifican cómo los sentidos tradicionales sobre la victimización y el trauma pueden limitar la comprensión de las experiencias humanas en contextos de violencia. Su propio trasegar y resistencia a ser definidos únicamente como “víctimas” muestra cómo las estrategias narrativas y estéticas pueden convertirse en un móvil donde los sujetos pueden reclamar su propia voz y narrar su historia desde un lugar de agenciamiento particular. Al cuestionar y transgredir las categorías convencionales, ellos desafían la cosificación y la revictimización a las que a menudo se enfrentan quienes son contabilizados institucionalmente bajo esa categoría. Su propósito les ha permitido trascender los estereotipos y los motes impuestos, para reclamar un lugar como sujetos políticos con capacidad de transformarse a partir y a pesar de las experiencias de violencia que los han marcado. Sus ejercicios han desafiado las construcciones memoriales convencionales a lo largo de una búsqueda inconclusa para comprender y comunicar su historia bajo sus propios términos.

La exposición y transmisión de las experiencias de violencia vividas ha sido concebida por ellos como una transformación creativa de la memoria. El teatro, la autoficción, las cartografías, los archivos, entre otras estrategias de expresión performativa, subrayan el poder transformador del arte y la narrativa en la construcción de memorias y en la reimaginación afectiva de las experiencias de violencia.

Estas formas de contar la propia historia les han permitido reconectarse con la presencia de las ausencias en sus propias vidas, a través de una redefinición de sí mismos. Estas formas, al desvincularse de una narrativa victimizante y abrazar un enfoque creativo, convirtieron a Pilar, Daniel y Mónica en *hacedores y tejedores*. A través de sus prácticas, ellos han puesto el foco en la importancia de las historias íntimas y de las estrategias para (re)habitar la casa en la formación de la historia.

Como advierte Hirsch (2012) al hablar de la memoria transgeneracional o la “posmemoria”, en contextos de violencia masiva, el trenzado que se teje de manera colectiva no se limita solamente a oír palabras, sino a leer silencios, a comprender los olvidos, los pasajes en trámite, los gestos que aparecen y cómo se integra todo ello en el imaginario social con una voz y un sentido de memoria. Por eso, las elaboraciones que invitan a volver a (re)habitar la casa transformados por medio de nuevas filiaciones, lazos afectivos y compromisos políticos son propuestas performativas para seguir creando espacios de apertura, que ponen el conflicto y a los ausentes sobre la mesa, en eso que consideramos “nuestro hogar” y que fue impactado diferencialmente por experiencias de violencia política.

Bibliografía

- Castillejo Cuellar, A. (2009). *Los Archivos del Dolor: Ensayos sobre la Violencia y el Recuerdo Colectivo en la Sudáfrica Contemporánea*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Colombo, P. (2017). *Espacios de desaparición. Vivir e imaginar los lugares de la violencia estatal (Tucumán, 1975-1983)*, Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Cvetkovich, A. (2003). *An Archive of Feelings: Trauma, sexuality and lesbian public cultures*. Durham: Duke UP.
- Das, V. (1995). *Critical Events. An Anthropological Perspective on Contemporary India*. Delhi: Oxford University Press.
- DaMatta, R. (1987). *A casa & a rua: espaço, cidadania, mulher e norte no Brasil*. Rio de Janeiro: Guanabara.
- Das, V. (2007). *Life and Words: Violence and the Descent into the Ordinary*. University of California Press.
- Despret, V. (2021). *A la salud de los muertos*. Buenos Aires: Cactus.
- Estrada, R. (2015). El cuerpo como territorio de la guerra: Efectos micropolíticos del conflicto armado en Colombia. *Revista de Historia Oral*, 18(1), 35-61. Recuperado de <https://revista.historiaoral.org.br/index.php/rho/article/view/523>
- Fassin, D. y Rechtman, R. (2009) *The Empire of Trauma: An Inquiry into the Condition of Victimhood*. Princeton: Princeton University Press.
- Fuster, D. (2019). Investigación cualitativa: Método fenomenológico hermenéutico. *Propósitos y Representaciones*, 7(1), 201-229. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.20511/pyr2019.v7n1.267>.
- Gatti, G. y Kirsten, M. (Eds.). (2018). *Sangre y filiación en los relatos del dolor*. Madrid- Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.
- Gatti, G. (2017). *Un mundo de víctimas*. Barcelona: Anthropos.
- Grandin, G. (2004). *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War*. Chicago: University of Chicago Press.
- Guglielmucci, A. (2017). El concepto de víctima en el campo de los derechos humanos: una reflexión crítica a partir de su aplicación en Argentina y Colombia. *Revista de Estudios Sociales*, 83-97.
- Guglielmucci, A. y Márquez, F. (2022). El poder de las ruinas y la memoria: violencia política, nación y conmemoración en Colombia y Chile. *Revista Colombiana de Sociología*, 45(2), 165-197. Recuperado de <https://doi.org/10.15446/rsc.v45n2.95237>
- Hirsch, M. (2012). *La generación de la posmemoria. Escritura y cultura visual después del Holocausto*. Nueva York: Columbia University Press.
- Jelin, E. (2001). ¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria? En E. Jelin, *Los trabajos de la memoria* (pp. 1-62). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Kövecses, Z. (2002). *Metaphor: A Practical Introduction*. Oxford: Oxford University Press.
- Lakoff, G. (1996). *Moral Politics: How Liberals and Conservatives Think*. Chicago: University of Chicago Press.
- Levi, P. (1986). *Los hundidos y los salvados*. Barcelona: Ediciones Península.

- Marín Rivas, M. P. (2017). "Las violaciones de derechos humanos en Colombia durante los años 80 del siglo XX: acercamiento a su comprensión histórica desde la degradación y el fortalecimiento de la defensa". *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 22(1). 113-135.
- Medina Gallego, C. (1996). *ELN: una historia contada a dos voces*. Santa Fé de Bogotá: Rodríguez Quito Editores. Recuperdo de <https://www.calameo.com/read/001373409514edc2defc3>
- Panizo, L. (2011). Cuerpos desaparecidos. La ubicación ritual de la muerte desaparecida. En C. Hidalgo (Comp.), *Etnografías de la muerte: rituales, desapariciones, VIH/SIDA y resignificación de la vida* (pp. 17-39). Buenos Aires: CLACSO
- Perrot, M. (1991). Maneiras de morar. En P. Ariés y G. Duby (Eds.). *História da vida privada* (Vol. 4). São Paulo: Companhia das Letras.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido y silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ediciones al Margen.
- Richard, N. (2010). *Crítica de la memoria*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Ricoeur, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.
- Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Sosa, C. (2017). Una mirada queer sobre el duelo y la desaparición. En G. Gatti (Ed.), *Desaparición: usos locales, circulaciones globales*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Turner, V. (1969). *The Ritual Process: Structure and Anti-Structure*. Nueva Jersey: Aldine Transaction.
- Vega Cantor, R. (2015) Injerencia de los Estados Unidos, contrainsurgencia y terrorismo de estado. La dimensión internacional del conflicto social y armado en Colombia. En *Comisión Histórica del Conflicto Armado y sus Víctimas en Colombia*, 629-700. Recuperado de <https://bapp.com.co/archivos/1.03.2027.pdf>.
- Wolf, D. L. (2019) Postmemories of joy? Children of Holocaust survivors and alternative family memories. *Memory Studies*, 12(1), 74–87.
- Zenobi, D. (comp.). (2023). *Víctimas: Debates sobre una condición contemporánea*. Buenos Aires: Teseo.

La escena memorial de Tlatelolco: una narrativa sacrificial en tiempos múltiples

PAULINA ALVAREZ

Resumen

Este ensayo pretende caracterizar e interpretar la heterogeneidad temporal de la escena configurada por los dispositivos museísticos y memoriales en Tlatelolco (Ciudad de México), articulada en torno a la conmemoración de la masacre del 2 de octubre de 1968. Uno de sus efectos sería la confusión de todos los tiempos de la muerte masiva en una idea-imagen de “sacrificio”, de inspiración arqueológica, capaz de condensar sentidos desplazados, memorias reprimidas de diferentes temporalidades. La noción de “lugar de memoria” opera como un punto de partida para analizar tres elementos expositivos en los que se materializaría esa con-fusión: la “Piedra del Sol”, un discurso presidencial publicado el mismo año de la masacre, y la “Estela de Tlatelolco”. Finalmente, se propone una reflexión acerca de las implicaciones políticas de la narrativa sacrificial en la construcción simbólica del poder centralizado y la legitimación de las violencias de Estado.

Palabras clave:

memoria; museos, arqueología; violencia de Estado

Fecha de recepción: 02/07/2025

Fecha de aceptación: 12/09/2025

The Tlatelolco memorial scene: A sacrificial narrative in multiple times

Summary

This essay aims to characterize and interpret the temporal heterogeneity of the scene configured by the museum and memorial devices in Tlatelolco (Mexico City), articulated around the commemoration of the massacre of October 2, 1968. One of its effects is the confusion of the times of mass death in an idea-image of “sacrifice” capable of condensing displaced senses, repressed memories of different temporalities. The notion of “place of memory” is the starting point to analyze three exhibition elements in which this confusion would materialize: the “Piedra del Sol”, a presidential speech and the “Estela de Tlatelolco”. A reflection is proposed on the political implications of the sacrificial narrative in the symbolic construction of centralized power and the legitimization of state violence.

Keywords: Memory; Museums; Archaeology; State Violence

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons 4.0 Internacional. (Atribución-No Comercial-Compartir Igual)
<https://doi.org/10.59339/c.v12i24.761>

Álvarez, P. (2025). La escena memorial de Tlatelolco: una narrativa sacrificial en tiempos múltiples. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 12(24), 29-48.



La escena memorial de Tlatelolco: una narrativa sacrificial en tiempos múltiples

PAULINA ALVAREZ*

Introducción

El 2 de octubre de 1968 una multitud compuesta principalmente por estudiantes universitarios se concentró en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco (Ciudad de México). Formaban parte de lo que hoy se conoce como “Movimiento del ‘68”, un conjunto de actores políticos que denunciaban el autoritarismo del Partido Revolucionario Institucional (PRI), entonces en el poder, y exigían la democratización del Estado. Mientras se desarrollaba el evento, miembros del ejército y la organización paramilitar “Batallón Olimpia”, bajo órdenes del presidente Gustavo Díaz Ordaz, abrieron fuego sobre los manifestantes. No hay una cifra oficial, pero se estima que fueron asesinadas entre trescientos y trescientos cincuenta personas.¹

Los debates sobre el acontecimiento y su oficialización en tanto memoria pública han sido reconstruidos en detalle por Eugenia Allier Montaño (2015). Como parte de ese proceso, en 2008, en el Centro Cultural Universitario-Tlatelolco (CCUT) se inauguró el Memorial del 68, un “[m]useo dedicado al movimiento estudiantil” (Allier Montaño, 2015, p. 210). El centro cultural administrado por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) comparte el espacio de la Plaza de las Tres Culturas con una zona arqueológica –y su museo– a cargo del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Cada uno de estos dispositivos presenta su propio arreglo visible de restos de pasados distintos, articulados en función de narrativas disciplinarias con las que construye su respectiva “escena”.² Vista en conjunto, la escena memorial parece montada sobre una escena arqueológica previa. En este trabajo pongo el foco en los efectos políticos de esa superposición, una temporalidad compleja que no puede problematizarse con los instrumentos de cada disciplina involucrada. En lugar de dividir el tiempo

1 Comisión Nacional de los Derechos Humanos (s.f.). *Matanza de Tlatelolco, violación de derechos humanos*. Recuperado de <https://www.cndh.org.mx/noticia/matanza-de-tlatelolco-violacion-de-derechos-humanos>.

2 El CCUT es “... un complejo multidisciplinario dedicado a la investigación, estudio, análisis y difusión de los temas relacionados con el arte, la historia y los procesos de resistencia”. UNAM (s.f.). *Sobre el CCUT*. Recuperado de https://tlatelolco.unam.mx/sobre_ccut/. Sus arreglos expositivos se fundamentan, entonces, en discursos de la historia, la historia del arte y las ciencias políticas. En cambio, los espacios del INAH proponen narrativas arqueológicas y etnohistóricas.

*Graduada del Doctorado en Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Xochimilco, Ciudad de México. <https://orcid.org/0000-0001-7509-2876> Contacto: alvarezpau@gmail.com. Este artículo se desprende de reflexiones más amplias contenidas en mi tesis doctoral (en prensa), financiada a través de una beca del CONAHCYT (México).

de una secuencia lineal, convirtiendo cada segmento en objeto distinguible de una disciplina,³ propongo un ejercicio indisciplinado de “memoria desobediente” (Gnecco y Rufer, 2021; Rufer, 2022). Se trata de conectar tiempos “(...) que la historia secuencial, episódica y homogénea impide conectar” (Gnecco y Rufer, 2021, p. 332), para contribuir a la comprensión de tramas de memorias y olvidos emergidas de diversas disputas. Lo hago a partir de una sensación de confusión de marcos disciplinarios, una especie de colapso epistemológico, que percibí en mis tránsitos por esos espacios expositivos.

Como parte de la construcción del objeto empírico de mi investigación doctoral, que proponía una exploración crítica de la exhibición de restos humanos en museos arqueológicos de la capital mexicana, en la segunda mitad de 2021 visité cuatro veces el conjunto museístico de Tlatelolco. Para esa fecha, pasada la emergencia del SARS-CoV2, otros museos habían reabierto sus puertas, por lo que supuse que podría acceder sin problemas. No fue así. En la primera visita, en agosto, el museo de sitio del INAH, la zona arqueológica y el CCUT seguían cerrados. La segunda y tercera vez solo pude entrar a la sala Memorial del 68. En diciembre abrió la que había sido sala arqueológica del Museo de Tlatelolco en el CCUT. Iba en busca de unas imágenes que recordaba: “Los amantes de Tlatelolco” -dos esqueletos que parecen abrazarse- expuestos junto a un andador de la zona arqueológica, un altar de cráneos -el *tzompantli*- recreado en aquella sala y fotografías de la exhumación de gran cantidad de esqueletos, exhibidas en el museo de sitio. Pero no encontré nada de eso. La zona arqueológica y el museo de sitio, espacios del INAH, seguían cerrados. Y la sala del *tzompantli* en el CCUT ya no existía, se había convertido en la muestra “Xaltilolli, encuentro de artes, memorias y resistencias”. Incluso la sala del Movimiento del ‘68 había cambiado. En visitas previas había experimentado esa porción del espacio urbano como un lugar unificado, sin notar fracturas entre los espacios del INAH, los de la UNAM y el entorno de la plaza. En 2021, en cambio, quizá por la excepcionalidad pandémica, se hicieron nítidas todas las fronteras, que además conllevan distintos *tempos* narrativos, ritmos diversos.

La gestión de espacios por parte de instituciones diferentes convierte a Tlatelolco en un escenario de disputa por los sentidos del pasado y la memoria, en que la heterogeneidad de las referencias temporales impide la fijación de una narrativa única (Huffschnid, 2010). Discursividades arqueológicas, artísticas e históricas se entremezclan en prácticas espaciales que usan el espacio tanto de forma oficial como de manera autónoma: prácticas de memoria, de denuncia, de disidencia, de resistencia (Allier Montaño, 2018a).

A diferencia de otros museos arqueológicos de la capital mexicana, que parecen detenidos en el pasado mítico-histórico que (re)presentan, esta compleja escena museística es completamente inestable y se ha modificado en varias oportunidades desde su apertura en 2007 (Allier Montaño,

3 Lo que permitiría, a su vez, distinguir entre arqueología e historia, y separar ambas de la memoria.

2018b). La inestabilidad define no solamente los espacios exhibitorios, sino también las excavaciones arqueológicas, iniciadas e interrumpidas sucesivamente por el impacto de obras públicas y privadas, acontecimientos políticos y catástrofes naturales (González Rul, 1996; Guilliem, 2003, 2012a, 2012b, 2013).

Allí no se registran esfuerzos por construir un tiempo mítico capaz de fijar el sentido de algo que se pretende hacer perdurar, un “alma nacional” quizá, como sucede en el Museo Nacional de Antropología (MNA) y el Museo del Templo Mayor (MTM). Tampoco se relata una historia progresiva a partir del origen de una identidad que se proyecta hacia un destino, como “lo mexica” en el MNA (Álvarez, 2024a). Los museos de Tlatelolco exhiben arreglos transitorios de huellas y restos de distintos acontecimientos de muerte masiva ocurridos en tiempos diferentes –batallas, pestes, masacres, terremotos–, en un intento siempre incompleto por dotarlos de sentido. Por acción u omisión, en cada una de esas irrupciones podría imputarse algún tipo de responsabilidad al poder central, sea el imperio mexica, la administración colonial o el Estado mexicano. Dada la apertura narrativa y la explícita disputa de sentidos, las identificaciones de los visitantes, que los otros museos direccionan unívocamente hacia la legitimación del poder central, aquí podrían encauzarse hacia el lado de los muertos, cuyos restos han sido exhibidos o están “desaparecidos”.

Tlatelolco, entonces, puede ser considerado un lugar de memoria (Nora, 2008), donde prácticas múltiples tensionan los discursos de las disciplinas oficiales. Tampoco los discursos patrimonialistas han podido fijar su sentido.⁴ La misma diversidad de dispositivos exhibitorios contribuye a configurar este espacio complejo, interinstitucional y pluritemporal, como una escena perturbada y perturbadora. Y eso es percibido por el público, tal como hizo constar un/a visitante en el libro de comentarios del CCUT:

La Plaza de las Tres Culturas, el memorial, el pasado, la memoria, las bases de nuestro futuro, los proyectos (...) Ciudad de México. Viajando, pasando por la historia, la cultura, el tiempo, el espacio. Dejando memorias de nosotros, viviendo los espacios...
INESTABLES Y PRECARIOS SIEMPRE! (18/11/12) (citado por Allier Montaña 2018a, p. 233)

En este trabajo me interesa reflexionar acerca de los efectos temporales de esta puesta en escena del pasado. A pesar de que en el centro cultural universitario los arreglos exhibitorios son presentados como acontecimientos discontinuos, saltos temporales o superposiciones de “capas de memoria”, varias disciplinas –arqueología, antropología, historia, etnohistoria, historia del arte– aportan los marcos para una temporalidad secuencial. Lo prehispánico, lo colonial, los siglos XIX y XX, lo contemporáneo, se distinguen y encadenan. Sin embargo, en ciertos puntos de los múltiples recorridos den-

4 Ander Azpiri, subdirector del CCUT, ha remarcado explícitamente la disputa de sentidos y la voluntad de albergar narrativas abiertas. Señala, además, que los arreglos exhibitorios se presentan allí, no como tiempos claramente definidos, sino como diversidad de “capas de memoria” (Azpiri, 2021).

tro y entre espacios museísticos, es posible percibir el colapso de esa secuencia. Algunos objetos- lugares, en su materialidad de imágenes, condensan sentidos desplazados, se vuelven signo de algo que no está en el relato, *lapsus* que amenaza los intentos de capturar la inestabilidad (¿un tipo de energía política?) en el dispositivo, que impide hacerla productiva. Las distinciones disciplinarias se tornan inadecuadas, colapsan. Los referentes arqueológicos se historizan y producen afectaciones estéticas, al mismo tiempo que los discursos histórico-políticos y artísticos se “arqueologizan”, se petrifican. Y las temporalidades se confunden.

¿Cómo explicar esa operación que confunde los tiempos de la violencia y las muertes masivas, una confusión que amplifica la eficacia simbólica de este lugar de memoria (Huffs Schmid, 2010; Allier Montaña, 2018a)? ¿Cómo se conjugan esos pasados con el presente de la recepción de una escena museística que es a la vez arqueológica y memorial?

La narrativa sacrificial. Condensación de sentidos en torno al 2 de octubre de 1968

La multiplicidad de pasados evocados en los dispositivos exhibitorios de Tlatelolco se superpone a la heterogeneidad temporal propia de toda narrativa de memoria, que pone en juego el tiempo biográfico de quienes relatan, el tiempo histórico de los hechos rememorados y el tiempo histórico-cultural de la posibilidad de escucha (Jelin, 2014). Sin embargo, la voluntad memorial explícita gira en torno a dos fechas: “2 de octubre de 1968 y 19 de septiembre de 1985,⁵ dos tragedias, dos heridas en la sociedad de la Ciudad de México (...) ligadas inevitablemente al régimen político del PRI” (Allier Montaña, 2018a, p. 219).

A diferencia de lo sucede con el centro histórico de la ciudad, donde todos los tiempos se narran a partir del pasado prehispánico, este es secundario en Tlatelolco, está subordinado al recuerdo del pasado reciente. ¿Cómo entran los pasados de esos acontecimientos al dispositivo exhibitorio, fruto de una estrategia política consciente? ¿Qué constelaciones temporales producen? ¿Qué sentidos no pueden ser fijados en las narrativas oficiales?

El análisis del lugar del terremoto de 1985 en la memoria colectiva excede los objetivos de este artículo. Aquí me centraré en el tiempo de la masacre, el 2 de octubre de 1968. Como señala Allier Montaña (2015), los debates en torno a su memorialización se vinculan con lo que hoy se conoce como Movimiento del ‘68:

⁵ El 19 de septiembre de 1985 la Ciudad de México fue sacudida por un sismo de 8.1 en la escala de Richter. Aunque se desconoce la cantidad exacta de muertes, se calculan entre 26 y 35 mil. En Tlatelolco, se desplomó completamente el edificio Nuevo León. Gobierno de México (2018). #AGNRecuerda el sismo de 1985, vía *La Jornada*. Recuperado de <https://www.gob.mx/agn/articulos/agnrecuerda-el-sismo-de-1985-via-la-jornada>.

(...) una enorme protesta estudiantil contra el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz (Partido Revolucionario Institucional), cuyo eje principal fue el antiautoritarismo, y que tuvo como demandas centrales (...) el fin de la represión gubernamental, el castigo a sus responsables, la indemnización a las familias de los muertos y heridos, la libertad a los presos políticos y la exigencia de diálogo público. (Allier Montaño, 2015, p. 187)

Es posible ligarlos también a las luchas por la memoria de la “guerra sucia” que desde mediados de la década de 1960 había emprendido el Estado contra grupos insurgentes localizados en distintos puntos de la geografía mexicana, que incluían guerrillas rurales y urbanas, movimientos campesinos y estudiantiles. El 2 de octubre de 1968 y el “Halconazo” de 1971,⁶ dos masacres de estudiantes en el entonces Distrito Federal pueden considerarse como los hitos que simbolizan y condensan la memoria del terrorismo de Estado en aquella época; la represión de las luchas revolucionarias.⁷

Poco tiempo después de la masacre de Tlatelolco, el escritor Octavio Paz publicó su ensayo *Postdata* (1970), que proponía como crítica histórica de lo sucedido en México durante las dos décadas previas. A pesar de la amplitud del tema, muchas de sus reflexiones giraban en torno a ese acontecimiento. Desde su punto de vista, en aquel “año axial”, las protestas juveniles globales detonadas por el Mayo francés habían adquirido características particulares en México, no por las protestas en sí, ni porque inmediatamente después se celebraron los Juegos Olímpicos en la ciudad, como si nada hubiera sucedido.

Lo discordante, lo anómalo y lo imprevisible fue la actitud gubernamental (...) el gobierno regresó a periodos anteriores de la historia de México (...) Fue una repetición instintiva que asumió la forma de un ritual de expiación; las correspondencias con el pasado mexicano, especialmente con el mundo azteca, son fascinantes, sobrecogedoras y repelentes. La matanza de Tlatelolco nos revela que un pasado que creíamos enterrado está vivo e irrumpe entre nosotros (Paz, 2019, pp. 252-253)

Como se aprecia en la cita, el pasado prehispánico y el terrorismo del Estado priista no solo están confundidos en la experiencia que produce el tránsito por los dispositivos exhibitorios de Tlatelolco, sino también en la interpretación sacrificial de la masacre que hizo Octavio Paz. El escritor no denunció a los responsables, los presentó como sujetos pasivos de una regresión histórica, la “repetición instintiva” de una forma ritual del pasado azteca que irrumpió en aquel presente como “pasado vivo”. Más adelante agregaría: “(...) lo que se desplegó ante nuestros ojos fue un acto ritual: un sacrificio” (Paz, 2019, p. 291). Anne Huffschi Schmid afirma que esta narrativa

6 El “Halconazo” o “Matanza del Jueves de Corpus” sucedió el 10 de junio de 1971, cuando el gobierno reprimió una manifestación masiva de estudiantes del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y la UNAM en apoyo a la huelga que habían iniciado estudiantes del estado de Nuevo León. Grupos paramilitares infiltrados en las organizaciones estudiantiles, los “Halcones”, abrieron fuego contra la columna, lo que provocó la muerte de al menos 120 personas. Comisión Nacional de los Derechos Humanos (s.f.). *Conmemoración de la Matanza del Jueves de Corpus, “El Halconazo”. 10 de junio*. Recuperado de <https://www.cndh.org.mx/noticia/conmemoracion-de-la-matanza-del-jueves-de-corpus-el-halconazo-10-de-junio>.

7 FEMOSPP (2006) *Informe de la Fiscalía para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado*. Recuperado de http://sitiosdememoria.segob.gob.mx/work/models/SitiosDeMemoria/Documentos/PDF/INFORME_FEMOSPP-2006.pdf.

de Paz pone de manifiesto un modo esencialista de concebir la historia, por el cual se presentan fusionados, “(...) aún vigentes, el rito sangriento del sacrificio, la derrota de Cuauhtémoc y la masacre de los estudiantes (...) Como si el destino de México fuera el de sacrificar y ser sacrificado” (Huffschmid, 2010, pp. 357-58).

El otro acontecimiento referido por Huffschmid, el “sacrificio” de Cuauhtémoc,⁸ remite a la derrota final de los mexicas en la guerra contra los españoles, ocurrida en 1521, también en Tlatelolco. Una extraña coincidencia hizo que mis visitas al museo de sitio y al CCUT en 2021 fueran simultáneas a las conmemoraciones por los quinientos años de la “caída de Tenochtitlan y Tlatelolco” o de “Resistencia Indígena”, nombres utilizados alternativamente por el gobierno federal y el de la Ciudad de México.

Llamativamente, el acto oficial del 13 de agosto no se desarrolló en Tlatelolco, último bastión en aquella guerra, sino en el Zócalo capitalino, donde una maqueta de gran tamaño replicaba el Templo Mayor de Tenochtitlan y completaba la escenografía ofrecida por el Palacio Nacional. Los discursos de la entonces jefa de Gobierno de la ciudad, Claudia Sheinbaum, de tres mujeres indígenas referentes de los países de América del Norte y del presidente López Obrador invitaron a reconsiderar la historia prehispánica y la colonización española, a visibilizar la diversidad de pueblos indígenas, a condenar el racismo y a reivindicar a las mujeres indígenas del presente, por su resistencia.⁹ En esas alocuciones, nadie mencionó lo sucedido en Tlatelolco.

¿Por qué Tlatelolco fue elidido en los discursos y sus museos estuvieron cerrados durante las conmemoraciones, centradas en el Zócalo y el Museo del Templo Mayor?¹⁰ ¿Tiene algo que ver con la disputa por los sentidos del pasado que allí sucede? ¿Es “contagiosa” la inestabilidad de sus narrativas? ¿Amenaza de algún modo el gran relato del “centro de centros” de la capital mexicana?

Memoria de la arqueología

Más arriba afirmé que en los espacios exhibitorios de Tlatelolco hay ciertos objetos-lugares en que parecen colapsar los marcos temporales y disciplinarios de las narrativas. En ellos se producen constelaciones temporales que amenazan con descomponer los discursos que legitiman la ejecución masiva y la potestad exhibitoria –el acto de mostrar o desaparecer a los muertos– como prerrogativas “soberanas” de un poder central. Una lectura

8 Cuauhtémoc fue el último gobernante mexica, el último *tlatoani*.

9 López Obrador (2021). *500 años de Resistencia Indígena. 1521, México-Tenochtitlan*. Video de Youtube. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=3k7uzQc3Thc>.

10 Mientras el Museo de Tlatelolco permanecía cerrado, en el Museo del Templo Mayor se inauguró la muestra *Tenochtitlan y Tlatelolco. A 500 años de su caída*. Secretaría de Cultura, Gobierno de México (2021). *El Museo del Templo Mayor abre exposición sobre la caída de Tenochtitlan y Tlatelolco*. Recuperado de <https://www.gob.mx/cultura/prensa/el-museo-del-templo-mayor-abre-exposicion-sobre-la-caida-de-tenochtitlan-y-tlatelolco>.

alternativa de esas perturbaciones en la escena museística, entendidas como huellas de acontecimientos, permitiría –quizá– un dislocamiento de la articulación entre la idea-imagen del “sacrificio” y el “Estado”, sólidamente arraigada en los modos de dotar de sentido algunas violencias en México.

Una de esas perturbaciones ocurre en *Xaltilolli. Espacio de Artes, Memorias, Resistencias*, un “centro de interpretación” con “narrativas abiertas y libres”, que propone reflexionar y repensar el arte, las memorias y las resistencias que han existido en la historia de México. Entre sus objetivos se encuentran “(...) problematizar y cuestionar la narrativa oficial (...) así como promover y activar la memoria, provocar la reflexión y la acción propositiva para la transformación de nuestra realidad”.¹¹ Fue inaugurado el 30 de noviembre de 2021 en el mismo espacio del CCUT que antes ocupaba el Museo de Tlatelolco.¹² Si bien la muestra permite tránsitos flexibles, está estructurada en dos ejes espaciotemporales: Tlatelolco como sitio de memoria y del arte indígena desde sus orígenes hasta el presente. En la sala, la transición entre los dos segmentos temáticos está marcada por la pieza “Piedra de Sol”.

Imagen 1. *Xaltilolli*. “Piedra de Sol”, vista frontal



Fuente: fotografía de la autora.

Esta pieza reproduce un monolito exhibido en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología y está suspendida a una altura similar, por lo que es visible desde todo el recinto. Debajo de ella, un exhibidor circular presenta gran cantidad de artículos de consumo popular, artesanales e industria-

11 UNAM Global (2021). *Sobre el CCUT*. Recuperado de https://tlatelolco.unam.mx/sobre_ccut/.

12 El museo abrió sus puertas en 2007 y hasta 2011 solo albergó la muestra Memorial del '68. Por un convenio entre la UNAM y el INAH, ese año se reestructuró en tres salas ordenadas cronológica y temáticamente, articuladas con el recorrido previo por la zona arqueológica. La Jornada (2011). *Lista, apertura del Museo de Tlatelolco*. Recuperado de <https://www.jornada.com.mx/2011/12/14/cultura/a06n1cul>. Ese arreglo se deshizo en 2018, como parte de una remodelación con motivo del quincuagésimo aniversario de la masacre.

les, que la reproducen. En el acceso al otro segmento de la muestra, sobre una columna, puede leerse el siguiente texto:

El monolito conocido como Calendario Azteca, o Piedra del Sol, se ha convertido en uno de los emblemas para identificar a México (...) Su hallazgo ocurrió en un momento histórico y social de interés por rescatar el pasado “indígena”, como cimiento del discurso patriótico. Si bien la Piedra del Sol se utilizó como elemento unificador de la mexicanidad, también es cierto que tanto el nombre del país como la idea de una nación homogénea se soportaron principalmente en el pasado mexica, olvidando otras culturas y la multiplicidad de identidades (...) se replica aquí para motivar la reflexión sobre lo que guardamos en los sentimientos y en la memoria, pero también sobre lo que hemos olvidado.

El llamado a reflexión es ambivalente. *Xaltilolli* comienza con una introducción en que se describe la cosmovisión mexica, no la de otros pueblos, y el espacio mesoamericano se historiza a partir del territorio bajo dominación mexica en 1521. Además, la ubicación de la pieza en el acceso al sector de la “diversidad cultural” y de “expresiones artísticas” sitúa lo mexica como canon y punto de partida. El lugar de los símbolos nacionales, entonces, su carácter central, se mantiene incuestionado. Y no solo eso. Creo recordar que, en el Museo de Tlatelolco, que ya no existe, el *tzompantli* estaba ubicado precisamente en ese mismo sitio. La coincidencia se completa al contemplar el reverso de la pieza.

Imagen 2. *Xaltilolli*. “Piedra de Sol”, reverso



Fuente: fotografía de la autora.

Desde unas gradas escalonadas, que podrían interpretarse como recreación de un basamento piramidal, en el reverso de la pieza observamos la proyección de una secuencia de imágenes animadas del sol pétreo, seguidas por imágenes de códices, pinturas y películas, junto a un signifiante verbal entre signos que cambian: “¿sacrificio?”, “¡sacrificio!”. Pirámide y sacrificio,

como en la interpretación de Octavio Paz. Los textos y cédulas no los nombran, pero están presentes, se manifiestan. Aunque los cráneos perforados del *tzompantli* han sido reemplazados por imágenes de extracción de corazones, observamos la representación de unas ejecuciones rituales desde una posición elevada, que recrea la cúspide de una pirámide. Además, la impresión del sacrificio de unos “otros” vencidos, distintos del “nosotros” que miramos, es el encuadre con que pasamos a lo que sigue: “Las identidades en el arte”. Así, aunque *Xaltilolli* cuestiona el uso simplificador de los emblemas y narrativas arqueológicas oficiales, los evoca y reproduce, los recrea, mantiene su centralidad. La idea sacrificial fijada a partir de discursos disciplinarios y político-identitarios persiste aun en la revisión crítica de los mecanismos de adscripción étnica y su apertura al tiempo, al cambio, a la disputa. Y esa idea amenaza con “petrificar” las memorias de otras luchas. El “sacrificio” mantiene, pues, su lugar central.

Entre el 9 y el 13 de agosto de 2021, El Colegio Nacional transmitió un ciclo de conferencias titulado “En busca de Tenochtitlan y Tlatelolco”, para conmemorar los quinientos años de la “caída” de esas ciudades bajo dominio español. El día 12, el arqueólogo Salvador Guilliem, responsable del Proyecto Tlatelolco, narró la historia de las excavaciones en el lugar y mostró fotografías tomadas en diferentes momentos. Me llamó particularmente la atención la de un *tzompantli* y gran cantidad de entierros excavados por Eduardo Contreras Sánchez entre 1964 y 1968. El conjunto estaba ubicado frente a los ventanales del edificio que actualmente alberga al CCUT, según se desprende de una fotografía aérea. Hoy, *Xaltilolli* ocupa parte de ese espacio y desde esos ventanales puede observarse la Plaza de las Tres Culturas, escenario de la masacre de los estudiantes.

Imagen 3. Excavaciones en Tlatelolco



Fuente: canal de YouTube de El Colegio Nacional. Guilliem, S. (2021). *Arqueología de Tlatelolco*. Video de YouTube. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=zhYGSzL60AU>

Las excavaciones habían comenzado durante la presidencia de López Mateos (1958-1964), como rescate arqueológico para el proyecto urbanístico Nonoalco-Tlatelolco, que pretendía simbolizar la historia y la modernización de México. Un proyecto de esa magnitud debía haber dejado huellas en los archivos institucionales. Sin embargo, no fue así:

(...) cuando empezamos el trabajo en 1987, pues resulta que no había informes en el Consejo de Arqueología, en los archivos del INAH, en el Museo de Antropología. Anduvimos por todos lados, buscamos los informes para saber qué es lo que nos antecedía, pero no, no dábamos. Pero sí empezamos a oír muchos relatos, muchas historias. Y casi todas caían en aquel 2 de octubre de 1968. Y por eso me fui a buscar a don Eduardo Conteras Sánchez (...) y a su hijo, que fue quien me empezó a facilitar las imágenes que él, como el fotógrafo del proyecto del '64 al '68, conservaba celosamente¹³

Después de mostrar fotografías de más restos humanos y llamar la atención sobre el “hacinamiento de entierros”, la gran “cantidad de ofrendas” y el “tipo de sacrificios”, el arqueólogo remarcó que “Los amantes de Tlatelolco”, los dos esqueletos a los que me referí más arriba, formaban parte del mismo conjunto, se excavaron en aquel tiempo. Además,

(...) en ese patio sur también salió un altar tzompantli (...) Este altar siempre permaneció tal como lo retiró Jorge Angulo de Tlatelolco, fue enviado al Museo de Antropología y estaba a la entrada de la curaduría de Arqueología (...) antes de llegar a lo que eran los espacios de Antropología Física. Ese altar tzompantli ahí estaba, encapsulado en una cosa de acrílico. Y actualmente ya lo tenemos en Tlatelolco, en nuestro museo de sitio¹⁴

“Los amantes de Tlatelolco”, dejados *in situ*, y el *tzompantli*, como los recuerdo de mi primera visita, fueron exhumados en la misma temporada de excavación:

Mientras se trabajaba en la recuperación de los restos arqueológicos de un enorme complejo ritual depositado sobre el templo dedicado a Ehécatl, los sorprendió la noche del 2 de octubre de 1968 (...) El ejército tomó la plaza y se retiró hasta el día 8. Los investigadores recibieron la instrucción de tapar todos los vestigios (...) la colección fue enviada al Museo Nacional de Antropología (Guilliem, 2012b, p. 37)

Así fue como se decidió que una mínima porción de los restos, encapsulados en sendas cajas acrílicas, fueran dispuestos para su exhibición en la Plaza de las Tres Culturas y en el subsuelo del MNA. La mayoría, en cambio, fue retirada y enviada a los sótanos de ese mismo museo, donde se confundió con otros restos, se perdió, desapareció:

13 Guilliem, S. (2021). *Arqueología de Tlatelolco*. Video de YouTube. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=zhYGszL60AU>.

14 Ídem.

Desafortunadamente, aunque algunas piezas tienen apuntado el registro, la mayoría no. Además, no es sencillo reconocer cuáles objetos corresponden a las ofrendas o entierros rescatados antes de la década de 1960 y los que provienen de estas excavaciones (...) Los restos óseos quedaron bajo resguardo de la Dirección de Antropología Física, cuyas oficinas y lugares de almacenamiento se encuentran en el sótano de este museo (Olmedo Vera y Alvarado, 2012, p. 183)

En 1999, durante una reestructuración integral del museo, se recuperaron algunos:

(...) la necesidad de abandonar las excavaciones (...) obligó a los arqueólogos y restauradores a tapar cuidadosamente los descubrimientos y en otros casos a levantar ofrendas completas mediante el proceso de velado. Una de estas últimas fue resguardada en el MNA en la forma de un “paquete” de elementos inmersos en yeso que fue excavado por especialistas en las instalaciones del propio museo en el tiempo de la reestructuración de las salas de exhibición (marzo de 1999); esto permitió que el depósito se recuperara totalmente y que se pudiera reconstruir la colocación de los elementos que lo conformaron con el fin de exhibir la ofrenda completa en la Sala Mexica (Olmedo Vera y Alvarado 2012, p. 191)

La asociación entre el MNA y la Plaza de las Tres Culturas, dos escenarios clave en los acontecimientos del 2 de octubre de 1968,¹⁵ se reactivó a fines de los noventa. Pero ¿qué otros tiempos se conjugaron en estos arreglos de restos y objetos que son presentados en el espacio expositivo? Si bien no lo explicitan en publicaciones académicas –sí en documentales y conferencias–, los arqueólogos Eduardo Matos Moctezuma y Salvador Guilliem interpretan el *tzompantli* y los entierros del templo de Ehécatl como los restos de tlatelolcas derrotados en la guerra contra Tenochtitlan, en 1473.¹⁶ Según las crónicas, Moquihuix, *tlatoani* de Tlatelolco, desafió la hegemonía de Axayácatl, su cuñado y *tlatoani* tenochca. La ejecución masiva, su “sacrificio”, habría sido el precio de la derrota (Bueno Bravo, 2005; Garduño, 1993; Guilliem, 2012a).

En *Xaltlollí*, del CCUT, la guerra entre tenochcas y tlatelolcas es evocada únicamente al comienzo de un segmento referido a las memorias de Tlatelolco, en la pieza “¿Sobre cuántos pasos caminamos?”. La refiere una pequeña reproducción de la ilustración de una batalla en un documento colonial, apenas un detalle que pasa casi desapercibido entre informaciones múltiples. La representación de una batalla, sí, pero ninguna referencia a la ejecución masiva de los tlatelolcas vencidos, quienes en 1473 habían intentado subvertir el orden mexica, “sacrificio” necesario para consolidar el poder de Tenochtitlan y su *tlatoani* Axayácatl.

Los restos exhumados entre 1964 y 1968 corresponderían a esa ejecución. Algunos fueron exhibidos en el Museo de Tlatelolco, según el mar-

15 Varias marchas del Movimiento del '68 partieron del MNA con destino al Zócalo y a Tlatelolco.

16 Guilliem, S. (2021). *Arqueología de Tlatelolco*. Video de YouTube. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=zhYGszL60AU>. Ver también: INAH TV (2020). *Tlatelolco: La resistencia. 70 años de investigación*. Video de YouTube. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=aNj2l7bhqy0>.

co discursivo de la arqueología de Estado, y luego fueron desplazados para montar *Xaltitloli*. La mayor parte, sin embargo, fue depositada sin registro en los sótanos del MNA, se perdió su rastro. Así como en el siglo XV los tlatelolcas se sublevaron contra el orden encarnado por el *tlatoani* tenochca, también los estudiantes del Movimiento del '68 desafiaron el orden priista encabezado por el presidente Díaz Ordaz. Todos fueron exterminados y sus restos desaparecieron el día que Octavio Paz interpretó como “repetición instintiva” de un “ritual de expiación” (Paz, 2019).

... y arqueología de la memoria

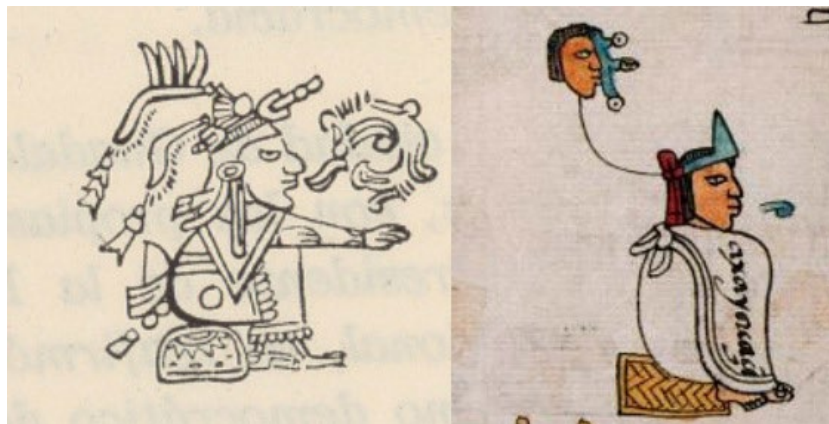
Gustavo Díaz Ordaz fue el presidente de México -“gran tlatoani”- entre 1964 y 1970. Tanto él como su sucesor, Luis Echeverría Álvarez (1970-1976), se habían desempeñado antes como titulares de la Secretaría de Gobernación¹⁷. Haber ocupado ambas posiciones los convierte en responsables máximos del terrorismo de Estado como práctica de contrainsurgencia durante las décadas de 1960 y 1970. Y como tales son evocados en la sala M68 -antes *Memorial del '68*- del CCUT, ubicada por encima de *Xaltitloli*, en el primer piso del edificio. En mi segunda visita a los museos de Tlatelolco, en octubre de 2021, era la única sala que estaba abierta. Como me sucedió en *Xaltitloli* con la “Piedra de Sol”, en M68 encontré otro objeto-lugar en que sentí colapsar los marcos temporales y los discursos disciplinarios, una manifestación más de la asociación recurrente entre el signifiante “sacrificio”, las imágenes arqueológicas y las recientes violencias de Estado. Se trata del facsímil de una publicación que reproduce parcialmente el discurso “Una mano está tendida...”, pronunciado por Díaz Ordaz en la Casa de Gobierno en Guadalajara, Jalisco, el 1 de agosto de 1968.¹⁸

Lo llamativo de la pieza no es solo su contenido explícito, una interpelación -y tal vez una amenaza- a los estudiantes para que cesaran las protestas, sino también la referencia a pasados “sacrificios por la Patria”, acompañada por ilustraciones de inspiración arqueológica. Sacrificios de vidas y de sangre para construir un “acervo valioso” que legar a generaciones futuras, elemento unificador de la mexicanidad, alma y esencia nacional, patria que fue cuna y será tumba. En la tercera página, al pie de la presentación general y sin más indicaciones, se incluyó el dibujo de un personaje con características similares a las representaciones de *tlatoanis* en los códices novohispanos.

17 En México, la Secretaría de Gobernación es un órgano de la administración pública con competencias similares a del Ministerio del Interior y Jefatura de Gabinete en otros países. Entre ellas se encuentra la seguridad pública.

18 Díaz Ordaz, G. (1968). *La mano tendida*. Discurso pronunciado el 1 de agosto. Recuperado de https://es.wikisource.org/wiki/Discurso_de_Gustavo_Díaz_Ordaz_“La_mano_tendida”

Imagen 4. A la izquierda, detalle del facsímil del discurso “Una mano está tendida...”. A la derecha, ilustración de Axayácatl (*Códice Mendoza*, c.1540, p. 26)



Fuente: captura de pantalla. Recuperado de <https://m68.mx/coleccion/35076> y de <https://polemologia.wordpress.com/wp-content/uploads/2014/07/codicemendoza.pdf>

¿Con qué intención se incluyó ese dibujo? No es posible saberlo. Sin embargo, las similitudes, los ecos visuales, homologan a Díaz Ordaz con los *tlatoanis* del pasado en ejercicio de la palabra, representada por las volutas que salen de la boca de los personajes. Además, ambos están sentados, de perfil, y presentan tocados y signos sobre sus cabezas. Pero solo uno tiende la mano, como en el nombre del discurso presidencial.

Más sugestiva resulta la segunda ilustración del facsímil, cuya posición en el documento –abajo a la derecha, al final del texto– opera casi como una firma (¿la firma de un *Estado arqueológico/sacrificial*?). Es la imagen de un caracol cortado de modo tal que expone la espiral interna dentro de un contorno de cinco puntas, muy semejante al *ehcacózcatl* arqueológico o joyel del viento, interpretado como atributo del dios Ehécatl-Quetzalcóatl (Suárez Diez, 2011).

Se presume que a esa deidad estaban dedicados el templo y el *tzompantli* sur de Tlatelolco, en proceso de excavación en octubre de 1968, cuando ocurrió la masacre. Entre las fotografías compartidas por Salvador Guilliem en la conferencia de agosto de 2021, reunidas a partir de 1987 y hasta ese momento nunca exhibidas, hay una en que se aprecia un *ehcacózcatl* colocado entre los cráneos del *tzompantli*.

Imagen 5. A la izquierda, detalle del facsímil del discurso “Una mano está tendida...”. A la derecha, captura de pantalla de la conferencia “Arqueología de Tlatelolco”



Fuente: Captura de pantalla. Recuperado de <https://m68.mx/coleccion/35076> y de Guilliem, S. (2021). Arqueología de Tlatelolco. Video de YouTube. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=zhYGszL60AU>

¿Por qué quienes curaron la muestra M68 seleccionaron esta pieza en particular? ¿Por qué los integrantes de la asociación civil que publicó el discurso pronunciado por Díaz Ordaz meses antes de la masacre elegirían como firma un signo que acompañaba los restos de presuntos tlatelolcas desafiante del orden mexica, “sacrificados” en masa en 1473? ¿Qué efectos de sentido habrá producido el posterior traslado de los cráneos encapsulados de ese *tzompantli* hacia los sótanos del Museo de Antropología, exhibidos entre la Curaduría de Arqueología y la Dirección de Antropología Física solo ante personal autorizado? ¿Qué sucedió con el olvidado *ehcacózcatl*?

Otra vez resulta imposible responder. Sí, es posible especular que los editores del discurso presidencial conocían la iconografía mexica y el trabajo de los arqueólogos en Tlatelolco durante los meses previos al 2 de octubre. Tal vez el apilamiento de cráneos y sus símbolos asociados ejercieron en ellos una cierta fascinación, la de mirar de frente el poder de muerte del imperio antiguo. Y tal vez hayan sentido el deseo de mimetizarse con ese espectro. Como sea, la orden de trasladar los restos al MNA sin registro burocrático da cuenta del arbitrio del poder militar. En ese tiempo de agitación política y disputas también dentro del INAH, el *tzompantli* encapsulado en el sótano quizá cumplió la función de recordatorio visual de vínculos de poder frente a adversarios y subordinados, una escenografía para el drama político de aquel presente¹⁹.

Aunque utilizado en un contexto exhibitorio diferente, no arqueológico sino memorial –la Sala M68 del CCUT–, el *ehcacózcatl* como “firma” del discurso de Díaz Ordaz explicita la potencia simbólico-política del vínculo entre imágenes arqueológicas, restos humanos y una idea de “sacrificio” que lo presenta como

¹⁹ Es importante recordar que la masacre de 1968 y el Halconazo –donde habría sido asesinado un estudiante de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH)– provocaron una ruptura en el gremio antropológico, que culminó con la mudanza de la ENAH fuera del MNA, y la creación de nuevas instituciones de enseñanza e investigación (Gándara, 1992, 2018; Del Val, 1993; Fábregas Puig, 2018).

necesidad para la perpetuación del orden social. Este modo de “firmar” no se agota en la coincidencia de este único signo en ese espacio y tiempo particular: Tlatelolco 1968. Se trata de imágenes arqueológicas ampliamente difundidas y recurrentes en el imaginario mítico-histórico-político mexicano, presentes como huellas del pasado reciente no solo en los museos arqueológicos, sino también en otros edificios públicos de la capital mexicana (Álvarez, 2024b). La eficacia de las narrativas que articulan esas imágenes, materialidades e ideas es tal que opera incluso cuando se pretende denunciar las violencias de Estado.

El último objeto-lugar en que creí percibir el colapso de los discursos disciplinarios es la “Estela de Tlatelolco”. Ubicada en la Plaza de las Tres Culturas, fuera de los dispositivos museísticos, marca el lugar del acontecimiento del 2 de octubre. Se trata de “una piedra que lleva tallados los nombres de las víctimas de la masacre de Tlatelolco de 1968” y un fragmento de un poema de Rosario Castellanos.²⁰ Su forma fue decidida después del fracaso de un proyecto previo, seleccionado a partir de un concurso convocado por el comité que, en 1988, tuvo a su cargo la conmemoración del vigésimo aniversario de la masacre (Allier Montaño, 2018a). El monumento había sido imaginado como una grieta abierta en la plaza, en cuyo interior -bajo tierra- podrían leerse los nombres de los muertos. Pero se transformó en una especie de monolito de aspecto arqueológico, aprobado por el INAH e inaugurado en 1993.

Imagen 6. Estela de Tlatelolco



Fuente: fotografía de la autora.

20 CIPDH-UNESCO (s.f.). *Estela de Tlatelolco*. Recuperado de <https://www.cipdh.gob.ar/memorias-situadas/lugar-de-memoria/estela-de-tlatelolco/>

Allier Montaño relata que el escultor propuso otros elementos al diseño, pero solo se aceptó “(...) que la plataforma de base contara con taludes laterales, por ser el talud un elemento prehispánico presente en Tlatelolco” (Allier Montaño, 2018b, p. 222). Una estela con el nombre de los muertos, levantada sobre una plataforma con talud de inspiración arqueológica.

Alberto Castillo Troncoso analiza la portada de la primera edición del libro *La estela de Tlatelolco* de Raúl Álvarez Garín (Castillo Troncoso, 2002), un relato en primera persona de los acontecimientos en torno al Movimiento del ‘68. Señala Castillo Troncoso que se trata de una fotografía intervenida de la inauguración del monumento conmemorativo, tomada durante un acto nocturno con ofrenda de veladoras:

Al centro de la imagen destaca una estela de piedra construida a manera de mausoleo con los nombres de algunas de las víctimas identificadas de la masacre (...) La estela iluminada irradia su luz sobre un sector de la multitud, el que aparece en la mitad superior de la fotografía, mientras que el resto permanece en la oscuridad total (...) Algunos de los hilos conductores de este trabajo se entretajan con esta portada. El énfasis está puesto en la lectura retrospectiva del presente y la manera en que el sacrificio de las víctimas, lejos de quedar en el olvido, ocupa un lugar cada vez más importante en la historia contemporánea mexicana (Castillo Troncoso, 2008, pp. 73-74).

Una vez más, las imágenes arqueológicas se confunden con las imágenes de la violencia de Estado del pasado reciente, a través de una idea-imagen del “sacrificio” en un monumento que evoca una pirámide. Esta confusión no sucede únicamente en Tlatelolco, sino que se ha vuelto un modo de significar la muerte masiva que produce la violencia contemporánea, incluso la que ejercen las corporaciones narco-criminales en sus disputas por el control territorial en algunas regiones de México. Pero es solo en Tlatelolco donde la heterogeneidad de las memorias traumáticas crea constelaciones temporales que, a la manera de las imágenes dialécticas de Walter Benjamin (2008), permiten comprenderlas como recuerdos encubiertos de violencias previas que resuenan con las de hoy. Habría en ellas un potencial emancipador, podrían ser el síntoma que permitiera hacer conscientes esos traumas históricamente reprimidos -psíquica y políticamente- y hacer inteligibles los órdenes sociales que los produjeron. Sin embargo, la estabilidad de los dispositivos narrativos más generales en que han sido capturadas confirma la vigencia de esos órdenes, los reproduce.

Reflexiones a modo de cierre

A lo largo de este texto he intentado visibilizar y problematizar los nexos de memoria que unen las imágenes arqueológicas con las violencias traumáticas de pasados recientes en Tlatelolco, probablemente anudadas en el imaginario colectivo a partir del acontecimiento del 2 de octubre de 1968. Se trata de un ejercicio de crítica cultural que se aproxima a lo que Mario

Rufer ha calificado como “memoria desobediente” (Rufer, 2022), un trabajo de conexión de cosas aparentemente inconexas, de temporalidades heterogéneas.

En este caso, las figuras que propician esa conexión y en las que se condensan sentidos asociados con la muerte masiva son la pirámide y el sacrificio, formuladas y difundidas a partir de la interpretación literaria de Octavio Paz (2019). La misma asociación se activa también cuando se trata de denunciar otras violencias, estatales, paraestatales y/o criminales. Sucede como si, en México, toda memoria que se pretendiera hacer perdurar debiera ser grabada en piedra, aun a costa de reproducir el guion sacrificial y el orden jerárquico que se representa en el drama político, con lo cual se neutraliza la potencia transformadora del recuerdo. En un doble juego, los marcos disciplinarios contribuyen a “arqueologizar” los discursos y movimientos políticos que desafían el orden vigente y los petrifican, a la vez que esos movimientos se mimetizan con los discursos arqueológicos y antropológicos para existir en interlocución con el Estado.

La muerte provocada, significada como “sacrificio”, es el punto donde todas esas prácticas y discursos se confunden. En ella coinciden tanto los sectores privilegiados, que ocupan posiciones de poder y encuentran en esta noción una legitimación para sus crímenes, como quienes los desafían, dispuestos a “ofrendar” sus vidas en la construcción de un orden distinto. La lógica sacrificial impregna también el mandato de resistencia, de rebelión, de revolución. Tal como se manifiesta en *Xaltitloli*, “resistencia” y “sacrificio” no son opuestos, no se anulan mutuamente, sino que se complementan en la perpetuación del drama político. Los restos de los muertos constituyen una de las materialidades del lenguaje de la disputa política y su rol es clave en la legitimación de la represión de la insurgencia y la potestad exhibitoria del poder –el acto de mostrar o hacer desaparecer esos restos–.

Durante las conmemoraciones de los quinientos años de la “caída de Tenochtitlan y Tlatelolco” se hizo patente la vigencia de los nexos que unen las materialidades e imágenes arqueológicas con memorias de distintas violencias traumáticas, conjunciones temporales capaces de reavivar una mística agonística de la resistencia y el sacrificio. En esas escenas de poder que se desarrollaron en el Zócalo capitalino, donde se ubican las sedes del poder de distintos tiempos (Templo Mayor de Tenochtitlan, Catedral y Palacio Nacional), se espectacularizó una vez más la potencia simbólica del *centro de centros*. Tlatelolco permaneció al margen.

¿Cómo explicar la periódica (re)escenificación de imaginarios sacrificiales que son elididos en los discursos político-identitarios, pero a la vez se (re)presentan como fundamento mítico-histórico de la nación? ¿Solo el “sacrificio” entre los mexica, imagen del recuerdo encubierto de traumas históricos de otras temporalidades, es capaz de restituir una potencia soberana debilitada? ¿Cómo inviabilizar la escena sacrificial, para interrumpir la (re)producción de los privilegios históricos de unas élites dispuestas a

derramar la sangre y tomar la vida de quienes se disponen a entregarla para transformar un orden social injusto? No hay respuestas individuales a estas preguntas. Este artículo es apenas una incitación a un debate necesariamente colectivo.

Bibliografía

- Allier Montaño, E. (2015). De conjura a lucha por la democracia: una historización de las memorias políticas del 68 mexicano. En E. Allier Montaño y E. Crenzel (coords.), *Las luchas por la memoria en América Latina. Historia reciente y violencia política* (pp. 185-219). México: Bonilla Artigas Editores – UNAM.
- Allier Montaño, E. (2018a). Tlatelolco, lugar de memoria y sitio de turismo. Miradas desde el 68. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, LXII(234), 215-238. Recuperado de <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2018.234.65790>
- Allier Montaño, E. (2018b). El 68 en el museo. *Nexos*. Recuperado de <https://cultura.nexos.com.mx/el-68-en-el-museo/>
- Álvarez, P. (2024a). Un altar de “culturas decapitadas”. Arqueología y sacrificio en el Museo Nacional de Antropología (México). *Memoria Americana. Cuadernos De Etnohistoria*, 32(2), 36-53. Recuperado de <https://doi.org/10.34096/mace.v32i2.14753>
- Álvarez, P. (2024b). Las máscaras prehispánicas del Estado. Arqueología y dramaturgia política en México. *Memorias disidentes. Revista de estudios críticos del patrimonio, archivos y memorias*, 1(2), 45-66. Recuperado de <https://ojs.unsj.edu.ar/index.php/Mdis/article/view/mascarasprehispanicasdelEstado-P-Alvarez.MD2024>
- Azpiri, A. (2021). Xaltitlalli, del Centro Cultural Universitario Tlatelolco. ¿Puede florecer un montículo de Arena? *Revista de la Universidad de México*, 876: 136-139. Recuperado de <https://us-east-1.linodeobjects.com/rum/f5066b07-131a-4d79-bb08-249393cae9c4?filename=xaltitlalli-del-centro-cultural-universitario-tlatelolco>
- Benjamin, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México: Itaca / UACM.
- Bueno Bravo, I. (2005). Tlatelolco: la gemela en la sombra. *Revista Española de Antropología Americana*, 35, 133-148. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/REAA/article/view/REAA0505110133A>.
- Castillo Troncoso, A. (2008). Testimonio, análisis y estrategia visual en torno al movimiento estudiantil de 1968: Los casos de Raúl Álvarez Garín y Gilberto Guevara Niebla. *Tzintzun. Revista de estudios históricos*, 48, 69-110. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=89811839004>
- Del Val, J. (1993). El indigenismo. En L. Arizpe (Coord.), *Antropología breve de México* (pp. 245-264). México: Academia de la Investigación Científica – UNAM.
- Fábregas Puig, A. (2019). Tlatelolco 1968: memoria de un antropólogo. *Dis-*

- paridades. *Revista de antropología*, 74 (2), 1-15. Recuperado de <https://doi.org/10.3989/dra.2019.02.015>
- Gándara, M. (1992). *La arqueología oficial mexicana. Causas y efectos*. México: INAH.
- Gándara, M. (2018). Cuicuilco y la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Recuento personal de una relación intensa. *Arqueología Mexicana*, 151, 56-59.
- Garduño, A. (1993). *Conflictos y alianzas entre tlatelolcas y tenochcas. Un primer acercamiento* (tesis inédita de licenciatura). Universidad Nacional Autónoma de México, México. Recuperada de <https://tesiunamdocumentos.dgb.unam.mx/pmig2016/0192262/0192262.pdf>
- Gnecco, C. y M. Rufer (2021). Regímenes de memoria y usos políticos y sociales del tiempo pasado. Conversación con Mario Rufer. *Tabula Rasa*, 39, 323-338. Recuperado de <https://doi.org/10.25058/20112742.n39.15>
- González Rul, F. (Coord.). (1996). *Tlatelolco a través de los tiempos. 50 años después (1944-1994)*. T.I. Arqueología. México: INAH.
- Guilliem, S. (2003). Ofrendas del Templo Mayor de México Tlatelolco. *Arqueología*, 30, 65-87. Recuperado de <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/arqueologia/article/view/6384>
- Guilliem, S. (2012a). Las colecciones arqueológicas de Tlatelolco. Tlatelolco a través de los tiempos. Historia de la arqueología del sitio. En INAH (Ed.), *Museo de Sitio de Tlatelolco* (pp. 13-28). México: INAH – UNAM.
- Guilliem, S. (2012b). El siglo XX, la arqueología al encuentro del rostro mexicana. Los museos de México-Tlatelolco. En INAH (Ed.), *Museo de Sitio de Tlatelolco* (pp. 29-40). México: INAH – UNAM.
- Guilliem, S. (2013). Historia de la arqueología. En INAH (Ed.) *Encuentros con el tiempo. Arqueología de Tlatelolco. 1987-2013* (pp. 21-27). México: INAH – UNAM – CONACULTA.
- Huffschnid, A. (2010). Mirar la memoria. Lecturas de la extraña(da) plaza de Tlatelolco. En S. Tamayo, N. López y A. López (Eds.), *Yo no estuve ahí, pero no olvido. La protesta y memoria política en México* (pp. 351-384). México: UAM.
- Jelin, E. (2014). Las múltiples temporalidades del testimonio: el pasado vivido y sus legados presentes. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 1(1), 140-163. Recuperado de <https://revistas.ides.org.ar/clepsidra/article/view/480>
- Nora, P. (2008). *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*. Montevideo: Trilce
- Olmedo Vera, B. y H. Alvarado (2012). Presencia de Tlatelolco en la colección mexicana del Museo Nacional de Antropología. En INAH (Ed.), *Museo de Sitio de Tlatelolco* (pp. 181-193). México: INAH – UNAM.
- Paz, O. (2019). *El laberinto de la soledad, Postdata, Vuelta a “El laberinto de la soledad”*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rufer, M. (2022). Das Gedächtnis als ungehorsame Verbindung. En T. Dorsch, J. Flörchinger y B. Nehe (Hg.) *Geographie der Gewalt. Macht und Gegenmacht in Lateinamerika* (pp. 245-263). Berlin: Mandelbaum-Verlag.
- Suárez Diez, M. (2011). *La joyería de concha de los dioses mexicana*. México: INAH.

Partir al exilio y convertirse en adulta. Trayectorias vitales de mujeres académicas víctimas de la dictadura cívico-militar uruguaya (1973-1985)

ANDREA VIZCAÍNO, ISABEL CEDRÉS, MALENA ZUNINO Y NILIA VISCARDI

Resumen

Este estudio analiza las trayectorias de cinco mujeres académicas uruguayas que vivieron el exilio durante la dictadura (1973-1985) utilizando el enfoque de curso de vida. La investigación examina cómo el *timing* del exilio configuró sus transiciones a la adultez. Las mujeres, que terminaron el liceo entre 1966 y 1973, participaron en movimientos políticos que las forzaron al exilio. El análisis revela que el exilio reconfiguró sus sistemas de transición a la adultez. Las redes académicas transnacionales facilitaron la continuidad de sus carreras, aunque las responsabilidades de cuidado crearon obstáculos diferenciados. Los hallazgos evidencian diversas estrategias de adaptación, mostrando la agencia individual y las limitaciones estructurales de género en contextos de migración forzada.

Palabras Clave:

exilio; género; trayectorias académicas y profesionales; curso de vida

Recepción: 09/06/2025

Aceptación: 15/09/2025

Going into exile and becoming an adult. Life trajectories of women academics victims of the Uruguayan civil-military dictatorship (1973-1985)

Abstract

This study analyzes the trajectories of five Uruguayan academic women who experienced exile during the dictatorship (1973-1985), using a life course approach. The research examines how the *timing* of exile shaped their transitions to adulthood. These women, who finished high school between 1966 and 1973, participated in political movements that forced them into exile. The analysis reveals that exile reconfigured their transition systems to adulthood. Transnational academic networks facilitated career continuity, although care responsibilities created differentiated obstacles. The findings evidence diverse adaptation strategies, showing individual agency and structural gender limitations in contexts of forced migration.

Keywords: Exile; Gender; Academic and Professional Trajectories; Life course

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons 4.0 Internacional. (Atribución-No Comercial-Compartir Igual)
<https://doi.org/10.59339/c.v12i24.735>
 Vizcaino, A. et al. (2025). Partir al exilio y convertirse en adulta. Trayectorias vitales de mujeres académicas víctimas de la dictadura cívico-militar uruguaya (1973-1985). *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 12(24), 49-68.



Partir al exilio y convertirse en adulta. Trayectorias vitales de mujeres académicas víctimas de la dictadura cívico-militar uruguaya (1973-1985)

ANDREA VIZCAÍNO*, ISABEL CEDRÉS**, MALENA ZUNINO*** Y NILIA VISCARDI****

Los eventos históricos de gran convulsión suponen un desafío para la investigación social, lo que vuelve necesarios los enfoques que estudian la imbricación entre distintos niveles analíticos. La perspectiva de curso de vida presenta cualidades en este sentido, interesándose por la articulación entre historia y biografía, por cómo las trayectorias individuales se ven afectadas por eventos históricos más amplios. Shanahan et al (2016) definen el curso de vida como una secuencia de eventos y roles sociales, pautados por etapas de vida y situados social e históricamente. Mercedes Blanco (2011) identifica entre los principios rectores: la mirada longitudinal para reconocer el carácter procesual de la vida; la importancia del marco espaciotemporal; la interdependencia de las trayectorias; la centralidad de la agencia; y el *timing*.

El concepto de *timing* permite explorar el impacto de la etapa de vida en que se encuentra una persona al momento que ocurre un evento histórico. Supone que la edad no es solo un marcador biológico o psicológico, sino que tiene una dimensión social. El curso de vida está configurado por definiciones y formas de estructurar el desarrollo vital que se expresan en modelos culturales que sirven de marco de referencia para los individuos (Lalive et al., 2011). Las etapas de vida tienen una dimensión social, subjetiva y simbólica (Holstein y Gubrium, 2007), que configura la experiencia de las personas a través del tiempo biográfico.

En esta exploración, nos interesa reconstruir las trayectorias de mujeres uruguayas que vivieron su transición a la adultez durante el proceso histórico que se extendió desde los episodios represivos anteriores al golpe de estado, caracterizado por Álvaro Rico (2005) como “el camino democrático a la dictadura”, pasando por el quiebre institucional del 27 de junio de 1973 hasta el retorno a la democracia en 1985.

*Doctora en Ciencias Sociales con especialización en sociología por El Colegio de México. Docente e investigadora en la Universidad de la República. Correo electrónico: andrea.vizcaino@fhce.edu.uy.

** Magíster en Estudios de Género por El Colegio de México. Docente e investigadora en la Universidad de la República. Correo electrónico: isabel.cedres@cienciassociales.edu.uy.

*** Maestranda en Estudios Sociales Latinoamericanos, por la Universidad de Buenos Aires. Docente e investigadora en la Universidad de la República. Correo electrónico: malenazunino@gmail.com.

**** Doctora en Sociología, por la Universidade Federal do Rio Grande do Sul. Docente e investigadora en la Universidad de la República. Correo electrónico: nilia.viscardi@cienciassociales.edu.uy.

La transición a la adultez se define como “una articulación compleja de procesos de formación, inserción profesional y emancipación familiar” que resultan en un “enclasmiento social” en un sistema político donde los recursos asociados a la adultez se distribuyen inequitativamente (Casal et al., 2006). El modelo hegemónico incluye cinco marcadores: acabar la escuela, ingresar al mercado laboral, emanciparse del hogar paterno, casarse y tener hijos (Settersten et al., 2015).

El género se presenta como un eje diferenciador en la transición a la adultez. Lynch (2017) sostiene que las etapas de vida no solo se construyen a partir de las edades sino también a partir de la diferencia sexual. El modelo ternario (fin de los estudios, ingreso al mercado laboral, retiro) que ordena la vida humana en relación con el trabajo en las sociedades industriales es indisociable de la producción histórica de la división sexual del trabajo, con su doctrina de separación entre las esferas pública y privada y su formación de identidades de género a partir de esta división (mujer/ama de casa y hombre/proveedor). En este esquema, las mujeres son definidas por su “capacidad innata” para llevar a cabo las funciones del ámbito privado. Frente a eso, se admite que hay modelos de transición a la adultez diferenciados que “si bien responden a las identidades de género, no reproducen exclusivamente esa distinción, sino que son potencialmente modeladas por el conjunto de inserciones sociales de los individuos” (Widmer y Levy, 2003, citado en Lynch, 2017, p. 41), como, por ejemplo, la clase.

Consideramos útil la definición de género de McNay (2004): una relación social vivida que se configura diversamente en múltiples situaciones, geografías y temporalidades. Las personas se mueven por espacios sociales donde las relaciones de género adquieren sentidos específicos, a veces contradictorios. Esto es importante para pensar cómo la participación en movimientos sociales supuso la negociación con sentidos de género surgidos en dichos espacios.

Las cinco mujeres del estudio tuvieron participación política durante la represión estatal entre 1968 y 1985. Partimos de la hipótesis de que la militancia política configuró nuevos sentidos sobre la juventud, la adultez y los hitos asociados al pasaje entre ambas etapas. El exilio pudo significar el retorno de expectativas, centradas en el desarrollo individual, cercanas a construcciones tradicionales sobre el tránsito a la adultez.

Las mujeres terminaron el liceo entre 1966 y 1973 y participaron en movimientos que las hicieron blanco de persecuciones, lo que derivó en exilio. Este artículo exploratorio busca indagar cómo la generación, la militancia y la migración forzada configuraron las transiciones sociales asociadas al pasaje a la adultez.

En 1970, Uruguay mostraba caídas en la nupcialidad y postergación del matrimonio respecto a generaciones anteriores. De Giorgi (2021) señala que las militancias de izquierda promovieron la emancipación de los círculos familiares y una reorganización de la vida cotidiana, lo que dio lugar a

nuevas experiencias sexoafectivas alejadas de modelos tradicionales.

Las mujeres consolidaron su matrícula en educación secundaria, y los censos universitarios de 1960-1968 indican que representaban cuatro de cada diez estudiantes. Para fines de la década de 1980, constituyeron el 60% de la matrícula universitaria. Las movilizaciones estudiantiles, la militancia y la creciente presencia femenina en educación generaron expectativas novedosas respecto a la autonomía femenina (De Giorgi, 2020, 2021; Sapriza, 2018).

Apartado metodológico

Este trabajo conecta el enfoque de curso de vida con estudios sobre migración forzada. Esta surge de factores externos que obligan a abandonar los lugares de residencia; ocurre con menor preparación respecto a migraciones no forzadas, lo que reduce las posibilidades de planificación; y se caracteriza por la imposibilidad de retorno (Coraza de los Santos, 2020).

Se optó por una estrategia longitudinal centrada en la reconstrucción de trayectorias. Los datos fueron recopilados de biografías publicadas en la plataforma Géo-Récits, que concentra biografías cartografiadas de científicos y artistas que sufrieron desplazamientos forzados. Las biografías se construyen mediante metodología mixta: entrevistas semiestructuradas, análisis documental y cartografía digital.

De las veinticuatro cartografías disponibles de Uruguay, nueve corresponden a mujeres. De estas, cinco se dedicaron a la actividad académica, lo que constituye la totalidad del universo para esta categoría. Se trata del análisis exhaustivo de todos los casos disponibles que cumplen los criterios de inclusión. Siguiendo los criterios establecidos para estudios exploratorios cualitativos (Creswell y Poth, 2018; Patton, 2015), el tamaño del corpus se justifica por: (a) la exhaustividad del universo disponible, (b) la homogeneidad del grupo de estudio (mujeres académicas montevideanas), y (c) la riqueza informativa de cada caso individual para la reconstrucción de trayectorias. En estudios biográficos exploratorios, la profundidad analítica prima sobre la representatividad estadística.

Entre las limitaciones se encuentran lagunas de información en algunas biografías, lo que obliga a complementarlas con fuentes secundarias. Las potencialidades incluyen: sistematización previa de datos cronológicos y geográficos, validación institucional de las biografías y comparabilidad de los casos.

Tabla 1. Descripción de los casos

| Nombre | Año de nacimiento | Disciplina | Salida del liceo | Salida del país |
|------------------|-------------------|------------------------------------|------------------|-----------------|
| Clío Stendhal | 1946 | Ingeniería | 1966 | 1973 |
| Malena Méndez | 1951 | Filosofía | 1969 | 1975 |
| Mariana Lara | 1956 | Lingüística | 1973 | 1979 |
| Beatriz Giuliani | 1950 | Literatura | 1968 | 1980 |
| Victoria Pérez | 1950 | Sociología, filosofía y psicología | 1968 | 1972 |

Fuente: elaboración propia a partir de las biografías publicadas en la plataforma de Géo-Récits y de los trabajos de Bielli, Buti y Viscardi (2002).

El *timing*: Ser mujer y militante estudiantil en el umbral del golpe de estado

A finales de los años sesenta, bajo las presidencias de Jorge Pacheco Areco (1967-1972) y de Juan María Bordaberry (1972-1973), se incrementó la represión estatal como antesala del golpe de estado de 1973. Esto se produjo fundamentalmente desde 1965, con el surgimiento del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN-T) y la expansión de la izquierda política y social. En consecuencia, en esos años comenzaron las primeras olas de exilio.

En este período, las cinco mujeres, como se mencionó antes, finalizaron sus estudios de bachillerato y se vivió una importante agitación estudiantil en toda la región. Uruguay no fue la excepción. Las movilizaciones estudiantiles de finales de la década de los sesenta se enfrentaron con un Estado que llevaba algunos años afianzando “comportamientos autoritarios” (como la criminalización y estigmatización de la protesta social y de los movimientos sociales) (Broquetas y Caetano, 2022). En estos años, también, Francesca Lessa identifica las primeras acciones coordinadas y transnacionales de represión a opositores políticos por parte de las fuerzas armadas de diversos países del Cono Sur y de Brasil (Lessa, 2022).

En junio de 1968, el Estado uruguayo impuso Medidas Prontas de Seguridad en respuesta a la agitación política.¹ Al poco tiempo, salieron a la luz las primeras noticias de represión violenta, con el asesinato de tres estudiantes² (Markarian, 2019). Las protestas involucraron tanto a estudiantes de secundaria como universitarios, las tácticas de lucha consistieron en ocupa-

1 Este mecanismo jurídico implicó la instauración de una forma restringida de estado de sitio y permitió “la suspensión de derechos y libertades, entre ellos las de reunión y manifestación” (Markarian, 2019, p.133).

2 Liber Arce (14/08/1968), Susana Pintos y Hugo de los Santos (20/09/1968).

ciones de centros educativos, manifestaciones callejeras y enfrentamientos con la policía. La represión incluyó el uso de armas de fuego contra manifestantes, allanamientos de facultades, detenciones masivas y procesamientos.

En términos de las trayectorias, la cercanía temporal del evento de salida de los estudios básicos con la participación en la política estudiantil y en los grupos políticos de la izquierda³ nos permite identificar los casos como pertenecientes a una misma generación. Siguiendo la definición clásica de Mannheim (1952), las mujeres presentan un momento biográfico individual similar en un contexto histórico particular, por lo que es posible establecer un vínculo generacional.

De Giorgi (2021) da una mirada generacional y de género, al hacer énfasis en que tanto varones como mujeres alteraron sus “cursos normales” de vida al priorizar la militancia política como centro vital, sin embargo, fueron “las mujeres quienes más interrumpieron el destino *natural* asignado”. En el caso de estas últimas,

(...) las transformaciones sociales se combinaron con decisiones personales, y las jóvenes del sesenta y ocho hicieron con sus vidas algo muy distinto a lo que habían hecho sus abuelas y sus madres. Estas jóvenes fueron hijas de una generación que ya manifestaba signos de cambio, a la vez que agenciaron ellas mismas su autonomía traspasando los límites familiares establecidos (De Giorgi, 2021, p. 454).

La pertenencia de estas mujeres con una militancia activa a esta generación estudiantil se observa en episodios que dan cuenta del compromiso militante, a partir del cual se estructuraban sus vínculos afectivos. Por ejemplo:

Pérez estudiaba Filosofía en el Instituto de Profesores Artigas y militaba en una célula de apoyo al MLN-T. En esos años estaba casada con Ramón Ortiz [quien varios años después, durante los gobiernos del Frente Amplio, ocuparía cargos políticos de relevancia], quien cayó preso en agosto de 1972. Ella logró escapar por un pelo, cuando los militares fueron a buscarla al apartamento que compartían.⁴ (Pereyra, 2023).

Sin embargo, los casos presentan diferencias respecto al grado de centralidad que ellas autoperciben (en la actualidad) en relación con la militancia, tanto en sus relatos sobre el nivel de involucramiento en las organizaciones políticas partidarias, como en el impacto que este tuvo en sus trayectorias vitales.

Por ejemplo, Lara participó a los 17 años de la Huelga General⁵ (del 27 de junio al 11 de julio de 1973) y empezó a militar en la UJC. Esto la llevó a obtener la categorización ciudadana C,⁶ el grado más alto de peligrosidad según la clasificación de las fuerzas conjuntas, lo que impedía conseguir el

3 Las militancias de estas cinco mujeres fueron en el MLN-T, la UJC y el Frente Revolucionario de los Trabajadores (FRT).

4 *Exposición sobre refugiados políticos uruguayos en Chile, Acciones concretas*, Brecha, 30 de junio de 2023, redactado por Macarena Pereyra. Disponible en: <https://brecha.com.uy/acciones-concretas/>

5 La Huelga General fue la más larga que ocurrió en Uruguay organizada por el movimiento sindical (a la cual se acoplaron los movimientos sociales y estudiantiles) en respuesta al golpe de estado.

6 La clasificación de la ciudadanía en las categorías A, B y C, se implementó a partir del Acto institucional N° 7, reglamentado en 1977 (Martínez, 2005).

«Certificado de Fe Democrática». Sin este documento se reducían las posibilidades de empleo de las personas, podían ser despedidas y no podían acceder a cargos públicos. Se estima que en Uruguay 10.000 personas perdieron sus empleos por la categorización ciudadana y las reglamentaciones de la CONAE (Martínez, 2005).

Lara se encontraba a meses de finalizar el liceo, la categorización habría significado su suspensión. Sin embargo, por un afortunado retraso burocrático, pudo finalizar el bachillerato en 1975. No obstante, la categorización supuso serias dificultades en su desarrollo posterior. Específicamente, cuando ingresó a la universidad fue contratada como ayudante en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República, pero tres meses después fue despedida. Asimismo, le impidió aspirar a dos posibles becas para continuar sus estudios en Estados Unidos. En 1979, cuando finalizó sus estudios de grado en lingüística, decidió postularse a la beca del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD). En este caso, la intervención de uno de sus profesores resultó clave para su obtención. Aunque existía un contexto hostil, Lara interpreta su partida al exilio más en términos de una búsqueda de crecimiento profesional que por motivos de persecución política: “(...) nunca sentí que corriera peligro de ir a prisión. Sabían perfectamente que guardaba silencio. Pero estudiaba lingüística... ¿Dónde quieres trabajar como lingüista si no es en la universidad?” (Lara, 2022).⁷

La dictadura trastocó la vida universitaria, tanto por el ambiente de vigilancia y persecución que reinaba, como por la destitución de un porcentaje relevante del personal de la institución (Alonso, 2024). Como menciona Lara:

(...) había sectores enteros de disciplinas, particularmente las literarias, que se vieron privadas de profesores competentes, para enseñar o hacer investigación, y que fueron confiados a personas de manifiesta incompetencia.⁸ (Lara, 2022).

Méndez relata que durante su tercer año de estudios fueron despedidos profesores y reemplazados por docentes afines al régimen. En sus palabras nunca usó “ni una sola frase que alguno de esos profesores hubiera dicho en clase”.⁹ Esto invita a explorar las resistencias situadas desplegadas en los ámbitos educativos frente al terrorismo de Estado.¹⁰

A diferencia del caso de Lara, Giuliani señala haberse consagrado a la actividad política desde su salida del liceo en 1968, en específico, en movimientos que se oponían al gobierno autoritario de Pacheco Areco. Su trayectoria previa al exilio estuvo marcada por eventos de represión: secuestro, detención y prisión política. Tras el golpe de estado fue detenida en dos oca-

7 Lara: biografía publicada en Géó-Récits, disponible en: https://heurist.huma-num.fr/Geo_Recits/web/92/1157/?cartographie=350

8 Lara: biografía publicada en Géó-Récits, disponible en: https://heurist.huma-num.fr/Geo_Recits/web/92/1157/?cartographie=350

9 Méndez: biografía publicada en Géó-Récits, disponible en: https://heurist.huma-num.fr/Geo_Recits/web/92/1157/?cartographie=3746

10 Se estima que a cinco años de la intervención habían sido sustituidos 20% de los maestros, el 30% de los profesores de la enseñanza secundaria y el 45% del personal docente de la universidad (Gómez, 1986: 56).

siones, primero en 1973. Después, en 1976, cuando, tras pasar por el Centro Clandestino de Detención “300 Carlos-Infierno Grande”, es encarcelada en el Penal de Punta de Rieles o EMR N°2.¹¹ Es liberada en 1980 y parte al exilio en 1982, al presentir una nueva captura. Para Giuliani, la obtención del título de licenciatura, un hito clave en el desarrollo de la carrera profesional (y para la transición a la adultez), se dio recién en 1992, postergación asociada a la represión y el exilio, pero también con estructuras y normas de género que establecían a la maternidad como una prioridad para las mujeres, en detrimento de su formación; y más aún si eran refugiadas. En las trayectorias estudiadas, se identifica que el lapso de años que transcurrió entre la primera participación en protestas estudiantiles y la salida del país fue entre cuatro y siete años, con una excepción. En el caso de Giuliani, se observa una distancia temporal de catorce años. Por tanto, es la que parte con mayor edad al exilio (treinta y dos años).

En la siguiente tabla se puede observar el tiempo transcurrido entre el primer evento de militancia (que refieren) y la salida del país. También es posible observar la edad que tenían las mujeres en ambos eventos. Como se ilustra, todas ellas se encontraban en edades vinculadas a la reproducción al momento de partir del país, esta característica marcó los exilios del Cono Sur durante el período, protagonizados preponderantemente por personas entre los veinte y veinticinco años (Lastra, 2016).

Tabla 2. Convergencias y diferencias en los primeros desplazamientos fuera de Uruguay

| Seudónimo | Edad del primer evento de militancia | Año del primer evento de militancia | Edad en la salida del país | Año de salida del país | Lapso de años entre eventos |
|-----------|--------------------------------------|-------------------------------------|----------------------------|------------------------|-----------------------------|
| Stendhal | 22 | 1968 | 27 | 1973 | 5 |
| Lara | 17 | 1973 | 23 | 1979 | 6 |
| Giuliani | 18 | 1968 | 32 | 1982 | 14 |
| Perez | 18 | 1968 | 22 | 1972 | 4 |
| Méndez | 17 | 1968 | 24 | 1975 | 7 |

Fuente: elaboración propia a partir de las biografías publicadas en la plataforma de Géó-Recits.

11 El Penal de Punta de Rieles o Establecimiento Militar de Reclusión N°2 fue inaugurado como cárcel para mujeres por motivos políticos durante la dictadura en el año 1973. Por este establecimiento pasaron aproximadamente setecientas mujeres, quienes durante ciertos períodos convivieron con sus niños/as en prisión. Fuente: <https://sitiosdememoria.uy/smlg-uymo-03>

Redes académicas y estrategias de inserción de las mujeres en el exilio

Un punto de partida de la investigación es la comprensión del exilio, no como un evento, sino como un proceso largo con múltiples etapas y transformaciones, cuyo fin es difícil de identificar con claridad. Las trayectorias exiliares tienen múltiples paradas, retornos y reubicaciones. Esta perspectiva procesual resulta esencial para comprender su impacto en las transiciones a la adultez y en las trayectorias académicas.

En este proceso, las redes académicas transnacionales jugaron un papel crucial como facilitadoras de la movilidad y la reinserción profesional. Operaron en diferentes niveles y adoptaron diversas formas según los casos analizados. En primer lugar, identificamos las redes institucionales formales representadas por programas de becas y sistemas de intercambio académico. Los casos de Lara y Stendhal evidenciaron cómo los programas: DAAD alemán y el Gran Mariscal de Ayacucho en Venezuela, funcionaron como canales de movilidad para dar continuidad a trayectorias académicas interrumpidas por la persecución política. Estas instituciones no solo brindaron apoyo financiero, sino también el respaldo administrativo para facilitar el trámite de residencia.

En segundo lugar, las redes personales de académicos actuaron como intermediarios y facilitadores (Alonso, 2024). El caso de Lara es ilustrativo por la intervención de un profesor extranjero (que resultó decisiva para superar los obstáculos de la persecución política). Estas conexiones personales representaron la diferencia entre continuar una carrera académica o verse forzada a abandonarla.

Finalmente, observamos estrategias de inserción diferenciadas según las circunstancias de cada caso. Mientras algunas pudieron continuar en la disciplina que estudiaban antes del exilio, otras debieron reconvertirse disciplinar o profesionalmente como estrategia adaptativa al nuevo entorno y a las oportunidades disponibles. El caso de Méndez ilustra un proceso de pausa y reconversión temporal ya que realizó actividades de confección, venta de artesanías, trabajos en restaurantes y de limpieza, antes de poder reintegrarse al ámbito académico.

Es importante señalar que estas redes y estrategias operaron en un contexto geopolítico particular, donde ciertos países adoptaron políticas explícitas o implícitas de acogida a académicos exiliados del Cono Sur. Francia, Alemania y Venezuela aparecen en estos casos como destinos que, con diferentes enfoques y motivaciones, facilitaron la reinserción académica de los exiliados uruguayos.

“Detrás de todo gran hombre”: interrelación entre las trayectorias académicas y la pareja en el exilio

Al reconstruir las características de las salidas del país en cada caso, se identifica cómo los eventos disruptivos en la vida de los varones determina-

ban cambios en la vida de las mujeres. En contraste, no registramos experiencias en el sentido inverso. Específicamente en el marco del exilio, estas relaciones posibilitaron o dificultaron la inserción académica de las mujeres.

En el caso de Stendhal, el primer desplazamiento se relaciona con la pérdida de empleo, asociada con su actividad de militancia, pero también con la detención y el encarcelamiento de su marido. Entre 1969 y 1971, trabajó como colaboradora técnica en el laboratorio de bioelectrónica de la facultad de ingeniería y de medicina. Tras el golpe militar, su pareja, quien trabajaba y estudiaba en la facultad de ingeniería y había participado en la toma estudiantil de la facultad de 1968, pierde su empleo y es encarcelado. Durante ese tiempo en prisión se casan. Stendhal desempleada y con su esposo en prisión parte a Argentina, donde le ofrecen un trabajo en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires. Poco tiempo después, su esposo logra reunirse con ella.

Podemos tomar este caso como una posible evidencia de una “fuga de cerebros” (Ferro, 2004) relacionada con el fenómeno del exilio. Como menciona Lastra (2016) al comparar los exilios uruguayos con los argentinos:

(...) si la Argentina “perdía”, sobre todo, recursos calificados, en el caso uruguayo, en cambio, la “pérdida” era doble. (...) porque no contaba con un flujo de inmigración que equilibrara la balanza poblacional, de manera que la estructura demográfica iba “envejeciendo”; y por el otro lado (...) los que emigraban contaban con niveles altos de educación y calificación profesional (Lastra, 2016, p. 48).

En el segundo desplazamiento de Stendhal y su pareja, frente al aumento de las tensiones políticas en Argentina, van a Venezuela. Ahí, al contrario de lo sucedido en Buenos Aires, él es quien consigue insertarse laboral y académicamente de forma inmediata (activando la red académica mencionada), mientras que Stendhal retoma su formación.

Venezuela fue un enclave alejado de las convulsiones políticas del Cono Sur durante este período, con estabilidad económica promovida por los ingresos del petróleo e integrante del Movimiento de los no alineados, con una política exterior de solidaridad pluralista. En este contexto, las becas Gran Mariscal de Ayacucho (1974), un programa de becas en ingeniería y ciencias económicas y sociales que se conoció también como “becas del petróleo”, sirvió a exiliados de las dictaduras del Cono Sur como una vía de escape (Uzcátegui y Cardozo, 2024). Aunque las becas fueron dirigidas principalmente a venezolanos para estudiar en el extranjero, también permitieron captar capital humano de otros países.

Por su parte, Lara también salió del país en 1979 con el apoyo de una beca de estudios de un país extranjero. Obtuvo la beca DAAD del gobierno alemán, tras un proceso plagado de dificultades por su señalamiento por el régimen dictatorial y que se logró concretar gracias a la recomendación de un profesor extranjero, como vimos antes. Este caso presenta mayor cercanía con el concepto de “fuga de cerebros” por el componente de asimetría entre países de origen y destino.

Durante el período previo a su salida del país en 1975, Méndez desarrolló estudios de filosofía y se integró al FRT, rama disidente del MLN-T. Debido a esto, recibió amenazas y fue vigilada. Su compañero fue encarcelado en dos ocasiones (1972 y 1973). Frente al incremento de la represión se vieron forzados a partir a Buenos Aires. El punto de inflexión para su salida del país fue la advertencia por parte de un abogado “conservador”, integrante de un partido de “derecha moderada”, de acuerdo con su testimonio, quien les informó sobre los riesgos de permanecer en Uruguay. Abandonaron el país de forma clandestina y se establecieron en una provincia bonaerense; lo cual fue facilitado por las redes laborales de su pareja quien era un músico reconocido. Al partir, Méndez abandonó sus estudios y no los retomó hasta 1979, cuando se instalaron en Francia.

Méndez proviene de una familia de “políticos y diplomáticos” con un alto nivel adquisitivo. En su familia, no fue la única integrante que salió del país. Dos de sus hermanos habían tenido un desplazamiento que se adecuaba más a la definición de migración calificada, pues ellos se encontraban en el extranjero por sus carreras profesionales. En contraposición, podemos ver que la salida forzosa significó para Méndez una ruptura transitoria en su propio desarrollo profesional y laboral. Tal como mencionamos, en el período previo a retomar sus estudios, se desempeñó en diversas actividades y oficios.

Sin embargo, las condiciones de los desplazamientos se vieron facilitadas por las gestiones de una empresa discográfica para apoyar la carrera musical de su compañero. Esto resultó clave para la rápida obtención de permisos para trabajar del Estado francés en el marco de la política de reagrupamiento familiar. De esta forma, no tuvieron que acogerse al estatus de refugiados. Méndez reconoce que significó una ventaja para su trayectoria posterior. Además, su integración a Francia se facilitó por su conocimiento del idioma, algo que identificó como una ventaja respecto a otras personas con las que viajó. Ella había estudiado en un colegio privado francófono. Sin duda, el conocimiento con la lengua del país de destino se vuelve un aspecto relevante en estos procesos.

Este caso abre una vía de exploración interesante relacionada con cómo, en contextos de extrema vulnerabilidad como el exilio, la trayectoria educativa y el capital social previos pueden suponer facilidades o dificultades para la inserción al país de llegada. En este marco, en 1979, Méndez logra retomar sus estudios en la Universidad Paris VI. En virtud de ello, podemos acordar con Fostik (2014) que los adelantos o aplazos en los acontecimientos claves de la transición a la adultez asumen diferentes sentidos de acuerdo con la posición social de cada persona.

En contraposición al caso de Méndez y de Pérez, similares en el momento de salida del país y en el papel de las redes laborales en el país de acogida que les facilitaron retomar sus trayectorias profesionales y formativas, la trayectoria de Giuliani presenta mayores dificultades. Esto se trasluce en el espaciamiento entre su salida del bachillerato y el inicio de los estudios terciarios. Es de destacar que se trata del único caso en que la migración

forzada no ocurre en compañía de una pareja, pero sí con tres hijos a cargo.

Al llegar a Francia como refugiada, enfrenta obstáculos en activar la estrategia de retomar estudios presente en los otros casos debido a su condición de madre soltera, algo que se explorará más a detalle adelante. Este obstáculo tiene un efecto negativo en su trayectoria laboral al retrasar la obtención de un título universitario. Durante esta postergación, debe recurrir a una reconversión a trabajos manuales de menor remuneración y mayor precarización: trabajos de limpieza, en restaurantes y, gracias a su capital idiomático, dando clases de español. Lo que vemos es un proceso de veinticuatro años (1968-1992) hasta que logró reconstruir su vida a través de los estudios como era su deseo inicial.

Una vez que obtuvo el título de grado, se produjo una aceleración en los siguientes hitos formativos: la obtención del título de magíster (1993) y el título de doctorado (2003). Giuliani expresa haber sentido “como una rabia de vivir, de hacer cosas, de moverse”.¹² Esto evidencia una aceleración en las trayectorias que caracteriza a los/las exiliadas, tanto en la inmediatez como la urgencia de aprovechar el tiempo “perdido” luego de años de prisión, clandestinidad y otras migraciones forzadas (Cedrés, 2022). Una idea similar puede hallarse en el testimonio de Stendhal, quien alude a la multiplicidad de actividades realizadas en el exilio, tanto en el ámbito laboral como en el ligado a la vida familiar, a las que denomina “la energía emocional del exilio”¹³

Las trayectorias de exilio de estas mujeres académicas revelan dinámicas de pareja complejas y cambiantes que oscilan entre la dependencia y el apoyo. En el caso de Stendhal, la detención de su esposo la transformó temporalmente en el sostén económico principal en su primer desplazamiento a Argentina, aunque posteriormente, en Venezuela, fue él quien logró la inserción académica inmediata mientras ella retomó sus estudios. Méndez, por su parte, se benefició significativamente de las redes laborales en el ámbito musical de su pareja, cuyas conexiones profesionales no solo facilitaron su establecimiento en Argentina, sino que resultaron decisivas para obtener permisos de trabajo en Francia. En contraste, Giuliani representa una mayor dificultad en su reinserción académica, al migrar con sus hijos a cargo y sin su pareja, después de haber sufrido un encarcelamiento prolongado. Estos casos evidencian cómo los vínculos de pareja podrían funcionar tanto como recursos de capital social y redes de apoyo profesional, como también generar dependencias que condicionan las estrategias de movilidad y reinserción académica para las mujeres en el exilio.

Maternar durante, a través y después del exilio

La maternidad, como otros eventos de vida relativos a la vida familiar, pueden analizarse como puntos de giro (*turning points*) con efectos par-

12 Giuliani: biografía publicada en Géo-Récits, disponible en: <https://heurist.huma-num.fr/Geo-Recits/web/92/1157/?cartographie=3320>

13 Entrevista a Stendhal, *La Diaria*, 2 de octubre de 2021.

ticulares en el contexto del exilio, por lo que es necesario explorar cómo modificaron las trayectorias vitales en la migración forzada. La exploración de estos casos permitió tener evidencia sobre cómo las instituciones de acogida, tanto académicas como asistenciales, podrían estar reproduciendo sesgos de género en los cursos de vida de exiliadas con responsabilidades de cuidado, lo que contribuye al ensanchamiento de brechas de género en el desarrollo profesional.

Adicionalmente, nos permiten entrever una experiencia diferenciada del tiempo de las mujeres con hijos en el exilio, y así identificamos cómo la temporalidad académica (lenta, acumulativa, con hitos claramente delimitados) entró en conflicto con la temporalidad del cuidado (inmediata, constante) (Martín, 2020) y con la temporalidad del exilio (en algunos casos incierta, provisional); aunque el exilio posibilitará una vuelta al proyecto individual de construcción de espacios propios para las mujeres (por ejemplo alejadas del mandato militante y familiar) (De Giorgi, 2020).

Porque claro, ¡llegamos a Francia por un año! Esa era la idea. Llegamos a Francia sin pensarlo en absoluto... No era un plan establecernos en Francia. Además, la palabra “proyecto” siempre la digo, la palabra “proyecto”; ¡la descubrí en Francia! Antes no teníamos planes, era imposible. No sabíamos qué nos depararía el futuro.¹⁴ (Méndez, 2023).

Es importante destacar que las biografías utilizadas como fuente presentan serios vacíos en torno a eventos reproductivos. Ya que los objetivos de las cartografías narrativas recopiladas en *Géo-Récits* se centran en el desarrollo de carreras profesionales y en el impacto de la migración forzada, la presencia y la profundidad con que se abordan estos datos son heterogéneas. Se identifica heterogeneidad en dos niveles. En el grado de especificidad de los datos en torno a eventos de vida reproductiva (si se marcan en la historia de vida los años de nacimientos de los hijos o solo se menciona su existencia de manera superficial en el relato). Y, en segundo lugar, en cuanto a su completa omisión o presencia. Considerar esto es relevante puesto que, en tanto repositorio de memorias, el borramiento de un ámbito de vida parece reforzar la idea de la separación de esferas. En este sentido, el enfoque de curso de vida vuelve imprescindible recuperar hitos importantes en todos los ámbitos de la vida y reconocerlos como interdependientes.

Estas características de las fuentes de datos hicieron necesario recurrir a fuentes secundarias como entrevistas posteriores. Asimismo, decidimos centrarnos en una narrativa paradigmática donde la maternidad tuvo un impacto considerable en la trayectoria: el caso de Giuliani.

Este caso da cuenta de cómo el haber tenido hijos previo al desplazamiento podría significar mayores obstáculos para el desenvolvimiento de las estrategias de adaptación de las personas exiliadas, en particular para estas mujeres: se les dificulta la reconstrucción de sus vidas a partir de los estudios universitarios. Esto se alinea con lo señalado por Laborier quien indica que, en algunos casos, la sobrecarga de respon-

¹⁴ Méndez: biografía publicada en *Géo-Récits*, disponible en: <https://heurist.huma-num.fr/Geo-Recits/web/92/1157?cartographie=3746>

sabilidades respecto al cuidado de los hijos dificultó la continuidad de los estudios para las mujeres, lo que exacerbó las desigualdades de género (2024, p. 74).

A pesar de que Giuliani intentó seguir esta estrategia para reconstruir su vida, el tener hijos se presentó como un claro impedimento para poder concretarla. Giuliani dejó el país más tarde que el resto de los casos estudiados y tras haber vivido episodios de encarcelamiento y tortura.¹⁵ Antes de ser detenida, Giuliani vivió dos eventos reproductivos: el nacimiento de dos hijas que, al momento de su encarcelamiento tenían uno y tres años de edad. En agosto de 1980, fue liberada bajo un estricto régimen de libertad vigilada. En 1982 nació su tercer hijo. Posteriormente, al exiliarse en Francia, y luego de trasladarse a Grenoble recibió apoyo del Centro de Alojamiento para Refugiados Políticos Latinoamericanos.¹⁶ Al expresar interés en retomar sus estudios fue disuadida tanto por el personal de la asociación como de la universidad:

Pregunté a la persona encargada de ello. Era una chica, francesa, pero de origen español. Y le dije: 'Quiero seguir estudiando, estoy aquí, voy a estudiar'. Ella me dijo: 'Pero no, con 3 hijos, vas a tener que trabajar para alimentar a tus hijos.' (...) Pero aun así fui a la universidad a preguntar cómo era estudiar, para volver a la rutina, y como me gustaba mucho la literatura, siempre dije que iba a estudiar, ya me gustaba escribir, etc. Así que fui a ver a la responsable de la universidad, y me dijo que iba a estudiar. Así que fui a ver a la responsable de los estudios de literatura española, que entonces era una señora que estaba especializada en la literatura del Siglo de Oro español. Y entonces la señora me dijo: '¿Tiene usted hijos?', y yo le dije 'tengo 3 hijos...' '¡pero vaya y cuide a sus hijos!'"¹⁷ (Giuliani, 2023).

Incluso relata que durante su primer año de estudios apenas tuvo tiempo para asistir a clases, justamente por la necesidad de trabajar para garantizar la manutención y cuidado de sus hijos.

A contrapelo de esta experiencia, aparece el caso de Stendhal quien subraya la importancia de las "estructuras colectivas ajenas al hogar" para conciliar las tareas de cuidado y la vida académica de las mujeres, como también referencian Cedrés (2025), De Giorgi (2020) y Franco (2009). Seguidamente, se presenta un fragmento de extensión significativa pero cuya riqueza argumentativa es esclarecedora para echar luz a los aspectos claves del tema en cuestión

Mi historia era complicada, estábamos exiliados, estábamos solos. Primero quiero decir que tuve a mis hijos hace mucho tiempo y siempre fui muy admiradora de la vida colectiva y además estaba muy presente la cultura francesa de la *crèche*, la idea de que los hijos se crían mejor estando con niños, que lo que importa no es cuánto tiempo estoy, sino qué calidad de tiempo les doy. Mis hijos fueron desde muy temprano a guardería, porque tuve la suerte infinita de que una exiliada chilena puericultora tenía una guardería que se la deseo a cualquier madre. (...) No tuve problemas de

15 Como resultado de la tortura quedó con una discapacidad auditiva crónica.

16 Creado bajo el auspicio del Servicio Civil Internacional.

17 Giuliani: biografía publicada en Géo-Récits, disponible en: <https://heurist.huma-num.fr/Geo-Recits/web/92/1157/?cartographie=3320>

tiempo, di la prueba aquella con la panza así. (...) Llegamos a Francia y yo pensaba que en una de esas iba a tener que dejar, pero nunca se dio, siempre se pudo combinar. Llegamos con los nenes chicos, cinco y dos años y medio, y la escuela francesa de ocho horas por día de lunes a viernes los aceptó, entonces pude hacer el doctorado, pero siempre muy dependiente de las estructuras colectivas ajenas al hogar. Sin eso, imposible (...) Si no, no da, la vida académica es de sábados y domingos y es de noches.¹⁸ (Stendhal, 2021).

Estas reflexiones hacen evidente la importancia de estudiar el desarrollo profesional o formativo en su interacción con los hitos de la adultez de la vida familiar, sobre todo en el caso de las mujeres, para quienes estas actividades pueden presentar mayores cargas de trabajo y responsabilidades, además de sanciones por parte del mercado laboral. Se observan evidencias también de cómo, en el marco de una situación disruptiva como lo fue el exilio, las desventajas asociadas a la vida reproductiva femenina aumentan.

Conclusiones

El análisis de las trayectorias de mujeres académicas que vivieron el exilio durante la dictadura (1973-1985) revela la interacción entre eventos históricos, estructuras institucionales y decisiones individuales en la configuración de sus tránsitos a la adultez. El estudio en paralelo de estas cinco trayectorias permite identificar algunos patrones significativos sobre cómo el exilio impactó en la interacción de procesos de formación, inserción laboral y emancipación familiar que constituye el pasaje a la adultez. El exilio trastoca todas las áreas de vida por lo que reconfigura el “sistema político de transición” (por retomar el término de Casal et al, 2006), es decir, los recursos materiales, económicos, simbólicos, sociales, asociados a la adultez.

En primer lugar, constatamos la importancia del *timing* del exilio en relación con el momento del curso de vida. Las mujeres que fueron forzadas a migrar en etapas tempranas de su formación académica (recién egresadas del liceo o en los primeros años universitarios) experimentaron disrupciones diferentes a quienes lo hicieron tras haber sufrido encarcelamiento o después de períodos prolongados de persecución política. Este hallazgo refuerza la pertinencia del enfoque de curso de vida para comprender cómo un mismo evento histórico (el exilio) produce efectos diferenciados según el momento biográfico en que ocurre.

En segundo lugar, hemos documentado que el exilio debe entenderse no como un evento puntual sino como un proceso extendido en el tiempo, con múltiples etapas y transformaciones. Esta concepción procesual del exilio resulta fundamental para captar adecuadamente su impacto en las transiciones a la adultez. No se trata de un evento corto, sino que se extiende por varios años y puede marcar profundamente transiciones sociales relativas a las etapas de vida.

En tercer lugar, identificamos la relevancia de las redes académicas transnacionales como mecanismos que facilitaron la continuidad o reconstruc-

18 Entrevista a Stendhal, *La Diaria*, 2 de octubre de 2021.

ción de las trayectorias formativas y profesionales en el exilio. En estas redes cobraron gran importancia las relaciones personales mantenidas por las mujeres, así como por sus parejas, aunque el papel de la maternidad y los cuidados también retrasaron la continuidad de las trayectorias en el marco de las mismas redes. Estas redes operaron como “puentes” que permitieron dar continuidad a carreras interrumpidas por la represión política. A su vez, observamos que el capital educativo y social adquirido de forma previa a la salida de la escuela (por ejemplo, el aprendizaje de idiomas extranjeros) representó ventajas y/o desventajas en el contexto del exilio, lo que imprimió desigualdades en las experiencias.

En cuarto lugar, observamos diferentes estrategias de adaptación y resistencia en los procesos de reconstrucción académica durante el exilio. Desde la continuidad disciplinar hasta reconversiones profesionales temporales, pasando por aceleraciones formativas posteriores, estas mujeres desplegaron diversas tácticas para enfrentar las rupturas provocadas por el desplazamiento forzado. Esta diversidad de respuestas evidencia tanto la agencia individual como las limitaciones estructurales que configuraron sus posibilidades, como el género, la maternidad, la edad, el lugar de destino y la clase social.

Si bien este artículo centró su análisis en la dimensión académica y profesional del exilio, los datos recopilados también revelan otra dimensión fundamental que merece un análisis específico: el impacto de los hitos reproductivos y las responsabilidades de cuidado en las trayectorias académicas de las mujeres exiliadas. Como se ha podido observar, la intersección entre exilio, maternidad y desarrollo académico plantea desafíos específicos que merecen una investigación más profunda sobre cómo el ser mujeres impactó en las condiciones de tránsito a la adultez, especialmente en aquellos casos donde se tuvieron hijos antes o durante el exilio.

En este sentido, la importancia de estructuras de cuidado que permitieron conciliar las vidas reproductivas con la vida académica y laboral fue fundamental. Estas experiencias nos permiten identificar el exilio como un evento que modificó las expectativas vitales de las mujeres, como ya referenciaron varias autoras (Cedrés 2023, De Giorgi, 2020, Rojas 2019 y Franco 2009)

Previo al exilio, las trayectorias vitales de estas mujeres estuvieron signadas por las militancias estudiantiles o políticas, desarrolladas en un contexto que habilitaba expectativas distintas a los mandatos de género que habían recaído sobre generaciones anteriores (De Giorgi, 2021). En este sentido, estas militancias inscribían sus experiencias en una dimensión colectiva y en proyectos de transformación social más amplios. No obstante, observamos que las experiencias exiliares supusieron una articulación en torno a los eventos individuales, propios de la transición a la adultez (como la maternidad o el desarrollo profesional), configurando proyectos de vida fuera del país de origen.

Este análisis aporta elementos para repensar políticas actuales de acogida a académicos en persecución política. La experiencia de redes académicas durante las dictaduras del Cono Sur ofrece lecciones valiosas sobre cómo las instituciones educativas pueden actuar como espacios de protección para transiciones interrumpidas. En un momento histórico en que el número de desplazados políticos creciente, estas experiencias históricas dan pistas para políticas de acogida más efectivas y humanas.

Referencias bibliográficas

- Alfaro, Y. y Pedone, C. (2022). Mujeres cualificadas en movimiento: análisis de las trayectorias vitales desde las vejeces. *Si Somos Americanos*, 22(1), 114-138.
- Alonso, J. (2024). Los docentes organizados frente a la Universidad intervenida. Del desmantelamiento de la FDUU a la fundación de ADUR (1973-1984), En Jung, M.E y Markarián, V. (Coords.), *ADUR no surgió como el sol. Historia y memoria de los gremios docentes de la Universidad de la República*. Montevideo: Archivo General de la Universidad y ADUR.
- Bielli, A., Buti, A., y Viscardi, N. (2002). Mujeres investigadoras uruguayas: ¿participación real o incierta. *Documento de trabajo*, 9.
- Binstock, G. y Cabella, W. (2011). La nupcialidad en el Cono Sur: evolución reciente en la formación de uniones en Argentina, Chile y Uruguay. En G. Binstock y J. M. Vieira (Coords.), *Nupcialidad y familia en la América Latina actual* (pp. 35-60). Río de Janeiro: ALAP Editor.
- Broquetas, M., y Caetano, G. (Eds.). (2022). *Historia de los conservadores y las derechas en Uruguay*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Blanco, M. (2011). El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo. *Revista Latinoamericana de población*, 5(8), 5-31.
- Casal, J., García, M., Merino, R., y Quesada, M. (2006). Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición. *Papers. Revista de Sociología*, (79), 21-48.
- Cedrés, I (2022). *Cuidados subversivos: género y cuidados en el exilio de uruguayos comunistas en México en los 70 y 80 del siglo XX* (tesis de maestría). El Colegio de México, Ciudad de México, México.
- Cedrés, I. (2023). Exiliadas del Cono Sur en el feminismo mexicano. Interacciones latinoamericanas del feminismo en los 70 y 80. *Migraciones y Exilios*. 21, 95-116. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?codigo=6483>
- Cedrés, I.. (2025). “Cuidados subversivos”: el exilio de uruguayos comunistas en México y el sostén de la vida. *Mujer Y Políticas Públicas*, 4(1), 25-45. Recuperado de <https://doi.org/10.31381/mpp.v4i1.7303>
- Coraza de los Santos, E. (2020). ¿De qué hablamos cuando nos referimos a las movilidades forzadas? Una reflexión desde la realidad latinoamericana. *Estudios Políticos*, 57, 128-148.

- Creswell, J. W. y Poth, C. N. (2018). *Qualitative inquiry and research design: Choosing among five approaches*. California: Sage Publications.
- De Giorgi, A. L. (2015). La otra nueva ola: Jóvenes mujeres comunistas en el Uruguay de los 60 / The other new wave: Young Communist women in Uruguay 60s. *Izquierdas*, (22), 204–226. Recuperado de <https://doi.org/10.4067/S0718-50492015000100009>
- De Giorgi, A. L. (2020). *Historia de un amor no correspondido: Feminismo e izquierda en los 80*. Montevideo: Sujetos Editores.
- De Giorgi, A. L. (2021). Linda, inteligente, de buena familia, vos no deberías estar acá. Dictadura y reconfiguración patriarcal en Uruguay. *Revista Eletrônica da ANPHLAC*, 21 (31), 450-474. Recuperado de <https://revista.anphlac.org.br/anphlac/article/view/4033>
- Ferro, A. (2004). Brain Drain and the Academic and the Intellectual Labour Market in South East Europe. *UNESCO CEPES*, 29 (3), 275-305. Recuperado de <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000139060>
- Franco, M. (2009). El exilio como espacio de transformaciones de género. En D. Andújar, M. D'Antonio, M. Gil Lozano, M. Gramático y M. Rosa (Comps.), *De minifaldas, militancias y revoluciones* (pp. 127-145). Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.
- Fostik, A. L. (2014). La naissance du premier enfant et la transition à la vie adulte en Uruguay (tesis de doctorado). Université du Québec - Institut National de la Recherche Scientifique, Quebec, Canadá. Recuperado de <https://espace.inrs.ca/id/eprint/2647/1/Fostik-AL-D-A2014.pdf>
- Gomez, A. (1986). El orden y su discurso en la “enseñanza” autoritaria en Uruguay. *América. Cahiers du CRICCAL*, (1), 51–65.
- Holstein, J. A., y Gubrium, J. F. (2007). Constructionist perspectives on the life course. *Sociology Compass*, 1(1), 335-352. Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/249494376_Constructionist_Perspectives_on_the_Life_Course
- Instituto Nacional de Estadística. (s.f.). Siglo XX: Las variables estadísticas relevantes. Área sociodemográfica. *Fascículo I.3: La familia y el hogar*. Recuperado de <https://www5.ine.gub.uy/documents/Demograf%C3%A1-DAYEES/PDF/Informes%20Demogr%C3%A1ficos/Variables%20Estad%C3%ADsticas%20Relevantes%20Durante%20el%20Siglo%20XX%20-%203%20La%20Familia%20y%20el%20Hogar.pdf>
- Laborier, P. (2024), L'exil des universitaires uruguayens en France pendant la dictature (1973-1984), *Anuario Rioplatense de la Francofonía*, 169-85.
- Lalive d' Espinay, C. Bickel, J.F. Cavalli, S. y Spini, D (2011). El Curso de la vida: emergencia de un paradigma interdisciplinario. En Yuni, J.A. (Comp.), *La vejez en el curso de la vida*. Córdoba: Encuentro grupo editor.
- Lastra, M. S. (2016). *Volver del exilio. Historia comparada de las políticas de recepción en las posdictaduras de Argentina y Uruguay (1983–1989)*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento; La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Leiva Gómez, S. y Ross Orellana, C. (2016). Migración circular y trabajo de

- cuidado: Fragmentación de trayectorias laborales de migrantes bolivianas en Tarapacá. *Psicoperspectivas*, 15(3), 56-66.
- Lessa, F. (2022). *Los juicios del cóndor: la coordinación represiva y los crímenes de lesa humanidad en América del Sur*. Madrid: Taurus.
- Lynch, G. (2017) *Curso de la vida y género: entre lo individual y las expectativas sociales. El Caso de la Argentina*. (tesis de doctorado). Universidad de Salamanca, Salamanca, España.
- Mannheim, K. (1952). El problema de las generaciones. En P. Kecskemeti (Ed.), *Ensayos sobre la sociología del conocimiento* (pp. 276-320). Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Martín, M. T. (2020). Dibujar los contornos del trabajo de cuidados. En Batthyány (Coord.), *Miradas latinoamericanas a los cuidados* (pp. 243-287). Buenos Aires: CLACSO.
- Martínez, V. (2005). *Tiempos de dictadura 1973/1985: Hechos, voces, documentos. La represión y la resistencia día a día*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- McNay, L. (2004). Agency and experience: Gender as a lived relation. *The Sociological Review*, 52(2_suppl), 175-190.
- Patton, M. Q. (2015). *Qualitative research & evaluation methods: Integrating theory and practice*. California: Sage Publications.
- Rico, Á. (2005). *Cómo nos domina la clase gobernante. Orden político y obediencia social en la democracia posdictadura. Uruguay 1985-2005*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- Rivera Sánchez, L. (2012). Las trayectorias en los estudios de migración: una herramienta para el análisis longitudinal cualitativo. En *Métodos cualitativos y su aplicación empírica. Por los caminos de la investigación sobre migración internacional* (pp. 455-494). México: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM/El Colegio de la Frontera Norte.
- Rojas, B. (2019). Mujeres chilenas exiliadas en Grenoble, Francia: Tensionando comprensiones del exilio y la nostalgia. *Quaderns de Psicologia*, 21(3), 1-23.
- Sapriza, G. (2018). La maternidad como proyecto político: Testimonio de mujeres prisioneras durante la dictadura cívico-militar (1973-1985). *Revista Encuentros Uruguayos*, 11(2), 75-100.
- Settersten Jr, R. A., Ottusch, T. M., y Schneider, B. (2015). Becoming adult: Meanings of markers to adulthood. Emerging trends in the social and behavioral sciences: An interdisciplinary, searchable, and linkable resource. *American Journal of Sociology*, (70), 1-16. Recuperado de https://health.oregonstate.edu/sites/health.oregonstate.edu/files/faculty-staff/profilepubs/settersten_et_al-becoming_adult-emerging_trends.pdf
- Shanahan, M. J., Mortimer, J. T., y Kirkpatrick Johnson, M. (2016). Introduction: life course studies—trends, challenges, and future directions. En *Handbook of the life course: Volume II* (pp. 1-23). Cham: Springer International Publishing.
- Uzcátegui, R. y Cardozo, M. (2024). *Las becas del petróleo: Política educativa y movilidad académica en Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Entrevistas

Franco, F. y Lagos, J. G. (2021, octubre 2). Clio Stendhal (seudónimo): unir dos mundos. La Diaria | Lento.

Giuliani, B. (seudónimo), *Entre las orillas del gran 'charco': una literata uruguaya movilizada par la mémoire des victimes* [Géo-récits : comprendre l'exil], par Pascale LABORIER, Duygu TASALP, version initiale mise en ligne le 05-07-2023. Recuperado de https://heurist.huma-num.fr/Geo_Recits/web/92/1157/?cartographie=3320

Lara, M. (seudónimo), Une linguiste uruguayenne [Géo-récits : comprendre l'exil], par Pascale LABORIER, version initiale mise en ligne le 06-04-2022. Recuperado de https://heurist.huma-num.fr/Geo_Recits/web/92/1157/?cartographie=350

Méndez, M. (seudónimo), *De militante d'extrême gauche en Uruguay à chercheuse en philosophie en France* [Géo-récits : comprendre l'exil], par Juliette BRED, Héloïse RUBAN, version mise à jour le 18-10-2023. Recuperado de https://heurist.huma-num.fr/Geo_Recits/web/92/1157?cartographie=3746

Pereyra, M. (2023), Exposición sobre refugiados políticos uruguayos en Chile, Acciones concretas, Brecha, 30 de junio de 2023. Recuperado de <https://brecha.com.uy/acciones-concretas/>

Perez, V. (seudónimo), *Parcours intellectuel d'une Uruguayenne libre et nomade entre Montevideo et Paris* [Géo-récits : comprendre l'exil], par Pascale LABORIER, version initiale mise en ligne le 20-04-2022. Recuperado de https://heurist.huma-num.fr/Geo_Recits/web/92/1157/?cartographie=547

Stendhal, C. (seudónimo), Une ingénieure uruguayenne pionnière de la construction de la science, de la technologie et de la société (STS) [Géo-récits : comprendre l'exil], par Pascale LABORIER, version initiale mise en ligne le 17-12-2022. Recuperado de https://heurist.huma-num.fr/Geo_Recits/web/92/1157/?cartographie=2405

Memorias no vividas: debates teóricos en torno a la vinculación con el pasado no experimentado en contextos de movilización estudiantil

DÉBORA C. ESPINOSA MONTESINOS

El presente artículo revisa tres categorías que permiten pensar las formas de vinculación con el pasado cuando no media la experiencia directa: posmemoria, memoria prestada y memoria afirmativa. A partir de sus definiciones, contextos y críticas, se examinan sus alcances y limitaciones para comprender los modos en que ciertas colectividades, particularmente en contextos de movilizaciones estudiantiles, resignifican y activan referentes del pasado, asumiéndose y reivindicándose como herederas. Desde una concepción de la memoria como un proceso social, político y performativo, se reflexiona sobre formas no convencionales de recordar, que no se inscriben necesariamente en marcos familiares ni exclusivamente traumáticos. Con ello, se plantea un marco preliminar para analizar la articulación entre memoria y acción colectiva en experiencias.

Palabras clave:

vinculación con el pasado; posmemoria; memoria prestada; memoria afirmativa

Recepción: 27/06/25

Aceptación: 23/09/25

Unlived Memories: Theoretical Debates on the Connection with the Unexperienced Past in Contexts of Student Mobilization

Abstract

This article reviews three categories that allow us to think about ways of connecting with the past when direct experience is not available: postmemory, borrowed memory, and affirmative memory. Based on their definitions, contexts, and critiques, their scope and limitations are examined in order to understand the ways in which certain communities, particularly in the context of student mobilizations, redefine and activate references to the past, assuming and claiming themselves as heirs. From a conception of memory as a social, political, and performative process, the article reflects on unconventional ways of remembering that do not necessarily fit into familiar or exclusively traumatic frameworks. In doing so, it proposes a preliminary framework for analyzing the articulation between memory and collective action in contemporary experiences.

Keywords: Connection with the Past; Postmemory; Borrowed Memory; Affirmative Memory

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons 4.0 Internacional. (Atribución-No Comercial-Compartir Igual)
<https://doi.org/10.59339/c.v12i24.744>

Zícari, M. (2025). Memoria digital sobre Ayotzinapa: Tlatelolco y la rescritura de la narrativa del pasado reciente. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 12(24)..



Memorias no vividas: debates teóricos en torno a la vinculación con el pasado no experimentado en contextos de movilización estudiantil

DÉBORA C. ESPINOSA MONTESINOS*

Introducción

En las últimas décadas, los estudios sobre la memoria se han consolidado como un campo interdisciplinario que busca comprender las diversas formas en que se dan sentidos al pasado. Una de las preguntas que atraviesa este campo, especialmente en contextos postraumáticos, gira en torno a cómo se recuerda aquello que no se vivió. Este cuestionamiento ha dado lugar a diversas propuestas conceptuales que intentan nombrar y analizar los modos de apropiación, reivindicación y resignificación del pasado por parte de segundas y terceras generaciones, cuyas experiencias no están ancladas en la vivencia directa, pero sí en la transmisión, resignificación y uso de memorias heredadas o afectivas.

Si bien estos debates han tenido un desarrollo significativo en relación con los procesos de violencia política y dictaduras en América Latina y otras regiones, poco se ha explorado su pertinencia para comprender otros fenómenos contemporáneos, como las movilizaciones estudiantiles. A lo largo del siglo XXI, en toda la región se han generado diferentes movimientos y movilizaciones estudiantiles por diversas causas, contextos, desarrollos, tipos de participación y desenlaces. No obstante, identificamos como constante la recuperación de ciertos pasados, asumirse como *herederos* de estos y reconocerse como parte de un relato genealógico. A primera instancia, esto podría ser parte de una consigna política, pero puede ser analizado desde el campo de estudio sobre la memoria social.

En particular, interesa indagar cómo en las movilizaciones estudiantiles se establecen vínculos con pasados no vividos –como movilizaciones anteriores, represiones estatales o figuras que consideran referentes– y se incorporan en sus prácticas, discursos e identidades. Esto plantea interrogantes centrales para los estudios sobre la memoria social: ¿puede hablarse de memoria cuando no hay experiencia directa? ¿Qué formas adopta la memoria en contextos no familiares ni exclusivamente traumáticos? ¿Qué implicaciones tiene esto para la construcción de subjetividades políticas?

.....
*Licenciada en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), maestra en Sociología Política por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Actualmente, doctoranda en Historia Moderna y Contemporánea en la misma institución. Contacto: deemontesinos@gmail.com El presente artículo recoge avances de las reflexiones teórico-analíticas desarrolladas en el marco de la investigación doctoral actualmente en curso en el Programa de Historia Moderna y Contemporánea del Instituto Mora.

Proponemos que en las movilizaciones estudiantiles contemporáneas – aunque no es algo exclusivo de estas– se configuran vínculos con el pasado a través de distintos usos de la memoria. En este trabajo nos referimos particularmente a las movilizaciones estudiantiles de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en la Ciudad de México durante el siglo XXI, en las cuales es posible identificar cómo se retoman repertorios de acción, representaciones visuales, demandas y consignas de diversas movilizaciones previas, que tienden a estar relacionadas con experiencias de represión.¹

Analizar estos procesos implica reconocer que la memoria no es solo evocación del pasado, sino un proceso social y político que se activa, transforma y disputa en contextos específicos. Más allá de las diferencias temporales o contextuales entre experiencias de movilización, es posible observar cómo los y las estudiantes recurren al pasado como un recurso para dotar de sentido sus acciones: aludiendo a movilizaciones anteriores, reapropiándose de símbolos o inscribiéndose en una tradición de lucha.

Estos usos de la memoria –a través de diferentes representaciones como consignas, imágenes, discursos y testimonios– permiten rastrear procesos de identificación, construcción de genealogías políticas y sentidos de pertenencia que trascienden el momento de la movilización. Por lo tanto, el objetivo no es determinar si existe una continuidad real o una herencia directa, sino analizar cómo los y las estudiantes activan determinados referentes del pasado, los resignifican y los convierten en herramientas para legitimar, articular y proyectar sus luchas en el presente.

Ahora bien, de acuerdo con Nora Rabotnikof, las formas de pensar y nombrar las vinculaciones intergeneracionales con el pasado en contextos de movilizaciones donde se reivindican como familiares o descendientes de generaciones anteriores, son aún incipientes (Rabotnikof, 2013). Con base en dicha problemática, el objetivo del presente texto es realizar una revisión teórico-analítica de tres propuestas que abordan la relación con el pasado desde la perspectiva de la no vivencia directa: la posmemoria, la memoria prestada y la memoria afirmativa. A partir de una lectura de estas categorías, se examinan sus alcances y limitaciones para pensar los usos sociales de la memoria en contextos de movilización estudiantil.²

Es importante aclarar que en este artículo no se pretende ofrecer un análisis de los movimientos estudiantiles, sino que nos interesa discutir desde

1 No obstante, cabe señalar que este no es un fenómeno restringido a la UNAM ni a la Ciudad de México. Un ejemplo significativo es el caso de la desaparición de los cuarenta y tres normalistas de la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos de Ayotzinapa en 2014. Por un lado, porque los normalistas se dirigían a una marcha conmemorativa del 2 de octubre de ese año. Según Santiago (2021), tanto el acto conmemorativo, entendido como un “depósito de experiencia”, como la violencia generan vínculos entre ambas experiencias. Por otro lado, este caso ha sido reivindicado y resignificado en diversas movilizaciones posteriores a lo largo del país.

2 Asimismo, se propone un diálogo con los estudios sobre movimientos sociales, en particular aquellos que ponen énfasis en la construcción de identidades colectivas, puesto que consideramos que la memoria puede tener un papel relevante en este proceso.

una perspectiva teórica cómo abordar las formas en las que ciertos sentidos del pasado se activan en contextos de movilización y de protesta. El énfasis está en problematizar las categorías conceptuales que permiten pensar las memorias no vividas como dimensión constitutiva de la acción colectiva. Por ello, el corpus revisado se centra en obras de reflexión teórica y conceptual sobre la memoria social, y no en estudios empíricos sobre movilizaciones estudiantiles.³

Este ejercicio tiene un carácter exploratorio y busca contribuir al campo de los estudios sobre memoria social al problematizar formas no convencionales de recordar, más allá de la transmisión generacional familiar o los marcos del trauma. En este sentido, el artículo se inscribe en la línea de investigación que aborda la memoria como práctica social y performativa,⁴ y propone líneas para su ampliación teórica en relación con las movilizaciones estudiantiles contemporáneas.

Este artículo se organiza en tres apartados principales. En el primero, se revisan los principales aportes de los estudios sobre la memoria, con énfasis en las aproximaciones conceptuales al vínculo con un pasado no vivido, particularmente a través de las nociones de posmemoria y memoria prestada. En el segundo apartado se abordan los cruces entre memoria y movilización social, con la intención de recuperar perspectivas que nos permitan situar a la memoria como un componente constitutivo en la construcción de la acción colectiva; por ello, prestamos atención al concepto de memoria afirmativa. Finalmente, en las consideraciones finales se presentan algunas ideas para retomar las categorías analizadas respecto a las movilizaciones estudiantiles.

Los estudios de la memoria y aproximaciones conceptuales a las formas de nombrar la vinculación con el pasado no vivido

Desde la década de 1970, los estudios sobre la memoria han experimentado un desarrollo significativo, impulsado por lo que diversos autores han denominado una “emergencia de la memoria” (Villa, Avendaño y Agudelo, 2018). Este giro ha estado vinculado a la necesidad de elaborar social y políticamente los traumas del siglo XX –como el Holocausto, las dictaduras militares en América Latina o los conflictos armados internos–, así como a la crisis de los grandes relatos históricos y a la valorización de la experiencia subjetiva. En este contexto, la memoria ha dejado de entenderse como una capacidad individual para recordar, para ser pensada como un fenómeno

3 En el caso mexicano, existen investigaciones que abordan como problema la construcción de memoria en ciertos movimientos estudiantiles. Uno de los casos más estudiados es el movimiento estudiantil de 1968 en la UNAM, como muestran los trabajos de Eugenia Allier (Allier, 2021, 68: *el movimiento que triunfó en el futuro. Historias, memorias y presente*, IIS/UNAM-Bonilla Artiga Editores). No obstante, estas investigaciones no se centran en las formas en que los y las estudiantes retoman y resignifican distintos pasados en sus prácticas políticas.

4 De acuerdo con Franco y Levin, la noción de memoria permite articular lo íntimo y lo colectivo, en tanto que los relatos colectivos influyen en lo individual y cumplen una “función preformativa” en la configuración de los recuerdos de los sujetos (2007, p. 40).

social, político y cultural que participa activamente en la construcción de significados sobre el pasado desde el presente.

Una de las principales tareas en este desarrollo ha sido adjetivar el término “memoria”, dando lugar a categorías como memoria social, memoria cultural, memoria colectiva, entre otras.⁵ Esta diversificación responde tanto a debates teóricos como a necesidades empíricas para abordar distintas formas de producción, transmisión y usos del pasado en diversos contextos sociopolíticos.

Elizabeth Jelin, una de las principales referentes en este rubro, subraya que las memorias deben pensarse en plural, como expresiones diversas y conflictivas que articulan la experiencia del pasado con el presente. Desde su perspectiva, la memoria es una construcción social que implica disputas por el sentido del pasado y por su lugar en la vida pública. Lejos de ser solo un sinónimo del recuerdo, la memoria es, en palabras de la autora, “la capacidad o facultad de recordar, de tener presente algo ligado al pasado” (Jelin, 2018b, p. 271). En este sentido, para la autora, la dimensión política de la memoria es central, pues en la *construcción de un sentido* sobre el pasado influyen relaciones de poder, marcos institucionales, lenguajes disponibles y condiciones de posibilidad para hacer escuchar determinadas narrativas sobre el pasado.⁶

Uno de los debates centrales en este campo se refiere a la tensión entre el carácter fenomenológico e individual de la memoria y su dimensión colectiva y social. El sociólogo Maurice Halbwachs fue uno de los primeros en proponer que la memoria podía y debía analizarse como un fenómeno social, al mostrar que los recuerdos individuales están siempre mediados por los marcos sociales en los que se insertan. Sus obras *Los marcos sociales de la memoria* y *La memoria colectiva* sentaron las bases para pensar en cómo los grupos sociales –y no solo los individuos– recuerdan (Colacrai, 2010). Es importante mencionar que Halbwachs no concibió la memoria colectiva ni a la sociedad como un ente abstracto, sino como algo delimitado en el tiempo y en el espacio, por lo que los recuerdos están condicionados por relaciones sociales, normas y expectativas colectivas.

En contraposición a esta mirada, otros autores –como Paul Ricoeur– han insistido en la dimensión fenomenológica de la memoria, explorando su relación con el tiempo, el relato y la identidad personal (Ricoeur, 2010). Según Ricoeur, una de las principales limitaciones en la obra de Halbwachs fue no haber considerado el papel que juega la memoria individual en el acto de recordar. Aunque el filósofo francés reconoció que el recuerdo no ocurre de forma aislada –y coincidía en la existencia de marcos sociales como los

5 Asimismo, se busca diferenciar entre el uso del término “memoria” para señalar un conjunto de representaciones, procesos o contenidos.

6 Para abordar las memorias, sus trabajos y procesos, Jelin propone “entender las memorias como procesos subjetivos ancladas a experiencias y marcos simbólicos y materiales”, “reconocer las memorias como objetos de disputas, conflictos y luchas, lo cual apunta a prestar atención al rol activo y productor de sentido de los participantes” e “‘historizar’ las memorias: reconocer que existen cambios históricos en el sentido del pasado (...)” (Jelin, 2021, p. 24).

propuestos por Halbwachs–, subrayó que estos no pueden entenderse como elementos puramente objetivos (Ricoeur, 2010, p. 160). Así que planteó que “(...) cada memoria individual es un punto de vista sobre la memoria colectiva, que este punto de vista cambia según el lugar que yo ocupo y que este lugar mismo cambia según las relaciones que mantengo con otros medios” (Ricoeur, 2010, p. 162).

Esta tensión de perspectivas ha derivado en un amplio abanico de conceptualizaciones, entre las cuales destacan dos que han adquirido gran relevancia, y que son de interés para la presente propuesta: memoria social y memoria cultural. El concepto de “memoria social” fue introducido inicialmente por el psicólogo Frederic Bartlett en 1932 para enfatizar cómo la memoria cumple un papel en las relaciones sociales (Vázquez, 2018, pp. 303-305). Posteriormente, en consonancia con las reflexiones de Halbwachs, se utilizó para describir los procesos sociohistóricos que generan la memoria y para explicar las transformaciones que puede tener tanto en su construcción como en diferentes contextos (Vázquez, 2018). En este sentido, el enfoque de la memoria social no se limita a considerar la acumulación de recuerdos, sino que es entendida como una práctica social situada, que conjuga procesos sociales, políticos y culturales que incluyen las memorias compartidas.

Asimismo, Jelin, al preguntarse cómo construimos la memoria social, apunta que la memoria surge cuando la cotidianidad se rompe por un evento que desestructura la experiencia. En ese momento, lo “memorable” se traduce a una forma narrativa que puede convertirse en algo comunicable (Jelin, 2018a). Por ello, la memoria, contrario a ser el pasado en sí, es cómo los sujetos construyen sentido del pasado. En este sentido, la autora enfatiza los cambios en el sentido otorgado al pasado, puesto que muestran cómo es elaborado por actores sociales en escenarios de tensión y disputa por otras interpretaciones.

Desde esta perspectiva, la memoria social se configura como el proceso en el que individuos y grupos, aun sin haber vivido directamente ciertos hechos, reconstruyen narrativas, disputan sentidos y actualizan huellas de distinta índole. Respecto a esto, Jelin (2018a) presta atención a los mecanismos de transmisión intergeneracional de las memorias sociales, específicamente ligadas a eventos violentos, señalando la función pedagógica de la memoria.

Por otro lado, Jan Assmann popularizó en la década de los ochenta el término “memoria cultural” para diferenciarla de la denominada “memoria comunicativa”, la cual era considerada una de las formas en las que se expresa la memoria colectiva (Seydel, 2014). Para este autor, la memoria cultural refería a los mecanismos simbólicos y culturales que permitían la preservación y transmisión de cierto pasado significativo, mientras que la memoria comunicativa atendía a la transmisión oral y el contacto interpersonal. Por ello, propuso que la memoria cultural articulaba tres esferas: la personal, la social y la cultural, distinguiendo entre la experiencia vivida y la representación cultural (Santamarina, 2018a).

No obstante, esta propuesta ha sido debatida y matizada por autores y autoras como Astrid Erll, quien cuestionó la separación tajante entre lo comunicativo y lo cultural, ya que considera que el discurso oral también es una práctica cultural (Santamarina, 2018a). Tomando en cuenta ambas perspectivas, se considera que la memoria cultural permite señalar el carácter mediado de las memorias, haciendo énfasis en los actos de comunicación y en lo performativo de las prácticas memoriales.⁷ Los procesos de recordar no son simples reflejos de un pasado vivido, sino formas activas de darle sentido, organizadas por marcos culturales, condiciones materiales y relaciones de poder.

Ambas perspectivas permiten repensar las distintas dimensiones que intervienen en la construcción de la memoria, entre ellas la transmisión intergeneracional de los sentidos atribuidos al pasado. Es precisamente en este terreno donde las categorías analíticas comienzan a volverse difusas, ya que implican temporalidades sociales, cohortes generacionales, tradiciones, costumbres y dinámicas sociales cuya delimitación no siempre es clara ni estable (Jelin, 2021). Al considerar esta dimensión, Jelin se pregunta: “¿Se trata de una ‘re-presentación’ del pasado o de otros procesos de aprehensión de la experiencia?” (Jelin, 2021, p. 137), lo que abre la discusión hacia formas de memorias que no remiten a la vivencia directa, sino a procesos complejos de apropiación y resignificación. Estos pueden reflejar usos de la memoria, lecciones de aprendizaje, ritos que dan tradición, o mecanismos de reproducción social y cultural.

En este marco, surgen nuevas preguntas teóricas: ¿cómo nombrar aquellos procesos en los que no hay experiencia vivida, pero sí una vinculación simbólica o afectiva con el pasado? ¿Qué ocurre cuando los sujetos se identifican con memorias heredadas, transmitidas o construidas, sin haberlas experimentado directamente? ¿Podemos caracterizar como un proceso de memoria la vinculación que se hace con el pasado sin que esta involucre haberlo vivido? ¿Puede hablarse, en estos casos, de procesos de memoria social, o es necesario desarrollar otras categorías?

Estas preguntas han sido abordadas, principalmente, en contextos de violencia, trauma y transmisión generacional, especialmente en relación con el Holocausto y las dictaduras latinoamericanas. En este ámbito, han emergido dos categorías que buscan nombrar los procesos de apropiación y resignificación del pasado por parte de quienes no lo vivieron, pero son segundas o terceras generaciones: la posmemoria y la memoria prestada o préstamos de la memoria. Ambas serán desarrolladas en los apartados siguientes, con el fin de explorar sus alcances analíticos para pensar las formas de vinculación con el pasado que se manifiestan en las movilizaciones sociales contemporáneas, en particular aquellas protagonizadas por jóvenes y estudiantes.

7 En este sentido, es importante señalar que el concepto “memoria cultural” se ha utilizado para analizar culturas memoriales, lugares de memoria, memoriales, así como procesos de materialización de la memoria.

Sobre la posmemoria

Una de las categorías que destacan para pensar los vínculos con pasados no vividos es la de posmemoria, propuesta por la investigadora literaria Marianne Hirsch a principios de la década de 1990, en el contexto de los estudios sobre la memoria del Holocausto (Santamaría, 2018b). En términos generales, la posmemoria se refiere a la memoria de otras memorias, o a la relación que las segundas y terceras generaciones establecen con acontecimientos traumáticos colectivos vividos por sus antecesores. Esta relación no se basa en la experiencia directa, sino en la transmisión mediada por relatos, imágenes, representaciones audiovisuales, documentos y silencios que, a pesar de su lejanía temporal, generan un lazo emocional y afectivo profundo (Rabotnikof, 2013).

Hirsch definió la posmemoria como una estructura de transmisión intergeneracional del trauma, atravesada por vínculos afectivos y familiares,⁸ en la que el recuerdo no vivido se torna significativo a través de narrativas heredadas. Se trata, en esencia, de una memoria de la memoria: una forma de recuerdo vicario en la que no se rememoran hechos directamente vividos, sino historias construidas, transmitidas y reapropiadas a lo largo del tiempo.⁹ Junto con esta característica vicaria, se le atribuyen otras dimensiones fundamentales: el carácter afectivo y moral intensificado, que hace de la posmemoria un componente relevante en la construcción identitaria, y su condición hipermediada, pues los recuerdos llegan a través de diversos dispositivos. (Rabotnikof, 2013).

Asimismo, de acuerdo con Rabotnikof, lo que actúa como detonante en la construcción de la posmemoria no es el recuerdo directo ni necesariamente el trauma, sino la imaginación y la voluntad de creación (2013, p. 190). Desde esta perspectiva, las prácticas memoriales se orientan hacia la construcción de una identidad anclada en duelos irresueltos, ausencias y vacíos, y no en aquello que la generación que vivió el trauma haya transmitido explícitamente a sus hijos o nietos.

Por su parte, el especialista en Estudios Judaicos James E. Young retomó el concepto de posmemoria en obras como *At Memory's Edge*, desde una perspectiva centrada en la representación estética, proponiendo que existe una estética de la memoria que contiene un modelo o una forma de expresión de *la historia recibida*, que implica un híbrido narrativo que entrelaza acontecimientos y la forma en la que estos fueron transmitidos (Rabotnikof, 2013). Desde este enfoque, la posmemoria no remite tanto a una relación emocional con los antecesores como a las formas narrativas, visuales o culturales mediante las cuales ese pasado ha sido representado, interpretado,

8 Aunado a esto, plantea dos tipos de posmemoria, la familiar y la afiliativa.

9 De acuerdo con Quílez, después de que Hirsch profundizó en el significado del término, varios teóricos del estudio del Holocausto rebautizaron este concepto por diversos nombres como “memoria agujereada”, “memoria heredada”, “memoria vicaria”, “memoria tardía” o “memoria protestica” (2014, p. 62).

transmitido u ocluido. Young subraya el carácter híbrido de estas narraciones, en las que se entrelazan relatos familiares biográficamente relevantes, testimonios ajenos, silencios compartidos, construcciones historiográficas y productos mediáticos, lo que refuerza el carácter múltiple, fragmentario y mediado del recuerdo.

En la última década, la posmemoria ha sido recuperada y reformulada tanto como categoría analítica como forma específica de representación del pasado, lo cual se ha visto enmarcado en un renovado interés por estudiar y comprender las nuevas formas de apelar al pasado que no se vivió. Esta relectura se inscribe en un contexto más amplio caracterizado por lo que algunos autores han denominado una “época de la conmemoración” y una “época de la nostalgia” (Quílez, 2014).

Pese a la potencia analítica, la categoría de posmemoria ha sido objeto de diversas críticas. Como primera limitación, podemos señalar que es un concepto pensado para analizar experiencias particulares, en específico, de segundas y terceras generaciones de quienes vivieron el Holocausto, por lo que podríamos cuestionar si es operativo para abordar otros contextos y vivencias. No obstante, una de las principales objeciones apunta a la rigidez de la distinción entre memoria y posmemoria, como si se tratara de fenómenos radicalmente distintos (Violi, 2020), cuando en muchos casos comparten dinámicas, marcos y formas de expresión. Otra crítica relevante proviene de Beatriz Sarlo, quien cuestiona el énfasis excesivo en la dimensión subjetiva y moral del concepto, así como el riesgo de convertir la experiencia del otro en un relato biográfico centrado en un yo (Sarlo, 2013). La autora señala que la posmemoria puede promover una relación narcisista con el pasado –tanto en su transmisión como en la recepción de determinado relato–, en la medida en que se recuerda solo desde el impacto personal, sin considerar sus mediaciones históricas, políticas o colectivas.

A pesar de estas críticas, la posmemoria nos permite reflexionar sobre las formas de apropiación del pasado por parte de quienes no lo vivieron, especialmente cuando se analiza la circulación de imágenes, símbolos y narrativas en contextos donde el trauma ha dejado huellas culturales persistentes. En el marco de este artículo, consideramos que podría ayudar a pensar procesos en los que sujetos –particularmente las juventudes– se vinculan con memorias colectivas de lucha, represión o resistencia, aunque no hayan sido testigos directos de los acontecimientos originales ni descendientes de quienes vivieron las experiencias con las que se vinculan. Estas reflexiones cobran sentido en casos como las movilizaciones estudiantiles contemporáneas de la UNAM, donde las y los estudiantes recurren a referentes previos para dotar de significados colectivos tanto al pasado como al presente. Como ejemplo de ello, podemos pensar en las consignas en donde se enuncian “nietos del 68, hijos del 99 y hermanos de Ayotzinapa” o la forma en que se reconocen como herederos de una tradición histórica de lucha estudiantil.

Sobre la memoria prestada o préstamos de la memoria

A pesar de que podrían parecer sinónimos, posmemoria y memoria prestada o préstamos de la memoria remiten a procesos diferentes tanto en sus fundamentos como en sus usos analíticos. Si bien ambas categorías comparten el interés por pensar formas de vinculación con el pasado en ausencia de experiencia directa, la memoria prestada subraya la ausencia total y radical de una relación intergeneracional vivida y se articula más con la reconstrucción identitaria a partir del vacío.

Aunque de manera incipiente y sin mayor elaboración, la idea de que en la memoria colectiva se reflejaban memorias prestadas aparece desde las obras de Halbwachs, pues refirió a las posibilidades de que las personas recordaran vivencias a través de la apropiación de los marcos sociales de la memoria. No obstante, con el paso del tiempo, el término comenzó a relacionarse con los estudios sobre los lugares de memoria, al identificar cómo la materialidad –como la construcción de monumentos, placas, archivos, fotografías, entre otros– condensa sentidos del pasado que pueden ser asumidos, reinterpretados o apropiados por personas sin vínculo biográfico directo con los acontecimientos rememorados y que en estos espacios es donde se podían observar dichos “préstamos” (Gensburger, 2008). En este sentido, los préstamos de memoria no remiten, necesariamente, a una vinculación familiar o afectiva, sino a una operación de acceso simbólico y estético al pasado a través de sus huellas materiales y culturales.

En el contexto latinoamericano, y particularmente en el Cono Sur, el término “memoria prestada” se ha relacionado con los efectos de las dictaduras militares y las desapariciones forzadas, pues se ha usado para señalar el vacío de recuerdos y experiencias compartidas con una generación que se encuentra desaparecida, particularmente promovida por familiares de las víctimas. Es decir, de acuerdo con Guardia (2024), se ha utilizado para describir los modos en que familiares de víctimas –muchas veces hijos e hijas de desaparecidos– intentan reconstruir una historia personal y colectiva a partir de la falta absoluta de recuerdos compartidos. A diferencia de la posmemoria, que ahonda en un “hilo invisible” que conecta a las y los descendientes con quienes sufrieron un evento traumático, la memoria prestada atiende a una búsqueda de sentido en medio de la discontinuidad generacional. Se vuelve así una herramienta para llenar el vacío dejado por la desaparición y para recomponer la identidad de sujetos que nunca convivieron con aquellos que “recuerdan” (Guardia, 2024).

Asimismo, encontramos que la memoria prestada se construye muchas veces desde lo público, lo institucional o lo artístico, a través del uso de archivos, testimonios de terceros, museos, memoriales o intervenciones estéticas. Esta característica ha hecho que el término cobre especial relevancia en campos como la filosofía, los estudios de comunicación visual y las ciencias sociales, donde se analiza cómo la apropiación de ciertos elementos materiales o simbólicos del pasado habilita procesos de subjetivación, de-

nuncia o resistencia. En las investigaciones que han trabajado esta categoría, encontramos una tríada analítica: préstamos de la memoria, un evento violento o traumático y el uso de una estética (ya sea visual, audiovisual o monumental).¹⁰

Aunque la memoria prestada no ha sido desarrollada a profundidad, ofrece una perspectiva valiosa para pensar los modos en que ciertos sujetos o colectivos se vinculan con pasados que no les son propios por herencia o transmisión directa, sino por elección, ya sea política, afectiva o simbólica. Este enfoque resulta particularmente útil para analizar cómo se construyen sentidos sobre el pasado desde generaciones o actores –ya sea desde un marco familiar o fuera de este– que reivindican o resignifican memorias ajenas como parte de su experiencia presente.

Consideramos que recuperar esta categoría puede abrir vías para pensar los modos en que jóvenes o estudiantes actualizan memorias de luchas, resistencias o violencias pasadas, no desde la vivencia directa ni desde la transmisión familiar, sino desde las representaciones del pasado, es decir, de la apropiación de elementos visuales, narrativos o simbólicos que circulan en el espacio público. Bajo esta perspectiva, es posible problematizar, por ejemplo, la reutilización de la gráfica del movimiento estudiantil de 1968 en movilizaciones posteriores; la resignificación de fotografías en distintos contextos de movilización; la recuperación de consignas previas; o incluso la reiteración de formas organizativas y rutas de marchas que, en las movilizaciones estudiantiles recientes de la UNAM, reaparecen como referencias constantes.

Puentes entre las memorias y los movimientos sociales

En la literatura sobre los movimientos sociales se han desarrollado múltiples herramientas teóricas para definir, construir y analizar los diferentes objetos de estudio que emergen al momento de acercarse a este tipo de fenómenos sociales. A pesar de esta diversidad, en el presente artículo seguimos la clasificación entre las llamadas escuelas “de la identidad” y “de las estrategias” (Retamozo, 2010), que, si bien no son excluyentes entre sí, ofrecen perspectivas distintas sobre los elementos que configuran un movimiento social.¹¹

10 Por ejemplo, en su tesis doctoral en Filosofía, Angelica García (2017) aborda la relación entre la memoria, los movimientos estudiantiles y la represión gubernamental en los casos del movimiento estudiantil en México en 1968 y en España durante el Franquismo. Propone que, a través de las novelas, películas y otros objetos visuales, como las fotografías producidas durante el siglo XXI, se crea una estética que define como “préstamos de memoria”. Esta estética híbrida incorpora diversos materiales de archivo y, a través de la elaboración de ficciones, se reconstruyen discursos que rodean dichos eventos. Con base en esta propuesta, apunta que se establece distancia de las nociones de trauma, incorporando nuevas generaciones de estudiantes en el acto de recordar.

11 Las teorías sobre los movimientos sociales han sido ampliamente desarrolladas; existen diferentes perspectivas, escuelas, autores y propuestas para conceptualizar dichos fenómenos sociales (Oviedo, 2009). Consideramos que estos exceden a la presente reflexión. No obstante, podemos retomar algunas líneas para concentrarnos directamente en los puentes con la memoria y sus usos.

La escuela de la identidad postula que,¹² para la existencia de un movimiento social, es necesario el proceso de construcción de identidad, un conflicto (es decir, el reconocimiento de un adversario) y una disputa por el control del sentido de la realidad social. Este enfoque pone énfasis en las dinámicas internas del movimiento: las subjetividades colectivas y la construcción de demandas que se articulan en torno a una causa común, así como la forma en que estas se ven reflejadas en los modos de acción colectivos y en los tipos de protesta; por tal motivo, los referentes simbólicos y las tradiciones políticas adquieren relevancia al partir de esta perspectiva (Retamozo, 2010).

Por su parte, la escuela de la estrategia se enfoca en la conjunción de factores internos (recursos, organización, tiempos) con oportunidades externas que habilitan la acción colectiva.¹³ Desde esta visión, los movimientos sociales se comprenden como resultados de procesos racionales de toma de decisiones. Esta corriente busca articular la dimensión estructural con la acción, es decir, cómo las condiciones objetivas se traducen en formas de protesta y organización (Retamozo, 2010).

En el cruce de ambas escuelas, podemos situar los debates sobre los movimientos estudiantiles, que de acuerdo con Denisse Cejudo poseen algunas especificidades. La autora define movimiento estudiantil como:

a) un actor colectivo, producto de una contienda política, conformado por estudiantes (o sujetos identificados como estudiantes) con referentes identitarios comunes ligados a una institución educativa. b) Su forma de organización es estructurada y solidaria en torno a c) objetivos inmediatos ubicados en términos de lo institucional o extrainstitucional, pero tienen la d) aspiración de modificar o construir sociedad partiendo de comprender a e) la educación como una condición para ello, aunque su definición varíe. f) Para lograr sus objetivos desarrollan estrategias, junto a sus aliados naturales o estratégicos, y g) producen repertorios de acción específicos y variables durante la contienda, atendiendo a sus tradiciones políticas históricas, h) frente a uno o varios oponentes, entre los que generalmente están representantes institucionales o estatales (Cejudo, 2019, p. 142).

Esta definición permite observar que los movimientos estudiantiles no solo responden a demandas sectoriales, sino que se constituyen como actores con capacidad para disputar sentidos más amplios sobre el presente y el futuro. Asimismo, retomando los puentes entre la escuela de la “identidad” y de la “estrategia”, podemos señalar que, al momento de acercarnos a los movimientos y movilizaciones sociales, la identificación del proceso de construcción de un actor colectivo resulta central, pues así podemos problematizar tanto procesos identitarios y tradiciones políticas como repertorios de acción, estrategias y construcción de un oponente. En dichos rubros, la memoria puede ser un elemento constitutivo, ya sea como recurso simbó-

12 En esta escuela podemos incluir los trabajos de Alessandro Pizzorno, Alberto Melucci y, en menor medida, las propuestas de Alain Touraine.

13 En esta perspectiva podemos identificar los trabajos de Doug McAdam, John McCarthy, Mayer Zald y Sidney Tarrow.

lico, como elemento identitario o como dispositivo de legitimación de la acción.

Retomando las propuestas de la investigadora Edith Kuri, la memoria puede entenderse como una “edificación social, simbólica, histórica y cultural” que se construye en el espacio y en el tiempo (Kuri, 2018, p. 29). Esta perspectiva permite reconocer que la memoria también opera en niveles simbólicos que se relacionan con elementos identitarios. Kuri destaca cómo las dinámicas de configuración memorística están atravesadas por el poder político, ya que la memoria, en muchos casos, constituye una condición de posibilidad para que los sujetos construyan e interpreten sus realidades sociopolíticas.

En este sentido, Kuri desarrolla que la dimensión política de la memoria puede manifestarse en diversos niveles y propone una división analítica: a) tanto la memoria colectiva como el olvido son instrumentos de poder puesto que son fuentes de legitimidad y credibilidad; por ello, son disputados por diversos actores; b) la memoria colectiva es plural y un proceso abierto a las “(re)interpretaciones sociales y políticas”; c) ya que la memoria es una fuente de sentido, la memoria ha alimentado varios movimientos sociales de distinta índole, mostrando la forma en la que puede orientar acciones y prácticas tanto sociales como políticas; d) la memoria puede ser un campo de confrontación entre diferentes agentes e instituciones; e) las características políticas de la memoria se cristalizan en el espacio público; f) la memoria puede relevar la compleja y variable relación Estado-sociedad; g) la memoria cuenta con una dimensión axiológica (Kuri, 2018, pp. 29-30).

Tomando en cuenta la propuesta de Kuri y para repensar los vínculos con el pasado en las movilizaciones estudiantiles, podemos concentrarnos, principalmente, en los primeros tres puntos, ya que apelan a las razones por las que podemos encontrar relación entre la memoria y las movilizaciones sociales de diversos tipos. En primer lugar, porque la disputa por el sentido del pasado, al ser una fuente de legitimidad, se vuelve un recurso político fundamental en contextos de protesta. En segundo lugar, porque la memoria como proceso abierto y plural permite apuntar que distintas generaciones resignifican hechos históricos desde nuevas coordenadas sociopolíticas. Y, en tercer lugar, porque al ser una fuente de sentido, la memoria puede orientar prácticas colectivas, que otorgan profundidad simbólica a las demandas, acciones y repertorios de los movimientos estudiantiles. Si bien Kuri reflexiona sobre los usos de la memoria en relación con el poder político, no profundiza específicamente en las memorias no vividas ni en los modos de vinculación con el pasado. No obstante, retoma la distinción propuesta por Nora Rabotnikof entre memorias de la política y políticas de la memoria. Mientras que las segundas apuntan a las distintas formas de gestionar el pasado, las primeras se refieren a las narrativas construidas por quienes vivieron determinados acontecimientos, que articulan pasado, presente y futuro. Esta noción, además, incorpora a quienes no fueron coetáneos de esos eventos, pero que, a través de diversos medios –como la

“memoria de otras memorias” –, también participan en la elaboración de esa narrativa (Kuri, 2018, p. 36).

En síntesis, si bien la relación entre memoria y movimientos sociales suele asumirse como un trasfondo implícito, profundizar en sus vínculos analíticos permite ampliar nuestra comprensión de los procesos políticos y simbólicos que atraviesan las movilizaciones. Las memorias, así como dotan de sentido al pasado, también configuran horizontes de expectativas, construyen identidades colectivas, legitiman demandas y orientan acciones. Pensar la memoria como un componente constitutivo –más allá de un uso instrumental o conmemorativo– posibilita abordar sus múltiples dimensiones: como recurso político, como narrativa identitaria y como práctica simbólica.¹⁴ Desde esta perspectiva, resulta necesario interrogar también cómo abordar los casos de generaciones que no vivieron directamente los acontecimientos a los que aluden, pero que aun así se vinculan con ellos, los reinterpretan y los movilizan, como ocurre en diversas movilizaciones estudiantiles de la UNAM en el siglo XXI. Es precisamente en este cruce entre memoria, acción colectiva y subjetivación política donde adquiere relevancia la noción de “memoria afirmativa”, que en el siguiente apartado se propone como una herramienta analítica para explorar los usos del pasado y la memoria en contextos de movilización.

Sobre la memoria afirmativa

Si partimos de que la memoria es un proceso socialmente construido que permite resignificar el pasado desde las necesidades del presente, ¿cómo se articula con las dinámicas propias de las movilizaciones estudiantiles? Para responder esta pregunta, podemos retomar el marco analítico propuesto por la socióloga Mónica Iglesias, en el que vincula la acción colectiva con la producción de memoria, a partir de la noción de “memoria afirmativa” (Iglesias, 2020).¹⁵

La autora busca analizar cómo la memoria colectiva condiciona las posibilidades de acción y, a su vez, cómo la acción colectiva produce nuevas memorias. Para ello, retoma dos conceptos centrales de la sociología de los movimientos sociales: los marcos de acción colectiva y los repertorios de acción.¹⁶ Estos conceptos permiten entender cómo dentro de los movimientos

14 Retomando la distinción propuesta por Franco y Levin (2007), es posible diferenciar entre una noción de memoria entendida en su dimensión epistémica y otra vinculada con la “anamnesis”. La primera señala objetos tanto individuales como colectivos, además de constituirse como un campo disciplinar específico de estudio; la segunda remite a un conjunto de ritos, creencias y normas que construyen identidad. En este marco, la memoria constitutiva, performativa y productora de narrativas que nombramos aquí se inscribe en la segunda acepción. De ahí la relevancia de atender cómo se constituye esa noción de “verdad”, con qué dialoga, frente a qué se posiciona, quién la enuncia y en qué momentos.

15 Iglesias propone la categoría “memoria afirmativa” para hacer referencia a las formas en las que se usa el pasado para reforzar luchas presentes. En sus palabras, propone esta noción para “designar esa apropiación del pasado por parte de los sujetos, para nutrir y potenciar su acción política (Iglesias, 2023, p. 3)”.

16 Iglesias busca establecer puentes entre la sociología de la memoria y la sociología de la acción

interpretan su realidad, seleccionan elementos del pasado que legitimen su causa y desarrollan formas específicas de movilización. Desde esta perspectiva, la memoria colectiva no solo condiciona las posibilidades de acción, sino que se convierte en parte activa de la contienda simbólica que caracteriza la movilización social.

Por ello, a través del término “memoria afirmativa”, refiere a las formas en las que ciertos movimientos construyen sentidos del pasado para reforzar su identidad, para construir memorias sociales antagonistas, cohesionar un grupo y para legitimar sus demandas. En este sentido, la memoria afirmativa no busca conmemorar, sino que es tanto producto como productora de subjetividades colectivas (Iglesias, 2020).

Asimismo, Iglesias señala que en los debates desde la sociología de la memoria sí ha habido conexiones con el giro culturalista de la acción colectiva y los movimientos sociales, –entendiéndolos como empresas simbólicas o de producción de sentidos–, perspectiva que pone en el centro los procesos de construcción de identidad. Sin embargo, es importante mencionar que, a pesar de que varias propuestas y perspectivas ponen énfasis en la construcción de la identidad colectiva al analizar la acción colectiva y los movimientos sociales, esto no se ha vinculado con la producción de memoria. Por ello, la propuesta de Iglesias resulta novedosa y relevante,¹⁷ ya que apunta que en los movimientos sociales la memoria es constitutiva de los procesos de subjetivación, generando identificación y la construcción de un “nosotros”; también es producida por estos sujetos que reconstruyen y transmiten su memoria.

En síntesis, la propuesta de Iglesias resulta valiosa al tender un puente entre la sociología de los movimientos sociales y la sociología de la memoria, al proponer una mirada que reconoce a la memoria no solo como un medio de legitimación, sino también como una dimensión constitutiva en la producción de subjetividades colectivas. Consideramos que pensar la memoria como producto y productora dentro de las dinámicas de las movilizaciones estudiantiles puede permitir crear una relación con lo mencionado en los apartados anteriores sobre cómo se articulan sentidos del pasado en función de necesidades políticas y simbólicas del presente.

Si bien una de las limitaciones de la propuesta radica en concebir la memoria, principalmente, como repertorio de acción –lo cual puede restringir su alcance analítico, pues deja de lado los procesos más amplios y contradictorios de construcción y disputa por los sentidos del pasado–, su propuesta

colectiva para aproximarse al papel de la representación del pasado en la conformación de la subjetividad y, en particular, en las estrategias de movilización de los movimientos sociales.

17 Respecto a esto, encontramos propuestas metodológicas como la del historiador Álvaro Oviedo, quien denomina “Autoindagación en la memoria colectiva (AIMC)” a un enfoque cercano a las tradiciones antropológicas y etnográficas. Esta metodología consiste en trabajar con un grupo, ya sea una comunidad o un movimiento social, para indagar en su memoria colectiva, lo cual abre espacios para el intercambio de saberes y conocimientos (Oviedo, 2009). Si bien se trata de una propuesta valiosa para pensar el acercamiento y el trabajo con los actores sociales, consideramos que no apela a pensar cómo la memoria –no necesariamente de la experiencia vivida– puede convertirse en un eje fundamental en la construcción de subjetividades políticas y en la articulación de las luchas colectivas.

ofrece herramientas conceptuales útiles para vincular los debates sobre las formas de recordar sin experiencia directa con los procesos de movilización social. En particular, abre una vía para pensar cómo generaciones que no vivieron determinados acontecimientos históricos activan sentidos del pasado en sus prácticas políticas actuales, lo cual contribuye a trazar puentes entre las discusiones mencionadas anteriormente sobre la posmemoria, los préstamos de la memoria y la acción colectiva contemporánea.

Consideraciones finales

La revisión de las categorías posmemoria, memoria prestada y memoria afirmativa, así como su articulación con los estudios sobre movimientos sociales, permite esbozar algunas reflexiones teórico-analíticas para el estudio de las formas de vinculación con el pasado en las movilizaciones estudiantiles. En primer lugar, es necesario reconocer que estas categorías surgen en contextos específicos y responden a problemas concretos, por lo que su aplicación a otros fenómenos puede representar diversas limitaciones. La posmemoria y los préstamos de la memoria, por ejemplo, fueron formulados principalmente para abordar la transmisión intergeneracional de memorias traumáticas en contextos familiares, por lo que presentan límites al analizar procesos que no tienen dichas características. La memoria afirmativa, por su parte, si bien permite pensar en la activación de memorias como parte de los movimientos sociales, corre el riesgo de reducir la memoria a un instrumento de la movilización, sin atender a los procesos más amplios de subjetivación y producción de sentido.

A pesar de sus límites, estas categorías ofrecen aportes valiosos para pensar en los modos en que las y los actores sociales se vinculan con pasados que no experimentaron. En los tres enfoques se reconoce el carácter dinámico, relacional y performativo de la memoria, así como su potencial para generar sentido en el presente. Particularmente en el caso de las movilizaciones estudiantiles, estas nociones permiten observar cómo determinados referentes del pasado –acontecimientos, figuras, consignas, símbolos o repertorios– son activados, apropiados y resignificados por nuevas generaciones de estudiantes. Lejos de tratarse de una herencia pasiva, esta vinculación puede evidenciar un trabajo activo de elaboración simbólica que contribuye a configurar narrativas identitarias, sentidos de pertenencia y legitimaciones políticas. Asimismo, son aportes que no se centran en el proceso de transmisión de la memoria, sino en la resignificación y uso que pueden hacer del pasado generaciones posteriores.

De este modo, con la revisión de las tres categorías buscamos enfatizar que analizar cómo las colectividades, particularmente las y los estudiantes, activan y resignifican memorias no vividas permite rastrear procesos de identificación, construcción de genealogías políticas y sentidos de pertenencia que trascienden el momento de la movilización. En otras palabras, el estudio de la memoria en estos contextos ofrece herramientas conceptuales para pensar los usos simbólicos y políticos del pasado, así como la construcción de subjetividades políticas en el presente.

Si bien los planteamientos desarrollados en este artículo tienen un carácter exploratorio, abren la puerta a una discusión necesaria sobre las formas de nombrar y analizar estos procesos.¹⁸ ¿Cómo estudiar las memorias que no remiten a vivencias directas ni se inscriben en marcos familiares o traumáticos? ¿Cómo evitar los extremos de una racionalización excesiva, que diluye la complejidad de la memoria, y de una romantización que impide problematizar su construcción social? Estas preguntas exigen repensar las herramientas conceptuales del campo de estudios sobre memoria social, para dar cuenta de fenómenos frecuentes, especialmente en las movilizaciones estudiantiles o protagonizadas por estudiantes.

Consideramos que las distintas propuestas revisadas permiten relacionar las formas de vinculación con el pasado y los usos de la memoria en las movilizaciones estudiantiles, lo cual abre dos rutas: por un lado, posibilita historizar los procesos de memoria; por otro, permite adentrarnos en las formas en que las y los actores sociales se conciben. En este sentido, se vuelve relevante problematizar qué *hacen* las personas con las memorias que *reciben*. Es decir, más allá de enfocarnos únicamente en los procesos de transmisión, interesa analizar cómo los sujetos activan, resignifican, disputan o reconfiguran esas memorias en función de sus contextos, necesidades políticas y horizontes de expectativas. De este modo, la revisión planteada no solo contribuye a ampliar el campo de los estudios sobre memoria social, sino que también aporta herramientas para comprender las llamadas “memorias de memorias” o memorias no vividas como elementos clave en la construcción de identidades, genealogías de lucha y subjetividades políticas en el presente.

Referencias bibliográficas

- Cejudo Ramos, D. (2019). Para analizar los movimientos estudiantiles. *Conjeturas Sociológicas*, 7(20), 134-153.
- Colacrai, P. (2010). Releyendo a Maurice Halbwachs. Una revisión del concepto de memoria colectiva. *La Trama de la Comunicación*, (14), 63-73.
- Franco, M. & Levín, F. (2007). El pasado cercano en clave historiográfica. En Franco, M. y Levín, F. (Comps.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción* (pp. 31-65). Buenos Aires: Paidós.
- García, A. (2017). *Memoria prestada. La represión y los movimientos estudiantiles en dos casos de estudio: México (1968) y España (1960-1977)* (tesis de doctorado). Universidad de Kansas, Lawrence, Estados Unidos.
- Gensburger, S. (2008). Lugares materiales, memoria y espacio social. *Anthropos. Huellas del conocimiento*, 21-35.
- Guardia, I. (2024). El quehacer de las imágenes: el trauma y la memoria prestada en el cine documental. *IC. Revista Científica de Información y Co-*

¹⁸ Asimismo, una línea de investigación pendiente es la exploración del papel que ocupan las redes sociodigitales, los archivos digitales y las imágenes virales en la construcción de memorias no vividas en las movilizaciones estudiantiles contemporáneas.

municación, (21), 213-234.

Iglesias, M. (2020). Notas para una conceptualización de la “memoria afirmativa” de los movimientos sociales. En X. Faúndez, F. Hatibovic y J. Villanueva (Eds.), *Aproximaciones teóricas y conceptuales en estudios sobre cultura política, memoria y derechos humanos* (pp. 103-130). Valparaíso: Universidad de Valparaíso.

Iglesias, M. (2023). “Crecimos en un suelo fértil”. Memoria afirmativa y acción de las pobladoras en Santiago de Chile. *Revista Izquierdas*, 52, 1-25.

Jelin, E. (2018a). *Las luchas por el pasado. Cómo construimos la memoria social*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Jelin, E. (2018b). Memoria. En R. Vinyes (Dir.), *Diccionario de la memoria colectiva* (pp. 271-275). Barcelona: Gedisa.

Jelin, E. (2021). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: FCE.

Kuri, E. (2018). Sentido, prácticas sociales y conflicto: la construcción social y política de la memoria. *Iberoforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, 9 (25), 17-43.

Oviedo, A. (2009). Apuntes para el debate. Memoria colectiva y movimientos sociales. En A. Jiménez y F. Guerra (Coords.), *Las luchas por la memoria*. (pp. 77- 89). Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas/ Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano.

Quílez, L. (2014). Hacia una teoría de la posmemoria. Reflexiones en torno a las representaciones de la memoria generacional. *Historiografías*, 8, 57-75.

Rabotnikof Maskivker, N. D. (2013). Herencias intangibles. En M. I. Mudrovic y N. Rabotnikof Maskivker, *En busca del pasado perdido. Temporalidad, historia y memoria* (pp. 182-210). México: Siglo XXI/UNAM.

Retamozo, M. (2010). Movimientos sociales. Un mapa de la cuestión. En E. Villareal Cantú y V. Martínez González (Coords.), *(Pre)textos para el análisis político. Disciplinas, reglas y procesos*. Buenos Aires: FLACSO.

Ricoeur, P. (2010). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Editorial Trotta.

Santamaría, S. (2018a). Memoria cultural. En R. Vinyes (Dir.), *Diccionario de la memoria colectiva* (pp. 283-284). Barcelona: Gedisa.

Santamaría, S. (2018b). Posmemoria. En R. Vinyes (Dir.), *Diccionario de la memoria colectiva* (pp. 394-395). Barcelona: Gedisa.

Santiago, T. (2021). Conflicto y violencia en el México posrevolucionario: de Tlatelolco a Ayotzinapa. *Co-herencia*, 18 (34), 267-287.

Sarlo, B. (2013). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y tiempo subjetivo, una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Seydel, U. (2014). La constitución de la memoria cultural. *Acta Poética*, 35(2), 187-214.

Vázquez, F. (2018). Memoria social. En R. Vinyes (Dir.), *Diccionario de la memoria colectiva* (pp. 303-305). Barcelona: Gedisa.

Villa Gómez, J. D., Avendaño, M. y Agudelo, M. C. (2018). La memoria como objeto de estudio en las ciencias sociales. *ECA. Estudios Centroamericanos*, 73(754), 301-326.

Violi, P. (2020). Los engaños de la posmemoria. *Tópicos del Seminario*, 44, 12-28.

Mediación y poder: Roma como artefacto de memoria en la era del streaming

MARCO A. CARRANZA RÍOS

Resumen

Este artículo analiza la película *Roma* (Alfonso Cuarón, 2018) como un artefacto fundamental de memoria cultural dentro de la estrategia de expansión global de Netflix. Se argumenta que la plataforma, trascendiendo su modelo comercial, se posiciona como un gestor de la imaginación histórica, transformando la memoria local en un activo transnacional negociable. El estudio se estructura en dos dimensiones complementarias: la intermedial, que examina las condiciones asimétricas de producción entre el capital global (Netflix/Participant Media, con sus agendas políticas y comerciales) y el capital local (Esperanto Filmoj, gestionando la autenticidad); y la intramedial, que disecciona la retórica fílmica de la película entendida como un archivo. Esta segunda dimensión explora cómo se documentan y ordenan espacios, objetos y sonidos sensibles para construir una memoria inmersiva y afectiva, privilegiando planos-secuencia y panning que generan una experiencia sensorial del pasado. La paradoja central radica en que *Roma*, al evocar una memoria íntima y aparentemente auténtica, es el producto de una compleja mediación de poder que globaliza, estandariza y comercializa el pasado. El artículo concluye que Netflix, a través de films paradigmáticos como este, actúa como un agente que homogeniza y distribuye globalmente memorias “glocales”. Esto plantea una interrogante fundamental: ¿puede un archivo controlado por una corporación, cuya lógica última es comercial, preservar y promover narrativas críticas del pasado? O, por el contrario, ¿su mediación convierte inevitablemente la memoria histórica en un producto cultural más, sujeto a las dinámicas del mercado y el consumo global?

Palabras clave:

memoria cultural; archivo audiovisual; transnacionalismo

Fecha de recepción: 03/12/2024

Fecha de aceptación: 21/07/2025

Mediation and Power: *Roma* as a Memory Artifact in the Streaming Era

Abstract

This article analyzes the film *Roma* (Alfonso Cuarón, 2018) as a pivotal artifact of cultural memory within Netflix's global expansion strategy. It argues that the platform, moving beyond its commercial model, positions itself as a manager of historical imagination, thereby transforming local memory into a negotiable transnational asset. The study is structured around two complementary dimensions: the intermedial, which examines the asymmetric production conditions between transnational capital (Netflix/Participant Media, with their distinct political and commercial agendas) and local capital (Esperanto Filmoj, managing authenticity on the ground); and the intramedial, which dissects the film's rhetoric conceived as an archive. This second dimension explores how sensitive spaces, objects, and sounds are documented and ordered to construct an immersive and affective memory, primarily through the use of long takes and panning shots that foster a sensory experience of the past. The central paradox lies in the fact that *Roma*, while evoking an intimate and seemingly authentic memory, is the product of a complex power mediation that globalizes, standardizes, and commercializes history. The article concludes that Netflix, through paradigmatic films like this, acts as an agent that homogenizes and globally distributes “glocal” memories. This raises a fundamental question: can an archive controlled by a corporation, whose ultimate logic is commercial, preserve and promote critical narratives of the past? Or does its mediation inevitably turn historical memory into just another cultural product, subject to the dynamics of the market and global consumption?

Keywords: Cultural Memory; Audiovisual Archive; Transnationalism; Affectivity

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons 4.0 Internacional. (Atribución-No Comercial-Compartir Igual)

<https://doi.org/10.59339/c.v12i24.678>

Carranza Ríos, M. A. (2025). Mediación y poder: *Roma* como artefacto de memoria en la era del streaming. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 12(24), 87-105.



Mediación y poder: Roma como artefacto de memoria en la era del streaming

MARCO A. CARRANZA RÍOS*

En 2017, Netflix inició su última fase de expansión global. Como parte de su estrategia para Latinoamérica, lanzó el sello *Originals Latin America*, una etiqueta comercial destinada a destacar sus producciones en el competitivo universo de los medios audiovisuales. Este movimiento marcó su transición definitiva: dejó de ser una plataforma de video bajo demanda (VOD) con algunas producciones originales –etapa consolidada entre 2012 y 2017– para convertirse en una casa productora capaz de rivalizar con los grandes estudios de Hollywood. En este proceso, Netflix no solo escaló su manejo de datos de usuarios a nivel global, sino que construyó una infraestructura para producir contenidos transnacionales con un sello distintivo: la capacidad de mediar entre lo local y lo global.

El punto de partida de esta transformación fue *Roma* (Alfonso Cuarón, 2018).¹ Para Netflix, este proyecto cumplió un doble propósito: por un lado, consolidar su relevancia internacional al fichar a un director consagrado –figura bisagra entre el cine industrial y el independiente– y, por otro, legitimarse ante audiencias locales mexicanas como un espacio para explorar narrativas domésticas. Así, *Roma* funcionó como laboratorio para futuras producciones en otras regiones, demostrando que la expansión económica de Netflix podía ser, simultáneamente, un mecanismo para negociar identidades y territorialidades sin perder de vista su panorámica globalista. Este artículo propone que el plan de expansión comercial de la plataforma se sustentó en convertirse en un gestor de la “imaginación histórica” de territorios estratégicos, donde la memoria cultural se transforma en un activo transnacional.

La paradoja de *Roma* como caso de estudio radica en su naturaleza dual: es una coproducción México-Estados Unidos (con financiamiento y distri-

1 *Roma* (2018), dirigida por Alfonso Cuarón, es un drama autobiográfico que retrata la vida de una familia de clase media en la Ciudad de México durante los años setenta, centrándose en la relación con Cleo, una empleada doméstica de origen indígena. La película, filmada en blanco y negro con un estilo visual contemplativo, entrelaza lo íntimo con lo histórico, abordando temas como las jerarquías sociales, la represión política (ejemplificada en el “Halconazo” de 1971) y la maternidad. Producida por Netflix, *Roma* se convirtió en un fenómeno global que redefinió las fronteras entre el cine de autor y el *streaming*.

* Doctor en historiografía por la Universidad Autónoma Metropolitana (México).

Contacto: carranzarios.88@gmail.com

bución estadounidenses, pero realizada íntegramente con recursos humanos mexicanos) que aborda un tema profundamente local –la vida de una familia de clase media en la Ciudad de México de los años setenta–, pero cuyo alcance se redefine al ser distribuida globalmente por Netflix. Este modelo no era nuevo en Latinoamérica –la desestructuración de las industrias locales a fines del siglo XX había impulsado coproducciones similares–, pero la plataforma transformó su horizonte de recepción: *Roma* dejó de ser una obra de festival para convertirse en un artefacto cultural accesible masivamente, un repositorio de marcas colectivas del pasado que activó discusiones públicas sobre la historia urbana, la represión estudiantil de 1971 o las expectativas de la clase media latinoamericana. Los espectadores se volvieron usuarios de un archivo audiovisual, consumidores de una memoria mediada por algoritmos.

La última fase de Netflix, entonces, no debe reducirse a una estrategia financiera, sino entenderse como una política de producción de memoria global que estandariza mientras también persigue preservar “autenticidades” locales. Los productos del sello Originals Latin America son, en esencia, mecanismos para estabilizar tensiones transnacionales e interculturales, homologando memorias diversas bajo un mismo sistema de distribución. Este artículo busca visibilizar cómo Netflix construye legitimidad política al articular memorias colectivas globales (o “glocales”), lejos de ser un mero intermediario aséptico.

Para ello, centro el análisis en *Roma* como caso paradigmático. No estudio la película en sí, sino su papel en la estructuración de Netflix como “sitio de la memoria global”. Siguiendo a Dagmar Brunow (2015, 32) –para quien la memoria moderna es “archivística” y depende de “la materialidad del rastro”–, abordo *Roma* como un archivo que no solo preserva, sino que instituye realidad. Esta noción de archivo como instancia de autoridad –y que padece lo que Derrida llamó el “mal de archivo”: su inherente tensión entre preservación y destrucción–² es central para comprender cómo Netflix administra no solo contenidos, sino legitimidad histórica.

Para esto me enfoco en dos dimensiones complementarias, inspiradas en Astrid Erll³, y que dan orden a las dos secciones del texto:

2 Jacques Derrida, *Mal de archivo: Una impresión freudiana* (Derrida, 1997), donde analiza cómo el archivo, al seleccionar y conservar, excluye tanto como preserva, generando una “fiebre archivística” que revela su carácter político.

3 La estructura de este trabajo está planteada a partir de los estudios de Astrid Erll. En su obra, la memoria se presenta como un objeto mediático, es decir, como un producto concreto pero complejo de la comunicación humana. Se trata de un fenómeno colectivo, condicionado por marcos sociales específicos –tal como lo señaló el clásico autor Maurice Halbwachs–, los cuales pueden rastrearse en los procesos de mediación (tal como lo precisa Erll).

Lo que recordamos surge, en ocasiones de manera involuntaria, en complicidad con formas o figuras que se reproducen en el entorno que habitamos. Una anécdota o una historia alojada en la memoria personal adquiere vida concreta a través de alguna figura que, de algún modo, ya ha sido mediada y reproducida con anterioridad. En este sentido, es posible identificar dos fases en el proceso de la memoria: una intermedial, que se desarrolla dentro de un contexto con condiciones específicas de enunciación, y otra intramedial, que

a) Intermedial: las condiciones de enunciación (la negociación entre capital transnacional –Netflix/Participant Media– y local –Esperanto Filmoj–);

b) Intramedial: los contenidos específicos del archivo (la espacialidad de la infancia de Cuarón, reconstruida mediante objetos, sonidos y espacios).

El eje que articula ambas dimensiones es lo afectivo: la paradoja de que una memoria aparentemente íntima (la del director) se vuelva vehículo para conflictos sociales colectivos, y que esta tensión sea justamente lo que Netflix aprovecha para su proyecto global. Así, el artículo no solo describe cómo se produce esta memoria, sino que anticipa el dilema ético que la conclusión retomará: ¿puede un archivo corporativo como el de Netflix preservar críticamente el pasado, o su lógica comercial lo reduce a un *commodity*?

Condiciones de enunciación

Las obras cinematográficas de Alfonso Cuarón han sido clasificadas como producciones ejemplares del cine transnacional. Dolores Tierney (2018) ha analizado el mecanismo detrás de estas realizaciones en Latinoamérica, señalando que surgen, fundamentalmente, de un acuerdo de coparticipación entre dos tipos de capital: a) uno de financiamiento y distribución, proveniente de Estados Unidos o países de Europa Occidental; y b) otro encargado de la gestión de esos recursos directamente en el territorio o país donde se desarrolla la narración de la película, relacionado con el manejo creativo y de recursos humanos locales.

Estos capitales cumplen dos funciones principales. El primero proporciona acceso no solo a recursos financieros, sino también a circuitos de exhibición global. El segundo se enfoca en la construcción de la autenticidad doméstica de la narración. Parto de la premisa de que, en la creación de estos mecanismos de coparticipación, se encuentra la génesis del campo de transacción de símbolos y significados de distintos lugares de memoria. Es decir, por un lado, los capitales estadounidenses no financian proyectos que carezcan de relevancia para el discurso global que buscan impulsar; por otro, los capitales locales no se suman a producciones que no les brinden la posibilidad de amplificar su voz mediante el acceso a circuitos globales.

Los dos capitales descritos por Tierney no mantienen necesariamente una relación simétrica en términos de volumen económico o peso sociopolí-

pone en práctica estrategias retóricas audiovisuales determinadas, cuya especificidad es objeto de evaluación. El primer apartado de este texto corresponde a la intermedialidad, mientras que el segundo a la intramedialidad. [Ver: Astrid Erll. “Cultural Memory Studies: An Introduction” y “Literature, Film and the Mediality of Cultural Memory” en Astrid Erll (Coord.). *Cultural Memory Studies. An International and Interdisciplinary Handbook*. (Astrid Erll, 2008)].

tico. Sin embargo, se necesitan mutuamente para concretar las realizaciones que proponen. En este sentido, establecen transacciones no solo financieras, sino también simbólicas y discursivas, en contextos desiguales y mediante entornos de comunicación no siempre explícitos.

En el caso de *Roma*, el primer capital está conformado por dos empresas: Netflix, encargada de la distribución y comercialización, y Participant Media, responsable del financiamiento. El segundo capital radica en la gestión realizada por la productora de Alfonso Cuarón, Esperanto Filmoj, durante la producción en México, especialmente en la conformación de los recursos humanos que integraron el equipo de producción.

Participant Media (2004-2024) fue una empresa de medios que cerró operaciones en 2024. Fue propiedad de Jeffrey Skoll, directivo clave en la expansión comercial de eBay a finales de los años noventa. La productora surgió como parte de un proyecto filantrópico impulsado por Skoll tras su éxito en el comercio digital. Su enfoque se centró en promover una agenda de impacto social, con énfasis en energías limpias y temas de identidad.⁴ Este enfoque posiblemente explica el interés de Participant en financiar *Roma*, dada la relevancia del guion en torno a las condiciones de las trabajadoras domésticas en México.

Skoll fue un importante donante para las campañas presidenciales de Barack Obama en 2008 y Hillary Clinton en 2016, así como para otros candidatos del Partido Demócrata a través de Comités de Acción Política (PACs, por sus siglas en inglés), como el *Democratic National Committee* (DNC) y *Emily's List*.⁵ Además, tras el “efecto *Roma*”,⁶ las fundaciones de Skoll promovieron la discusión pública sobre las condiciones de las trabajadoras del hogar en Estados Unidos, coincidiendo con la campaña de la entonces senadora Kamala Harris en 2019 para aprobar la Ley Nacional de Derechos de las Trabajadoras del Hogar.⁷

Es crucial entender *Roma* como un producto que busca incidir en el espacio público. Más que una película, dada la naturaleza de Participant Media, debe visualizarse como parte de un mecanismo político para impulsar agendas específicas. En este sentido, no debe perderse de vista la vinculación de Skoll, cabeza de la productora, con el Partido Demócrata de Estados Unidos a través de los PACs mencionados.

4 Powering social innovators to transform our world. *Skoll Foundation*. Recuperado de <https://skoll.org/2024/09/25/green-futures-youth-and-climate-positive-growth-in-africa/>

5 D'Souza, D. (7 de abril de 2021). Top donors to Biden 2020 campaign. *Investopedia*. Recuperado de <https://www.investopedia.com/top-donors-to-biden-2020-campaign-5080324>

6 Término acuñado por la prensa para describir cómo *Roma*: 1) Validó a Netflix como plataforma de cine de calidad; 2) Posicionó temas sociales (derechos de trabajadoras domésticas) en agendas políticas; 3) Intensificó la pugna Hollywood vs. *streaming*. Ver: Ximénez (2019); Univisión (2018).

7 Una ley para proteger a las trabajadoras del hogar, ‘las menos visibles y más vitales’ para la economía estadounidense (30 de noviembre de 2018). *Univisión*. Recuperado de <https://www.univision.com/noticias/opinion/una-ley-para-proteger-a-las-trabajadoras-del-hogar-las-menos-visibles-y-mas-vitales-para-la-economia-estadounidense>

Por otro lado, Netflix representa un contraste con Participant Media. Aunque ambas están asociadas al gran capital financiero, Netflix opera con una estructura más industrial y especializada, con oficinas regionales fuera de Estados Unidos. Surgida en 1997 como un servicio de renta de DVD en línea, Netflix compitió inicialmente con los videoclubes de los años noventa.⁸ Sin embargo, a partir de 2007, decidió migrar completamente al *streaming*, abandonando el negocio de soportes físicos y enfocándose en la transmisión de películas mediante transferencia de datos por internet. Este cambio no fue solo tecnológico, sino que marcó el inicio de una disputa comercial y medial con Hollywood, una lucha política por el dominio de las narrativas audiovisuales que culminó con el lanzamiento de *Roma* en 2018.⁹

Durante la segunda década del siglo XXI, Netflix desarrolló la infraestructura para convertirse en una casa productora global,¹⁰ mientras que los estudios de Hollywood buscaron adaptarse al *streaming* y distribuir su catálogo en este formato. Cuando Netflix ingresó al *streaming*, se convirtió en competidor directo de los “grandes cinco” estudios, lo que lo llevó a disputar toda la cadena de producción y distribución, fenómeno que tiene como punto de referencia de expansión global el logro de contenidos transnacionales con el mismo registro de manufactura de Hollywood, como *Roma*.

Las coproducciones binacionales de la industria cinematográfica, surgidas de la reingeniería global a finales del siglo XX, comenzaron a consolidarse hacia los años noventa.¹¹ Netflix aprovechó este diseño industrial e institucional para su expansión medial a partir de 2017. Sin embargo, a diferencia de los convenios paradigmáticos de la “primera globalización” de

8 Espacios de alquiler de películas en formatos asequibles para consumo doméstico, cuyo representante más importante a nivel global era, entonces, Blockbuster.

9 El vuelco de Netflix al *streaming* implicó la desaparición del objeto DVD de la cadena comercial, y con ello, una afectación importante a la configuración de distribución. La conversión de film a DVD, el paso de análogo a digital con fines de reproducción doméstica, era una operación que en la cadena de Hollywood era controlada por los distribuidores de esa misma industria. A partir de 2007 Netflix dejó de ser videoclub y se convirtió en competidor directo de estos distribuidores. Sus adversarios comerciales dejaron de ser los Blockbuster, y comenzaron a ser los grandes estudios de Hollywood. Para entonces, los “grandes cinco” (*Paramount Pictures*, *Sony Pictures*, *Universal Pictures*, *Walt Disney Studios* y *Warner Bros*) no contaban con las condiciones tecnológicas para la reproducción *streaming*, por lo cual Netflix se convirtió en un reto. Por tal motivo, la segunda década de los años dos mil fue el escenario de disputa comercial sobre la distribución en plataformas digitales para los “grandes cinco”: a la par de impulsar las *apps* propias de cada estudio, intentaron asfixiar a Netflix con la restricción de sus catálogos para *streaming*. Motivo que propició que la plataforma se lanzara a hacer producciones originales para ensanchar su inventario.

10 Con tal motivo se lanzó *House of Cards* (Beau Willimon, 2013-2018), la primera gran producción de Netflix.

11 Tanto *Sundance Institute*, como *Focus Features* se convirtieron en nodos de contacto entre las producciones latinoamericanas y las estadounidenses. El primero surgió como una organización sin fines de lucro de Robert Redford para promover el cine más allá del estándar corporativo, el segundo emergió como una productora enfocada en las singularidades culturales de otros países, que concibió estas narrativas como activo comercial para integrar al mercado.

la industria cultural firmados por productoras como el Instituto Sundance o Focus Features, Netflix instaló oficinas regionales en los territorios donde invirtió. Esto permitió una mayor proximidad a los intereses comerciales y políticos locales, un rasgo distintivo frente a las empresas estadounidenses de la “primera globalización”.

Roma fue, para Netflix, la llave para competir con Hollywood en sus propios términos. Sumó a su cartera a un director consagrado en la industria cinematográfica estadounidense, pero también a una figura con un fuerte arraigo en el circuito de festivales y cuya identidad personal y cinematográfica está ligada a una de las regiones más importantes de los mercados globales: México. En este sentido, *Roma* compitió en los premios Óscar no solo por su valor estético, sino también como un proyecto político que enarbó como prioridad en su agenda la distribución vía *streaming*. Y por ello, aunque ganó en varias categorías de los famosos premios de la Academia, encontró resistencia para llevarse el galardón a mejor película, esto, porque era políticamente contraproducente para Hollywood que se llevara ese reconocimiento el representante disruptivo del *streaming*.¹²

Es importante traer a cuenta algunos elementos biográficos de Cuarón para poder visibilizar su posición bisagra en la industria –punto de articulación entre el cine “independiente” y el “industrial”–. La primera película de Cuarón, *Sólo con tu pareja* (1991) –auspiciada por el Instituto Mexicano de Cinematografía (IMCINE), una oficina pública que entonces subvencionaba películas “nacionales”–, fue instrumentalizada por el gobierno como mecanismo diplomático para difundir un México cosmopolita listo para la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte que se dio en 1992. Tras su éxito, derivado en buena medida de la gran promoción que el gobierno de México hizo de su ópera prima en el circuito de festivales, se mudó a Hollywood, donde dirigió dos películas comerciales por encargo: *A Little Princess* (1995) y *Great Expectations* (1998). Aunque estas producciones limitaron su control creativo, le permitieron consolidarse en el circuito de Hollywood.

Mientras se asentó su figura en Estados Unidos, en México, la ley se modificó a finales de los años noventa para permitir la entrada de capital privado y transnacional, lo que impulsó el surgimiento de cadenas comerciales como Cinépolis y Cinemex. Este cambio fomentó la exhibición masiva de productos transnacionales, principalmente estadounidenses (Tierney, 2018). En este contexto, el empresario Jorge Vergara fundó Producciones Anheló, contactó a Cuarón para colaborar en proyectos que respetaran su independencia creativa, y dicho acuerdo dio lugar a *Y tu mamá también* (2001), así como a otras producciones como *El espinazo del diablo* (2001) de Guillermo del Toro y *Crónicas* (2004) de Sebastián Cordero.

Este modelo de trabajo consolidó una red de colaboración entre Cuarón,

12 Jiménez de Sandoval, P. (5 de marzo de 2019). Steven Spielberg carga contra Netflix y reabre el debate sobre el *streaming*. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/cultura/2019/03/05/actualidad/1551772672_420794.html

Del Toro y Alejandro González Iñárritu, quienes buscaron mecanismos similares a los de Hollywood para mantener su independencia creativa con apoyo financiero. Su visibilidad en festivales y premios de la Academia les permitió atraer el interés de Universal Pictures, que financió la creación de Cha Cha Chá Producciones en 2007 a través de su filial Focus Features. Sin embargo, tras la crisis de 2008, decidió no renovar el acuerdo que tenía con los tres cineastas.¹³

Paralelamente, Cuarón fundó Esperanto Filmoj en 2004, una productora que le permitió gestionar sus proyectos personales y colaborar en otros, como *El laberinto del fauno* (2006) de Del Toro. Esta productora representa un mecanismo bisagra, no solo como medio de financiamiento, sino también como espacio de gestión de redes de colaboración. Su consolidación refleja la comprensión de Cuarón de que, para sobrevivir en el entorno global, era necesario contar con una estructura que administrara las relaciones creativas y financieras, lo que le permitió cierta independencia.

Las condiciones de enunciación de *Roma* no pueden entenderse sin considerar dos procesos: la disputa medial entre plataformas digitales como Netflix y Participant Media, y la industria fílmica y televisiva tradicional de Estados Unidos; y en segundo lugar, el arribo a los circuitos cinematográficos de la cultura urbana “clasemediera” mexicana representada por Cuarón y compañía.

Roma está construida de diversos estratos de memoria, los cuales se atribuyen a distintos agentes: por un lado, aparece la memoria infantil del propio Cuarón, por otro, una memoria de la madre soltera, siguiendo la memoria de Cleo –una trabajadora doméstica con origen indígena–; sin embargo, todas ellas están articuladas por esa voz “pasiva”, que nunca aparece protagónicamente, pero que incide de forma determinante a través de la retórica audiovisual y que no es otra cosa más que la mirada del presente de Cuarón, esa mirada colectiva construida desde la autoría compleja que realiza la producción y que está sustentada por ese espacio de transacción global-local.

Roma es un caso paradigmático: aunque se presenta como una película íntima y autoral, su producción estuvo sujeta a dinámicas de poder asimétricas, donde intereses políticos y mediáticos transnacionales –como los de Participant Media y Netflix– determinaron su alcance y recepción. La película no solo buscaba contar una historia personal, sino también incidir en agendas globales, como los derechos de las trabajadoras domésticas en Estados Unidos, en sintonía con el activismo del Partido Demócrata. Esto revela que, más allá de su valor estético, *Roma* fue un vehículo para disputar espacios de poder dentro de la industria, en un momento clave de transición hacia el dominio del *streaming*.

Cuarón, como figura bisagra, logra mediar entre estos intereses, pero no puede escapar de las contradicciones que ello implica. Su mirada sobre Mé-

13 Badillo, J. M. (8 de julio de 2013). Quebró la productora Cha Cha Cha, de los ‘Tres Amigos’ del cine mexicano. *correcamara*. Recuperado de http://www.correcamara.com.mx/inicio/int.php?mod=noticias_detalle&id_noticia=4310

xico está filtrada por su posición privilegiada dentro del sistema hollywoodense y por su pertenencia a una élite cultural urbana que, aunque busca representar memorias marginales (como la de las trabajadoras domésticas indígenas), lo hace desde un lugar hegemónico. Desde esa paradoja es desde donde se constituye el núcleo de este tipo de memoria global que constituye Netflix. Para observar más a detalle cómo se hilvana esto en concreto en el siguiente apartado describiré cómo funciona *Roma* en tanto archivo.

El archivo Roma

Dice Mario Rufer: “[p]ienso que el archivo debería ser analizado más en términos de un hecho social como acción ritual que incluye simbolización, drama y trama, que como ese lugar aséptico donde simplemente descansan los documentos vivos del pasado” (Rufer, 2016, p.182). El archivo ha sido tradicionalmente asociado con una serie de elementos que lo han definido, especialmente desde finales del siglo XIX y durante la primera mitad del XX, como un aparato en el que descansa la veracidad y, casi por consecuencia, el pasado. Sin embargo, en contraste con esta concepción de almacén de hechos, Rufer lo visualiza más como un sistema de comunicación comunitario. Siguiendo esta línea de pensamiento, añadiría que el archivo, más que depósito de verdades, es un dispositivo de mandato, que instituye realidad en tanto dispone de dirección narrativa (Derrida).

Bajo esta perspectiva, entiendo *Roma* como un archivo: un depósito de materialidades de remembranza que estructura memorias y formas de recuerdo, y que dan corporalidad a la realidad histórica. Es en este sentido que le atribuyo su papel como gestor de “imaginación histórica”, como administrador de discursos que materializan “pasado”, y que por ello, opera deliberadamente como mediación de identidades culturales. Para aproximarnos a la naturaleza de este gran depósito de Netflix. En esta última sección me enfocaré en describir el funcionamiento archivístico de Roma.

Dagmar Brunow (2015, 40) plantea un conjunto de operaciones genéricas que realiza un archivo audiovisual. Retomo su propuesta para describir el funcionamiento de Roma, el cual se basa principalmente en cuatro acciones: seleccionar, clasificar, categorizar y catalogar.¹⁴ Estas acciones ocurren

14 «Seleccionar» remite a la acción de elegir elementos (materiales, documentos, registros) que se encuentran dentro de un universo específico y que contienen algún interés por el cual son discriminados. «Clasificar» implica la agrupación de estas selecciones de acuerdo con características arbitrariamente definidas. Podría ser por soporte (si son fotografías, filmes, cintas magnéticas, cassette beta, archivos digitales, etc.), por periodo histórico (si son de los años veinte, si son de un periodo específico como “La revolución mexicana”, etc.), por localización (si son de Argentina, o México, etc.); en fin, por cualquier criterio conveniente a voluntad del proceso de archivación. «Categorizar» es el acto de determinar una posición específica de todas estas clases y elementos dentro de todo el conjunto de materiales, implica jerarquizar; por ejemplo, no necesariamente ocupa una misma posición en el archivo una carta íntima amorosa, que una instrucción militar telegrafiada por un mismo personaje. «Catalogar» entraña el objetivo de construir un mecanismo para que un “externo”, alguien ajeno al proceso curatorial de creación de

de manera compleja, y es problemático determinar cuándo comienza una y termina otra, o si suceden de forma consecutiva o simultánea. Sin embargo sirven para hacer un criterio sobre el proceso.

A partir de esta tipificación, considero que podemos observar el fenómeno de archivación de esta obra cinematográfica en dos fases:

1. Una primera fase, de *documentación*, en la que se toma nota de la existencia de materiales específicos y, por tanto, se *seleccionan* y *clasifican* registros.

2. Una segunda fase, de *orden*, en la cual se jerarquizan y muestran los materiales, lo que implica *categorizar* y *catalogar* todos los elementos documentados en la fase anterior.

La curaduría de archivación de *Roma*: 1) documenta, es decir, toma nota de la existencia de uno o varios materiales, asignándoles un valor de clase. 2) Posteriormente, les da orden, es decir, les otorga un lugar “jerárquico” dentro del conjunto de materiales, un lugar que, a su vez, es rastreable dentro de los demás documentos.

Para *Roma*, la archivación comenzó como un procedimiento “abstracto” que tuvo su génesis en una bitácora personal del propio Alfonso Cuarón, en la cual describe “sensaciones” y “atmósferas” de los espacios de remembranza, y que por este origen, la voz autoral es tan relevante: propongo que el objeto de archivación es la espacialidad del recuerdo. Para explicar cómo se documentan y ordenan los trazos de la espacialidad del recuerdo en *Roma*, divido esta discusión en dos subapartados respectivos a cada uno de los procesos.

La documentación del archivo Roma

La archivación de *Roma*, como ya mencioné, comenzó con un ejercicio personal del propio director, con una bitácora de recuerdos personales. En esta anotó todas aquellas imágenes que aparecían involuntariamente en el transcurso cotidiano de su día, más como un ejercicio de memoria personal que como un proceso creativo cinematográfico. En esta libreta no solo había relatos, sino también, como el cineasta describe, sensaciones de algún espacio, como “la imagen de un mosaico” o “la sensación de un piano”¹⁵ (Andrés Clariond, 2018).

Cuarón reflexiona sobre el proceso fílmico de *Roma*, lo que nos ayuda a entender algunos rasgos de su condición como proceso de documentación de archivo. En sus películas anteriores, comenta, su método de trabajo partía de lo que él denomina “plomería dramática”, es decir, aquellos componentes relacionados con “cómo fluye la información, cómo se distribuye la carga dramática entre los personajes”, elementos generalmente asociados a la narrativa. En cambio, en *Roma*, explica:

archivo, pueda “moverse” y “encontrar” objetos dentro de este conjunto de materiales que fueron seleccionados, clasificados y categorizados.

15 Alfonso Cuarón (2018). Entrevista con Andrés Clariond. En Andrés Clariond (dir.), *Camino a Roma*. México: Netflix.

No había nada de eso. Primero nacieron los momentos que íbamos a retratar, y después se fue dando la historia a partir de esos momentos () Enterarme de esa memoria sin ningún guion y con una línea narrativa muy ligera, en donde lo que fuera de verdad de esta película iba a nacer de esas sensaciones.¹⁶

La experiencia fílmica no se sostuvo en una narración delimitada por un guion, sino que surgió en la propia puesta en escena a partir de esas “sensaciones” de atmósfera registradas en la bitácora personal de memoria. Así, el hábitat condicionó la acción, y la suma de esas imágenes –de esas escenas aparentemente “aisladas”– fue construyendo el hilo narrativo: “[d]e pronto era el estar seguro de que, al montar una escena, podía tener la sensación, al menos yo, no el espectador, de tiempos, de espacios, de olores que yo recordaba” (Cuarón, 2018).

Para observar este hábitat de la infancia, es importante dividir en dos categorías el archivo que documenta la producción de *Roma*. El primer modo de archivación alude a un proceso más tradicional de recolección, en el que se seleccionaron objetos de época, muebles, juguetes, aparatos domésticos, etc. El segundo implicó un proceso de (re)producción o (re)construcción de todos aquellos materiales que ya no estaban disponibles:

a) Archivo de objetos de época

Para escenificar los espacios de hábito, se consiguieron objetos originales. El caso más destacado fue el de la casa familiar. Cuarón comenta que se recuperaron entre un 70% y 80% de los muebles originales de su hogar: “Había muebles en Colima, en Tijuana, en Veracruz. Fue pedir prestado a los distintos familiares () y de los que ya no conseguimos, se hicieron reproducciones idénticas. Eso es lo que hizo Eugenio Caballero [director de arte]” a partir de fotografías.

Otro caso notable fue la reconstrucción de una de las plantas de un edificio del Centro Médico del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS). La producción de *Roma* rentó uno de los edificios del mismo instituto, que se utilizaba como bodega. De allí se extrajo toda la mueblería que decoró el IMSS que aparece en la película. La planta, convertida en set de filmación, fue reconstruida a partir de los materiales almacenados en esa bodega. Incluso se extrajeron los pisos mejor conservados de otras plantas del edificio para adecuarlos al piso donde se filmó.

Este diseño de producción va más allá de un proceso tradicional de la industria cinematográfica. Las escenas no intentan construir la realidad que describe el guion, sino que buscan ser registros fílmicos de esos espacios y objetos del pasado. Esta divergencia es crucial, ya que condiciona los modos de producción. Hubiera sido más eficiente reconstruir la casa y los entornos en un set con ayuda de CGI (imágenes generadas por computadora), pero esta opción no se consideró porque imposibilitaba el registro de aquello que fue material espacial de remembranza. Por eso se optó por filmar en los lu-

¹⁶ *Ibid.*

gares originales y solo cuando esto no fue posible por cuestiones logísticas, se utilizaron locaciones artificiales, reconstruidas de manera idéntica y lo más fiel posible a los espacios originales, basándose en fotografías.

Un aspecto importante para reflexionar en este proceso es que, aunque hay un registro de materiales originales, como el mismo Cuarón menciona, lo que no se recuperó se reprodujo de manera idéntica a partir de fotografías. Esto plantea la pregunta: ¿hasta qué punto es válido considerar como proceso de archivación la creación de “reproducciones idénticas”?

b) Archivo de espacios urbanos

Es claro que la recolección de objetos originales de la casa familiar y de una oficina del IMSS, junto con su registro filmico, puede considerarse un proceso de archivación (hay una selección, clasificación y categorización de un material específico). Sin embargo, es más difícil sostener esta afirmación cuando lo que hay es una reproducción “idéntica” y no un objeto “original”. Esto no solo aplica a objetos físicos, sino también a reconstrucciones sonoras, como el sonido del avión, el carrito de los tamales, la banda musical que tocaba junto a la casa familiar, o la recreación de la atmósfera sonora a la salida del cine Metropolitan, que incluye frases de vendedores ambulantes.

Para ilustrar la complejidad de estas reconstrucciones, consideremos la escena del cruce entre la Avenida Insurgentes y Baja California. Para recrear este espacio, se utilizaron predios que funcionaban como almacenes en una zona industrial al norte de la Ciudad de México. No solo se reconstruyeron las fachadas, sino también los interiores visibles desde el exterior.

Cuarón comenta en el documental de Clariond: “Yo venía con una historia en la memoria, y en la memoria todo es pequeño. Cuando llegas y tratas de aterrizar, te das cuenta de que se requiere toda una logística y también toda una transformación de lugares y espacios”.¹⁷ En este sentido, podríamos decir que el proceso de archivación, desde el cual se remedian trazos, improntas y formas, también tiene un imperativo creador. Si tomamos en serio la condición curatorial del archivista, podemos comprender estas palabras de Cuarón relativas a la “intervención”, “transformación” y a la agencia creadora en el proceso de remembranza.

Así, este proceso de archivación urbana no debe entenderse solo como una recolección de materiales originales, sino también como una producción o creación de objetualidades, reconstruidas a partir de experiencias mediadas que remiten a ese tiempo y espacio. Se utilizaron otros medios disponibles, como fotografías e imágenes, para recrear aquellos objetos que ya no existían. De esta manera, las reproducciones “idénticas” se convierten en objetos de archivación.

Cuarón afirma que más que rescatar relatos del pasado buscaba recuperar la parte sensorial de ese pasado: “En el espacio está la esencia de las cosas. El tiempo ha pasado, pero el espacio no. El tiempo no lo podemos recuperar. Nuestra percepción del espacio permanece más tiempo que el

¹⁷ Alfonso Cuarón (2018). Entrevista con Andrés Clariond. En Andrés Clariond (dir.), *Camino a Roma*. México: Netflix.

tiempo; el tiempo se esfuma inmediatamente” (Ibid.). Tal vez por ello, los elementos que más le interesó archivar en la producción de *Roma* fueron aquellos “objetos” que producían esa experiencia sensorial.

En este proceso de documentación de archivo estuvieron involucrados los distintos departamentos que trabajan principalmente en las etapas de preproducción y producción: Diseño de Producción, Dirección de Arte, Decoración de Set y Diseño de Vestuario. El equipo responsable de esta primera etapa de “selección” de material estuvo conformado principalmente por Alfonso Cuarón, Eugenio Caballero (como director del departamento de Diseño de Producción) y Bárbara Enríquez (como directora del departamento de Decoración de Set).

Respecto a este momento de realización, Cuarón comenta en el documental de Clariond:

En el departamento de arte no era una cuestión de listados, se convertía mucho más en una cuestión de abstracciones. De que ellos, Eugenio (diseñador de producción) y Bárbara (decoración de set), utilizaran sus propias herramientas de memoria para hacer la interpretación de lo que yo les estaba pidiendo. Lo que sucede es que empieza a haber un diálogo mucho más abierto y amplio que reducir a lo que está en la página.¹⁸

Los rasgos de archivación de la película adquieren así un mayor peso significativo porque fueron compartidos en distintos niveles de realización y remembranza. Comienza la selección con una bitácora personal, pero se clasifican y se convierten en documento al pasar por las decisiones operativas de los demás involucrados en la construcción de espacios. El proceso personal se vuelve comunitario precisamente a partir del tratamiento del material. Las “abstracciones” a las que se refiere Cuarón, mediante las cuales comunicaba sus recuerdos afectivos, crearon las condiciones para que en la selección del material de archivo se potenciaran los trazos desde la memoria de Caballero y Enríquez. La archivación, el trazo, se convirtió en un ejercicio comunitario.

El criterio para seleccionar los materiales a archivar fue el siguiente: aquellos que tuvieran una relación habitual y espacial con el recuerdo. El rango de esta selección fue amplio, ya que abarcó distintos espacios de hábito. Aquí podrían sugerirse ciertas clases: los espacios domésticos, por un lado, los de la familia y, por otro, los de las trabajadoras del hogar; otra clase son los lugares laborales, como el IMSS; los de entretenimiento, como el Metropolitano; y los de tránsito, como las calles de la Ciudad de México.

El ordenamiento del archivo en Roma: la visualidad de los espacios

En *Roma*, parece que ciertos recursos cinematográficos como los *dolly out/in* y los *close-ups* están deliberadamente ausentes. Estas técnicas, que suelen remitir a la narración personal o a la experiencia subjetiva de un

¹⁸ Alfonso Cuarón (2018). Entrevista con Andrés Clariond. En Andrés Clariond (dir.), *Camino a Roma*. México: Netflix.

personaje específico (Caseti, 1995, pp. 235-255), son reemplazadas por una visualidad dominada por dos recursos principales que problematizan la noción tradicional de “subjektividad”: (1) los *pannings* abiertos, que son el movimiento de cámara predominante, y (2) los *plano-secuencias*, que se emplean de manera reiterativa. En muchas ocasiones, estos dos recursos se combinan para crear secuencias completas.

Para profundizar en la retórica cinematográfica, retomo a Caseti y Di Chio. Los *pannings* son movimientos de cámara que siguen en paralelo la acción de los personajes. En *Roma*, estos movimientos a veces consisten en giros sobre el eje de la cámara, que en algunos casos superan los 180°, y otras veces son desplazamientos en línea recta, manteniendo una distancia constante respecto a la dinámica de los personajes. Estos movimientos permiten contextualizar la acción, ya que sitúan al espectador en el espacio donde esta se desarrolla: la calle, la casa, el lugar de trabajo, la playa. La mirada que se construye está “fuera” de la agencia de los personajes; es una observación de segundo grado que visualiza el lugar que estos miran y cómo interactúan entre sí.

Por su parte, los *planos secuencia* son tomas largas sin cortes que hacen congruentes el tiempo de la escena, el de la cámara y el del espectador. Aunque estos tres tiempos no son necesariamente “iguales”, la sensación del ritmo fílmico suele construirse en la sala de edición, durante el montaje. En este proceso se construye la narratividad y la percepción del tiempo, por lo que la experiencia temporal de los actores, la cámara y el espectador no siempre coincide. Sin embargo, en *Roma*, el uso de los *planos secuencia* logra que estos tres puntos de observación (escena, cámara, espectador) compartan una experiencia temporal común. La temporalidad de la representación visual en pantalla es la “misma” que la del espectador en la sala, lo que implica una relación más cercana o “auténtica” con lo representado. Al ser temporalmente congruente, la observación del espectador hace perceptible que el espacio de los personajes es el suyo, no algo ajeno. Esto teje una experiencia inmersiva.

Ambos recursos son centrales para la experiencia realista de la película. Por un lado, los *pannings* apuntan a una relación pasiva con la acción, una mirada que no interviene en los acontecimientos visualizados; en este sentido, podríamos calificarla de “objetivista”. Por otro lado, los *planos secuencia* crean una experiencia inmersiva del acto de mirar, que acerca profundamente al observador con el “objeto” (los materiales archivados). Estos dos recursos forman gran parte del código de archivación de la película: no se trata solo de observar objetos del pasado, sino de experimentarlos de manera inmersiva, sin intervenir en los espacios. La experiencia no es una mirada aséptica; por el contrario, está profundamente involucrada en lo que sucede, pero sin trastocarlo.

Para profundizar en este aspecto, es importante mencionar el soporte visual elegido para *Roma*. Cuarón explica que la fotografía en blanco y negro,

aunque ambientada en 1970, no podría haberse realizado en esa época. En lugar de ocultar el formato digital, la película lo abraza por completo: es una película en blanco y negro, digital, en 4K y 65 mm. Esto resulta en una imagen prístina, sin grano, lo que constituye un lenguaje visual propio del siglo XXI. Cuarón no buscaba una fotografía nostálgica, sino una que pareciera contemporánea, pero en blanco y negro. Este enfoque refuerza la idea de que la inmersión en esos espacios se realiza desde una retrospectiva del presente: una mirada pasiva que no interviene, pero que actúa desde el 2018.

Dagmar Brunow, al hablar de la memoria cultural, señala que muchos archivos de memoria pretenden ser “transparentes”, presentándose como una ventana al pasado y creando la ilusión de una memoria “no mediada” (Brunow, 2015, p. 36). *Roma* se aparta de este esquema al exhibir explícitamente su proceso mediático. La película mira el pasado con el filtro del presente, mostrando aquello que interesa desde la perspectiva actual.

Para concretar estos aspectos, me centraré en una secuencia específica: la representación del “Halconazo”, la represión estudiantil del 10 de junio de 1971 en la Ciudad de México. Este evento, en el que participaron infiltrados conocidos como “halcones”, es representado en *Roma* con un diseño visual que combina elementos factuales y ficcionales. La escena incluye detalles como el lugar original de la represión, la mueblería desde donde se observa la acción, y la indumentaria de los represores, todos ellos basados en imágenes registradas durante el evento. Sin embargo, esta factualidad es observada desde un contexto ficcional diseñado por la dirección artística.

Cuarón, en la entrevista con Clariond, menciona que desde niño quedó impactado por cómo vivieron el suceso las personas que observaron los eventos desde la mueblería. Esta inquietud, surgida de las fotografías que vio en su infancia, lo llevó a reconstruir el espacio para ofrecer una respuesta conjetural a esa pregunta íntima. La secuencia del Halconazo se construye desde un acto creativo que, en palabras de Hayden White, podría definirse como “ficción”: “(...) todo lo verazmente dicho acerca de su efectividad, más todo lo que puede ser dicho verazmente acerca de lo que podría posiblemente ser” (White, 2010, p. 170). Las imágenes de *Roma* no buscan afirmar lo que ocurrió, sino curar un archivo que registra las mediaciones sociales del acontecimiento, y por lo tanto construye un recuerdo que, aunque no se vivió directamente, se sintió afectivamente.

La secuencia está integrada en la trama familiar de la película. Cleo y la Sra. Teresa (la abuela de la familia) van a comprar una cuna para el bebé de Cleo, quien quedó embarazada tras una relación con Fermín, un joven que luego se unió a los Halcones. La secuencia se divide en tres momentos: (1) la llegada a la mueblería, donde se percibe el ambiente de la manifestación estudiantil; (2) la estancia en la mueblería, donde el conflicto irrumpe y Fermín apunta con un arma a Cleo; y (3) la salida, donde se aprecia el caos y la violencia dejados por la represión.

El lenguaje visual emplea *pannings* para enmarcar la acción. El primero sigue a Cleo y la Sra. Teresa, mostrando el contexto del espacio público. El segundo, dentro de la mueblería, comienza con un plano de objetos cotidianos del hogar y culmina con un giro de 180° que revela el espacio completo de la tienda. Este movimiento de cámara va de lo privado a lo público, rompiendo abruptamente cuando la violencia irrumpe en el interior. La secuencia culmina con el encuentro entre Cleo y Fermín, y el inicio del parto de Cleo, que termina trágicamente en la siguiente escena.

Los personajes, aunque ficticios, funcionan como un mecanismo de clasificación de los materiales de archivo. El drama de los personajes y el desplazamiento de la cámara actúan como un código que organiza los registros archivados en la película. Así, la mueblería, la calle, las imágenes de prensa y otros elementos se integran en una narrativa que permite al espectador experimentar la espacialidad del pasado desde una perspectiva íntima y social.

Roma se vale de su carácter creativo en relación con la “reproducción idéntica” de materiales de archivo. Alfonso Cuarón emplea la función poética de la cámara para lograrlo: no busca falsificar ni exagerar lo sucedido el 10 de junio de 1971, sino ser congruente con la “imagen” histórica construida en la memoria colectiva. A través de la “voz” de la cámara, ordena el archivo y da forma a la representación del pasado. Así, el espectador de esta película-archivo no se enfrenta a las imágenes como puntos de llegada que verifican el pasado, sino como puntos de partida para comprender el sentido histórico implicado en aquella vivencia.

Roma, concebida como una película-archivo, reúne huellas materiales que permiten una apropiación o interpretación sensorial de aquellos espacios y, en particular, del lugar donde ocurrió el “Halconazo”. Su código de archivación busca hacer legible, para un observador ajeno a ese momento histórico, cómo ese evento colectivo borró la frontera entre lo público y lo privado: la vida pública irrumpe en la privada sin distinción de posición social. Esta estrategia adopta una mirada “pasiva” (u objetual), siempre distante y contextualizada en el espacio, quizá para tratar el material con justeza. Sin embargo, la observación se lleva a cabo con plena conciencia y agencia desde el presente, con un interés anclado en la actualidad.

¿Quién custodia el pasado? Afectividad e industria en la construcción de memoria

El archivo *Roma*, como hemos visto, opera en un doble registro: por un lado, documenta lo sensible –la espacialidad íntima de la memoria infantil de Cuarón, reconstruida a través de objetos, sonidos y atmósferas– y, por otro, ordena lo histórico mediante una retórica visual que privilegia la inmersión sobre la subjetividad. Los planos secuencia y *pannings* no solo organizan los materiales archivados (calles, mueblerías, imágenes del Halconazo), sino que construyen una experiencia afectiva del pasado, donde el espectador habita –sin mediaciones evidentes– los espacios que Cuarón evoca. Esta estrategia responde a lo que Brunow (2015) identifica como la

paradoja del archivo audiovisual: su capacidad para simular transparencia mientras revela su propia mediación.

Crucialmente, este efecto inmersivo no es ingenuo: se sostiene en las condiciones intermediales que analizamos previamente –la negociación entre Netflix (capital transnacional) y Esperanto Filmoj (capital local)–. La “autenticidad” sensorial de *Roma* es posible precisamente porque su producción combinó recursos globales (tecnología digital 4K, distribución algorítmica) con saberes locales (el equipo mexicano de diseño de producción, la memoria corporal de Cuarón). Así, lo afectivo se vuelve el núcleo de un archivo que es, simultáneamente, personal y político: la emoción individual ante un mosaico o un piano resuena con violencias colectivas como la represión de 1971, pero esta resonancia está filtrada por la infraestructura industrial de Netflix.

En última instancia, *Roma* como archivo no preserva el pasado, sino que lo reimagina desde un presente globalizado, donde la memoria ya no es territorio de historiadores o Estados, sino de plataformas que curan –y comercializan– lo “local”. La pregunta que deja abierta esta sección es si esa reimaginación, pese a su poder inmersivo, puede escapar a lo que Derrida llamó el “mal de archivo”: la inevitable exclusión que toda preservación conlleva.

A modo de conclusión

Roma de Alfonso Cuarón no es solo una película, sino un archivo audiovisual que condensa las tensiones entre lo local y lo global, entre la memoria íntima y la memoria colectiva, entre la autenticidad doméstica y los intereses transnacionales. A través de un análisis intermedial e intramedial, este artículo ha explorado cómo la cinta opera como un repositorio de memoria cultural donde Netflix –como plataforma hegemónica– articula narrativas históricas desde una lógica afectiva e inmersiva, pero también desde una estructura de poder asimétrica.

El primer apartado reveló que las condiciones de enunciación de *Roma* estuvieron determinadas por la coparticipación de dos capitales: uno transnacional (Netflix y Participant Media) y otro local (Esperanto Filmoj). Esta dinámica, lejos de ser neutral, responde a la estrategia de Netflix para posicionarse como gestor de memorias “glocales”, donde lo mexicano se vuelve legible –y consumible– para audiencias globales, bajo parámetros industriales y políticos definidos desde centros de poder externos. Participant Media, con su agenda filantrópica vinculada al Partido Demócrata estadounidense, y Netflix, en su disputa por dominar el mercado del *streaming*, convirtieron la película en un vehículo para intervenir no solo en la arena estética, sino en los imaginarios sociales transnacionales. Cuarón, como figura bisagra, negoció estos intereses, pero su mirada –aunque emotiva y personal– no escapó a las contradicciones de representar lo marginal (la trabajadora doméstica indígena) desde un lugar privilegiado en la industria.

El segundo apartado exploró el funcionamiento archivístico de *Roma*. La película no solo documenta objetos y espacios del México de los setenta, sino que los reordena mediante una retórica visual que privilegia la inmersión sensorial (planos secuencia, *pannings*) sobre la subjetividad tradicional. Este enfoque, lejos de ser ingenuo, construye lo que Astrid Erll denomina memoria cultural como un proceso mediado, donde la representación y la materialidad se articulan para producir significados históricos específicos. Así, el archivo *Roma* no preserva el pasado, sino que lo reinterpreta para un presente global, donde la violencia política y las desigualdades de clase se vuelven universales –y, por tanto, comercializables–.

En conclusión, *Roma* ejemplifica cómo las memorias locales son mediadas y globalizadas por plataformas como Netflix, que las estandarizan sin borrar del todo su aparente autenticidad. Este proceso no es meramente técnico o financiero, sino profundamente político: implica decisiones sobre qué memorias se preservan, cómo se jerarquizan y para quiénes se vuelven accesibles. La película, entonces, no es solo un ejercicio de nostalgia personal, sino un artefacto de memoria global que refleja las tensiones de la era digital: entre lo íntimo y lo industrial, entre lo nacional y lo transnacional, entre el archivo como testimonio y el archivo como *commodity*.

Este caso invita a reflexionar, en el campo de los estudios de memoria, sobre el papel de las plataformas digitales en la construcción de imaginarios históricos. ¿Puede un repositorio corporativo como Netflix albergar memorias genuinamente críticas? ¿O su lógica comercial inevitablemente las homogeniza? *Roma* no resuelve estas preguntas, pero las visibiliza, mostrando que la memoria cultural en el siglo XXI ya no se debate solo en museos o libros, sino también –y quizá sobre todo– en algoritmos y pantallas.

Bibliografía

- Assmann, J. (1992). *La cultura de la memoria: escritura, recuerdo y política en las sociedades antiguas*. Barcelona: Paidós.
- Brunow, D. (2015). *Remediating Transcultural Memory. Documentary Film-making as Archival Intervention*. Berlín: Walter de Gruyter.
- Cassetti, F. y Di Chio, F. (1991). *El punto de vista, formas de mirada, los recorridos de la mirada*. En *Cómo analizar un film* (pp. 235-255). Barcelona: Paidós.
- Derrida, J. (1997). *Mal de archivo: Una impresión freudiana*. Madrid: Trotta.
- Fossati, G. (2009). *From Grain to Pixel*. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Caracas: Universidad de Concepción.
- Higbee, W. y Lim, S. H. (2010). *Concepts of transnational cinema: Towards a critical transnationalism in film studies*. En *Transnational Cinemas* (pp. 8-9). Exeter: Intellect Limited.
- Kansteiner, W. (2018). *History, memory, and film: A love/hate triangle*. Me-

- mory Studies*, 2, 131-132.
- Korhonen, K. (2002). *Tropes for the Past: Hayden White and the History/Literature Debate*. Amsterdam: Rodolpy.
- Lobato, R. (2019). *Netflix Nations: The Geography of Digital Distribution*. Nueva York: New York University Press.
- Nora, P. (2008). *Les lieux de mémoire*. Montevideo: Trilce.
- Pappe, S. (Coord.). (2004). *La modernidad en el debate de la historiografía alemana*. México: UAM-Azcapotzalco.
- Rosenstone, R. (1997). *El pasado en imágenes: El desafío del cine a nuestra idea de historia*. Barcelona: Akal.
- Rosenstone, R. (1995). *Visual History: An Image of History in the Age of Electronic Reproduction*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Rufer, M. (2016). El archivo: de la metáfora extractiva a la ruptura poscolonial. En F. Gorbach (et al.) (Coords.), (in)disciplinar la investigación: archivo, trabajo de campo, escritura (pp. 160-182). México: Siglo XXI.
- Sánchez Prado, I. (2014). *Screening Neoliberalism: Transforming Mexican Cinema, 1988-2012*. Nashville: Vanderbilt University Press.
- Seydel, U. (2014). La constitución de la memoria cultural. *Acta Poética*, 35(2), 205. México: UNAM.
- Tierney, D. (2018). Introduction y 'From Hollywood and Back': Alfonso Cuarón's adventures in genre. En *New Transnationalisms in Contemporary Latin American Cinema*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Tierney, D. (24 de diciembre de 2018). Dossier especial de Roma. *Mediático*. Recuperado de <https://reframe.sussex.ac.uk/mediatico/2018/>.
- Univisión. (30 de noviembre de 2018). Una ley para proteger a las trabajadoras del hogar, "las menos visibles y más vitales" para la economía estadounidense. Univision. Recuperado de <https://www.univision.com/noticias/opinion/una-ley-para-proteger-a-las-trabajadoras-del-hogar-las-menos-visibles-y-mas-vitales-para-la-economia-estadounidense>.
- White, H. (2018). *El pasado práctico*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- White, H. (2010). *Historia ficcional, ficción histórica y realidad histórica*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

.Reseñas

Desde diferentes líneas analíticas y perspectivas teóricas, cada uno de los cinco libros reseñados abonan, y al mismo tiempo expanden, las discusiones que recorren el campo de estudios sobre Memoria. En este sentido, las autoras y autores de las reseñas centran su mirada en los aportes singulares de los trabajos presentados en esta sección.

El libro de Mariana Tello Weiss, *Fantasmas de la dictadura: Una etnografía sobre apariciones, espectros y almas en pena*, nos propone un abordaje novedoso y disruptivo sobre los efectos de la desaparición forzada en Argentina. Desde una perspectiva antropológica, y haciendo especial foco en la dimensión espectral (escasamente estudiada) de la violencia de Estado, la autora analiza el modo en que esas muertes singulares (por su condición liminal, suspendida) sacuden y asedian el mundo de los vivos. Fantasmas, espectros, terrores sobrecogedores, forman parte de una trama analítica que tensiona y complementa aquellos sentidos más “estables” y “racionales” con los que se había abordado, hasta ahora, el terrorismo de Estado. Es allí donde hace especial énfasis Ana Longoni, en su texto elaborado para la presentación del libro, en junio de este año, y que aquí se reproduce. “Están por acá”, afirma Longoni, con todo el peso que adquiere el hecho de aceptar y hacernos cargo de que los muertos (no cualquier muerto: las y los desaparecidos) están y seguirán estando siempre, de manera fantasmática, entre nosotros.

En *Anatomía de una mentira. Quiénes y por qué justifican la represión de los setenta*, Hernán Confinio y Rodrigo González Tizón abordan críticamente aquellas voces y sectores que, lejos de impulsar lecturas negacionistas del pasado, han relativizado e incluso justificado la violencia estatal del período. A partir del análisis de diferentes tópicos, como la apelación a la

figura de la “guerra”, las disputas sobre la categoría de “víctimas”, el cuestionamiento a la cifra “30 000” y la impugnación a la violencia de las organizaciones armadas, los autores identifican y desarman un conjunto de discursos que, si bien no son nuevos, asumen hoy mayor visibilidad y legitimidad en la escena pública. De esta manera, y como destaca Santiago Cueto Rúa en su reseña, “muestran que estas voces no pretenden una revisión crítica del pasado, ni completar una memoria para incluir en el panteón de las víctimas a personas que efectivamente merecen ser incorporadas, sino deslegitimar las militancias y las políticas públicas que habilitaron que nuestra sociedad haya tramitado su pasado reciente mediante un proceso de justicia que resultó ejemplar”.

Santiago Garaño, por su parte, pone también el foco en actores ajenos –e incluso antagónicos– al campo de la memoria y los derechos humanos. En *Deseo de combate y muerte. El Terrorismo de Estado como cosa de hombres* y centrado en el escenario del Operativo Independencia, en la provincia de Tucumán (1975), el autor se adentra en el análisis del universo castrense para comprender cómo fue posible, desde la perspectiva de los represores, la ejecución de tal violencia estatal, criminal y clandestina. A partir del abordaje de fuentes diversas, el estudio identifica la conformación, a nivel individual y grupal, de una disposición afectiva y emocional por parte de los integrantes de las Fuerzas Armadas al ejercicio de la violencia. Calificándolo en su reseña como “un poderoso vehículo de memoria” y como “una excelente herramienta para una pedagogía de la memoria”, Joan Portos profundiza en el recorrido analítico del texto y advierte, ante todo, su potencialidad interpretativa en el presente; en particular, para “pensar los actuales procesos de construcción del adversario político como enemigo y como otredad”.

El libro *Perseguidores y perseguidos. Estudios sobre género, trabajo y represión en la historia argentina reciente* es una obra colectiva en la que se analizan, desde la perspectiva de género y su cruce con el mundo del trabajo, diferentes contextos históricos, experiencias de militancia y procesos represivos. Haciendo foco en espacios sociales diversos (laborales,

sindicales, políticos, represivos, domésticos), el libro ofrece herramientas conceptuales sólidas para el estudio del género, en su relación con las clases sociales y la violencia. Como bien establece Cristina Rama, un aporte de este tipo cobra centralidad en la actual coyuntura: “En un contexto en el que las derechas buscan reescribir el pasado desde perspectivas negacionistas, este libro reafirma la potencia política del conocimiento histórico fundado en la evidencia, el análisis crítico y el compromiso democrático, por lo que su lectura es imprescindible para quienes deseen entender las raíces estructurales de la represión en la Argentina y sus persistencias simbólicas en el presente”.

La compilación de Ana Sofia Jemio, Silvia Gabriela Nassif y Daniela Wieder, *Fronterita cuenta su historia*, es el resultado de un trabajo colectivo de investigación, extensión y transferencia en el sur del territorio tucumano. En sus páginas, la historia local y las biografías de las y los habitantes de “Fronterita” –localidad azucarera devenida en un espacio signado por el terror y la violencia cuando, en 1975, el ingenio homónimo se convirtió en centro clandestino de detención– asumen una voz propia. Lo hacen en la coyuntura singular del juzgamiento de los delitos de lesa humanidad allí cometidos, que moviliza y reorganiza sentidos, recuerdos y prácticas. Situado en y comprometido con un territorio atravesado por el terror y la resistencia, el libro visibiliza el carácter local de un poder reticular y pretendidamente totalizante. Como afirma Constanza Cattaneo, “rescata los testimonios y relatos mediante los cuales se puede reconocer las múltiples dimensiones del genocidio y las formas en que el terrorismo de Estado afectó no sólo a los individuos, sino a toda una comunidad laboral y social”.

Libros y reseñas nos ofrecen, entonces, estudios y reflexiones sólidas que esperamos despierten, nuevamente, el interés de las/os lectoras/es.

Están por acá

ANA LONGONI*



Acerca de *Fantasmas de la dictadura. Una etnografía sobre apariciones, espectros y almas en pena*, de Mariana Tello Weiss. Buenos Aires, Sudamericana, 2024, 352 páginas.

Lo que quedó afuera

Es lunes temprano. Un joven lleva horas esperándola desesperado cuando Mariana Tello Weiss llega a trabajar a La Perla, ex centro clandestino de detención de Córdoba.

El día anterior, él y su sobrinito cruzaron sin permiso el alambrado y recorrieron el sitio de memoria cerrado hasta que sonó la alarma del auto. Antes de irse se tomaron una foto. En ella, apareció nítidamente al lado de ellos una muchacha con flequillo.

Él sabe que se trata de una desaparecida y quiere saber quién es, cómo se llama, qué le está diciendo, qué quiere que haga. Mariana lo contiene, recorre con él un álbum de fotos de secuestrados en ese centro clandestino. Pueden ser varias de ellas o ninguna. “Pero, qué quiere que haga”. Mariana le dice: “solo quiere que no la olvidemos”.

Mariana es hija de Azizita Weiss, una militante asesinada con ella bebé a upa en 1976, y es antropóloga. Reunió durante muchos años, veinte o más, historias como ésta, que le sucedieron a ella, a su hijo, a sus amigas, a mucha otra gente conocida y desconocida. Fue componiendo una etnografía impactante y audaz que bucea entre fantasmas a partir de sueños, de sucesos desconcertantes, de extrañas señales, ruidos, luces que se apagan, de indicios sensibles que manifiestan lo ocultado, lo insepulto, lo irresuelto que nos legó el terrorismo de Estado. Si las muertes violentas, la ausencia de cuerpos y tumbas, la imposibilidad de duelo son condiciones inherentes de la siniestra figura de la desaparición, lo que propone este libro es asumir y atender a las señales de nuestra inevitable convivencia con los espectros.

Hace tiempo Mariana me contó la historia del muchacho llorando por la muchacha apareciendo inesperada en la foto en La Perla, y cada vez que vuelvo a ella no puedo evitar que se me erice la piel. Y aunque no la incluyó en el libro *Fantas-*

.....
* Investigadora del CONICET y profesora en la UBA y otras universidades. Impulsora de la Red Conceptualismos del Sur.

mas de la dictadura quiero empezar por compartírselas porque es lo primero que me contó acerca de esta investigación. Hubo muchas historias como esta que ella vivió o escuchó y registró cuidadosamente en su etnografía espectral, mucho tiempo antes de decidir escribir este libro. Son tantas que desbordaron la posibilidad de encontrar todas lugar en el formato de un libro y quedaron por allí, reverberando. Son historias fantasmas de fantasmas.

La tapa

Quiero seguir por la belleza y la agudeza de la portada del libro, basada en la foto de Gabriel Orge, que se titula “Apareciendo a Azize Weiss”. Quien está apareciendo en una trama de hilos es la madre de Mariana, su proyección inestable y movediza, apareciendo y desapareciendo, evanescente, disuelta y a la vez claramente presente. Que esté en la tapa no sólo es un entrañable y amoroso homenaje, es una invocación espectral, es parte del conjuro repetido todo el tiempo, todas las noches, para lograr dormir, burlar el insomnio y el desasosiego.

Las fotos (y sus usos múltiples, íntimos y públicos) son, además, clara señal de una persistencia, otro modo de seguir estando entre nosotrxs, inquiriendo por un lugar, pulsando ejercicios de memoria personales y colectivos. Como un juego de cajas chinas, muchos de los proyectos fotográficos que abordan la desaparición son fotos de fotos, fotos con fotos. Y es que la fotografía en tanto invocación de lxs ausentes evidencia la inquietante dimensión de espectralidad de esos rostros que demandan desde pancartas en manifestaciones, memoriales en las calles o altares domésticos no ser olvidados. Como señala Luis García sobre las fotos de personas desaparecidas:

No vuelven vivos, pero *vuelven como fotos*, es decir, estas fotos comienzan a hablar ya no tanto, o al menos, ya no sólo de la *vida previa* de los desaparecidos, cuanto de su *vida posterior*, de su *vida póstuma*, de su *sobre-vida*, de su *re-aparición*: testimonian ya no sólo algo que fue, sino algo que volverá y está siempre regresando. Estas fotos podrían ser pensadas no sólo como *índice* de lo que fue, ni como reliquia de lo que ya no va a ser más, sino también, y sobre todo, como *sopORTE material de lo que retorna*. (...) Futuro anterior.¹

Este libro empieza dos veces con un sortilegio; volverla paisaje, nombrarla. Nombrar es un modo de no olvidarlos pero también de hacer carne, hacer voz su presencia. Su otro modo de estar. Escribir un libro como un modo de ese encuentro con los espectros, con esa fantasma. El cuerpo del libro (luego de un capítulo introductorio) empieza así: “El 12 de julio de 1976 mi madre fue asesinada por policías y militares, en la puerta de nuestra casa en San Miguel de Tucumán, conmigo en brazos”. Esa condición (auto)biográfica, ese pacto amoroso está sobrevolando todo el libro y a la vez se abre generosamente a albergar muchas otras historias. Historias que se corren del centro y suceden en parajes muy distantes y raramente mirados, en Reyes y en Ledesma (Jujuy), en Famaillá y Tucumán, en el Barrio Sarmiento a orillas del río Matanza, una villa del conurbano bonaerense.

Pienso en el gesto de Pilar Calveiro al escribir *Poder y desaparición*. Discreta,

¹ García, Luis Ignacio, “Espectros: fotografía y derechos humanos en la Argentina”, Santiago de Chile, La Cebra; *Papel Máquina*; 8; 10-2013; 131-147.

Pilar apenas refiere a su propia historia y no cuenta su secuestro y desaparición, se aleja del relato autobiográfico en primera persona del singular, para componer un patchwork, reconstruye un universo velado, negado, el dentro del campo de concentración y su modo de diseminarse por todos lados, paralizando a una sociedad entera en ese saber/no saber.

Mariana también configura un ejercicio colectivo pero no omite arrancar por su propia fantasma. Hacerla nuestra. Darle lugar.

Pienso que quizá haya en ese desplazamiento donde las propias razones biográficas (o más que razones, afectos) son el motor de una investigación, un movimiento generacional, el lugar distinto al de la generación de los setenta, el de sus HIJOS e hijas.

Vuelvo a la fotografía de Gabriel Orge, pensando en cómo la fotografía viene siendo una potente herramienta de memoria, un modo de encuentro entre generaciones. Lucila Quieto, militante de HIJOS, arrancó en 2001 su proyecto “Arqueología de la ausencia” a partir del vacío de una foto en su álbum familiar, la de ella y su papá, una foto imposible, porque su papá desapareció meses antes de que ella naciera. La falta ha sido motor del proyecto. El procedimiento es sencillo y no disimula su condición de artificio, de ficción: elegir alguna foto querida del padre o madre desaparecidx, y proyectarla como diapositiva sobre la pared. En esa escena se cuele el/la hijx, y Lucila fotografía ese encuentro. Se provoca entonces la irrupción de un tiempo imposible, negado: un momento (un abrazo, un diálogo, un contacto) entre padres/madres e hijxs. Ese tiempo en que es posible el encuentro entre lxs desaparecidxs y sus hijxs no es el del pasado ni el del presente, sino un tercer tiempo. Y luego de encontrar esa foto imposible, socializa el procedimiento convirtiéndolo en colectivo para que otros hijos e hijas puedan tener también su foto. Como la foto en la que Marta Dillon aparece dos veces: siendo bebé junto a su madre, y ya adulta, más parecida a su mamá que a ella misma de pequeña.

Como dice el fotógrafo tucumano Julio Pantoja: con nadie puedo hablar con mayor apasionamiento de fotografía que con lxs HIJOS. Quizá porque conocieron a sus padres y madres a través de unas pocas fotos blanco y negro.²² Y es que muchxs hijxs (que eran muy pequeñxs e incluso no habían nacido en el momento del secuestro de sus padres/madres) les conocieron -y se siguen vinculando cotidianamente con ellxs a lo largo de los años- a través de unas pocas fotos. Fotos viejas, atesoradas, tan ajadas de tan acariciadas: son -en muchos casos- uno de los pocos indicios materiales que quedan de esas desapariciones forzadas, esas vidas interrumpidas abruptamente, arrancadas de entre nosotrxs, de las que se desconoce en la mayoría de los casos las circunstancias de su destino final y no existe certeza ni tumba.

(Nota al pie) No es nuevo el vínculo de Mariana con el proyecto fotográfico de Gabriel Orge de proyectar fotografías afuera (sobre el río, sobre un bosque, sobre una pared) haciendo aparecer a personas desaparecidas. En la película “(Des)Aparecer” (2023), que Mariana dirigió junto a Piotr Cieplak, trabajan sobre la localidad

2 Julio Pantoja, “Los hijos. Tucumán veinte años después (1996-2001)”, 2006, en la fotogalería del sitio *A 30 años [del Golpe de Estado de 1976]* del Ministerio de Educación. En línea en: <<http://www.me.gov.ar/a30delgolpe>>.

cordobesa de Bell Ville, a partir de la aparición de dos fotos de desaparecidas. Por un lado, la foto imposible de Ana Iliovich junto a su familia, estando desaparecida en La Perla, cuando luego de muchos meses de cautiverio la “autorizaron” a visitar a su familia el fin de semana y volver al campo de concentración el domingo, con la vida de sus compañerxs detenidxs como fianza de su regreso. Por otro, la proyección de Gabriel Orge en el balneario de Bell Ville de la foto de Susana Luque, una de las cinco desaparecidxs del pueblo. Elige hacerla aparecer con su vestido de flores en un espacio en el que seguramente estuvo y disfrutó muchas veces en su vida.

Libros hermanos

Cuando presentamos hace unos meses la reedición de *Traiciones* (que cuenta con un precioso prólogo de Mariana poniendo al día los debates en torno a las personas sobrevivientes de los campos de concentración desde el 2007 para acá, fundamentalmente desde la concreción de los juicios de lesa humanidad en los que lxs sobrevivientes fueron (son) testigos imprescindibles, planteé que sentía que *Fantasmas de la dictadura* es un libro hermano de *Traiciones*. Hermanos incorrectos porque ambos se meten en temas “inadecuados” o “incómodos” para los parámetros de la academia y también de la militancia.

Corridas del relato heroico, desafiando sus convenciones y registros, indagando en otras formas de escritura. Historias de vivxs y de muertxs. Historias de desaparecidxs que nunca aparecieron, y otros que sí, y no pudieron ser escuchadxs. De duelos que no pueden terminarse. ¿Se puede escribir un libro sobre la dictadura desde sus espectros, prestándole escucha y atención a los encuentros oníricos, sesiones de espiritismo, consultas con médiums, juegos de huija, señales inexplicables, aterrorizadoras o tranquilizantes? Zonas de contacto inesperadas, historias cotidianas para quienes trabajan (o trabajaban porque muchísimxs han sido despedidxs) en lugares de memoria, o para quienes les tocó ser vecinos de los CCDE, o entre aquellxs familiares que no cesan de buscar.

Me gustaría pensar *Traiciones* y *Fantasmas de la dictadura* como dos intentos hermanos (incorrectos políticamente, un poco osados) de nuestra generación de hijas de militantes de los setenta de corrernos de los lugares comunes de la retórica memorial para pensar en lo irresuelto, lo no se quiere escuchar o dejar aparecer. Respuestas ante, como dice Mariana, “El silencio como tumba” (p. 315).

¿Adónde están lxs desaparecidxs? ¿Adónde están lxs nietxs apropiadxs?

Hace unos meses, una estudiante en el final oral de la materia masiva que dicto en Filosofía y Letras (UBA) había elegido como tema especial la dictadura. Arañaba el 4 y para intentar ayudarla y que hablase un poco más le pregunté por qué había elegido ese tema. “En mi casa se habla mucho de la dictadura porque mi primo es desaparecido”, dijo. Y después aclaró: “el tío de mi mamá era militar y adoptó a un bebé desaparecido”. Le hablé de Abuelas, de la familia biológica que lo estará buscando, la necesidad de la identidad, de saber quién es, de dónde viene. No logré sacarle ni una palabra más. Reculó y reculó y reculó, dándose cuenta que había develado lo que no quería decir.

¿Adónde están? En las alturas. Hacia abajo, a 1.80 m. Hacia arriba, en los vuelos.

Siento que *Fantasmas de la dictadura* es también hermano del libro de Vinciane Despret, *A la salud de los muertos*. Por un lado, porque Vinciane empieza indagando sobre un muerto que aparece en sueños a su hijo y que no saben quién es (reconstruir que es un hermano mayor de su abuelo fallecido en un accidente de tren siendo adolescente, del que nadie en la familia habla, es la labor del libro), y a partir de allí, se pregunta sobre los modos de relación con lxs espectros, convoca a un trabajo colectivo, colaborativo entre muchxs.

Y en segundo lugar, porque ambos libros, en los que la escritura asume registros personales, íntimos, y a la vez puede dar cuenta de historias ajenas, que son historias comunes, son atrevidos en dar cabida a pensar zonas de encuentro entre vivos y muertos. Desde el territorio de lo onírico (los sueños como un lugar donde los muertos aparecen, nos visitan y a veces nos hablan) hasta las prácticas espiritistas.

La ficción, la literatura, el teatro, el cine, han sido pioneros en búsquedas espectrales para encarar dimensiones de la dictadura que sino quedan siempre obliteradas, atoradas, atrancadas. Pienso en la performance de Mariana Eva Pérez y Laura Kalauz, *Antivisita* (2022), adonde aparece en un lugar clave la apelación al ritual espiritista.

¿Por qué le cuesta tanto al saber académico y al discurso político dar cabida a los espectros? ¿Por qué no pueden producir saber desde lo que se siente, y no solo desde la razón?

Mariana Tello Weiss construyó su etnografía dando cabida, escuchando lo que todxs hablan en voz baja o no se permiten narrar, “experiencias en las que los fantasmas se manifiestan y sobre cómo estas son relatadas o silenciadas”.

Me tocó vivir un año cerca de la ESMA a inicios de los años ‘90, cerca de estación Rivadavia. Caminaba muchas cuadras de más para evitar pasar por delante de la ESMA, que era todavía un predio militar. Tenía miedo. La primera vez que entré, convocada por María Moreno a un encuentro sobre literatura y memoria en 2007, se me instaló un tremendo dolor de cabeza que no se me fue por varios días.

Cuando varias amigas, incluida Mariana, empezaron a trabajar en el predio, no podía evitar preguntarles ¿cómo aguantaban trabajar en la ESMA (o en La Perla), ir todos los días, pasar horas y horas allí?

Creo que es pura valentía. “Seguí a los fantasmas”, escribe Mariana, pero también te siguieron a vos: aparecieron en tus sueños, los perturbaron, movieron las cosas. Se puede decir que hiciste causa común con los fantasmas, como la médium más amorosa y decidida.

¿Adónde están lxs desaparecidxs?

Este libro nos susurra: “están por acá”.

Relativizar para justificar

SANTIAGO CUETO RÚA*

Acerca de *Anatomía de una mentira. Quiénes y por qué justifican la represión de los setenta*, de Hernán Confinio y Rodrigo González Tizón. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2024, 249 páginas.



En *Anatomía de una mentira*, Hernán Confinio y Rodrigo González Tizón ubican el foco, no ya en la experiencia de militantes políticos alcanzados por el terrorismo de Estado, como en sus libros anteriores, sino en las voces de aquellos que intentan esmerilar la legitimidad de los discursos, políticas públicas y saberes que la sociedad argentina ha construido a partir de la impugnación de la última dictadura.

El libro puede oficiar de puente entre los escenarios académicos en los que sus autores se formaron y la discusión pública donde esas voces están operando. Sin perder rigor, el texto anticipa la posibilidad de ser leído por un público no experto.

Confinio y González Tizón analizan los discursos mencionados teniendo en cuenta dos experiencias del pasado. Por un lado, la discusión pública en torno al Holocausto, en especial el debate de diversos historiadores con quienes negaban los crímenes del nazismo, lo que dio lugar al término “negacionismo” –término que los autores proponen no aplicar sin mediaciones al caso argentino–. Por el otro, las voces de los propios perpetradores del terrorismo de Estado local y sus defensores, que una vez recuperada la democracia perdieron legitimidad y circularon casi exclusivamente de modo subterráneo. Esta última referencia es la que predomina en el texto.

El ejercicio analítico principal de los autores es demostrar que estas voces no suponen una novedad. No emergen para dar cuenta de algo que el paso del tiempo logró que se descubriera; no hay fuentes nuevas, no hay hallazgos. Son discursos que vienen a replicar lo dicho en el pasado para justificar el terror estatal con el fin, hoy, de deslegitimar las políticas que tramitaron ese pasado en clave de Memoria, Verdad y Justicia.

No hay nada nuevo, sin embargo, el fenómeno lo es. Los autores muestran que la novedad está en el lugar de enunciación de quienes defienden estas posiciones. Aquello que había sido planteado por los perpetradores y que, durante décadas, no

.....
*Licenciado en Sociología, Magister en Historia y Memoria, Doctor en Ciencias Sociales por la UNLP. Docente de la carrera de Sociología e investigador del IDiHCS (FaHCE, UNLP).

había tenido la capacidad de emerger a la esfera pública encarna, en el presente, la voz oficial.

Con esta hipótesis como punto de partida, proponen un exhaustivo recorrido sobre estos discursos cuya primera estación es la idea de que Argentina en los años setenta vivió una “guerra”.

Quien repuso ese discurso fue Javier Milei, por entonces candidato a presidente. Como se sabe, esta es una idea que cobra la forma de la justificación: dado que las guerrillas, inspiradas en ideologías foráneas, estaban librando una guerra, el Ejército argentino se vio obligado a defender la nación apelando a lógicas bélicas. Los autores desarman esta argumentación a través de una productiva estrategia metodológica: para determinar si un acontecimiento efectivamente sucedió no alcanza con reponer las voces de los actores que lo protagonizaron. Es decir, pese a lo que parte de la militancia revolucionaria concebía, no hay argumentos sólidos que señalen que efectivamente se vivió una guerra. A su vez, un análisis de los documentos militares advierte que desde unas décadas antes del Golpe las fuerzas de seguridad pensaban la seguridad interna como un tema de defensa, como si se enfrentaran a un enemigo externo, lo que evidencia que la lógica bélica para desarticular la militancia política precede a la formación –hacia fines de los sesenta– del activismo revolucionario.

La segunda estación está protagonizada por Victoria Villarruel quien, a poco de ser elegida candidata a vicepresidenta por La Libertad Avanza, señaló que su intención era poner el foco en las personas que fueron víctimas de la violencia revolucionaria. Su voluntad, afirmó, no era eliminar la historia sino completarla. En este capítulo se demuestra que este activismo por la memoria completa no es nuevo y que las fronteras entre la voluntad de recordar a esas víctimas y reivindicar lo realizado por los perpetradores es demasiado porosa. Por otro lado, la constatación de que este activismo emerge y se organiza cada vez que crece la amenaza de encarcelar a los represores invita a pensar que su verdadero objetivo no es recordar a aquellas víctimas –acto cuya legitimidad los autores hacen bien en señalar– sino evitar el camino de la justicia, cuando no llanamente defender el accionar represivo.

La tercera estación también está protagonizada por Villarruel. En 2021 sostuvo que las víctimas del terrorismo de Estado no fueron 30 000. Los autores se ven obligados a retroceder históricamente hacia argumentos que la sociedad argentina parecía tener asimilados: la imprecisión sobre el número final de desaparecidos no es una responsabilidad de los organismos de derechos humanos ni de las gestiones estatales que validaron estos reclamos sino de los perpetradores que eligieron llevar adelante un proceso represivo clandestino, que en tanto tal, no incluyó listados sobre las personas alcanzadas por la represión. En el texto se reponen los diferentes listados en base a los cuales surge la estimación canónica de 30 000 desaparecidos y también el carácter disputado y abierto de las nóminas. Se muestra cómo detrás de la intención de precisar el número de las víctimas hay un intento por deslegitimar las voces que encontraron en el número 30 000 un significante que cohesionó sus demandas, sus prácticas y sus representaciones. Lejos de una pulsión de verdad fundada en una pasión aritmética, lo que se presenta es una disputa política que pretende impugnar un símbolo para destruir una demanda.

En la cuarta estación termina de quedar claro que la activista principal de este discurso es Villarruel. En este caso, compone la escena televisiva junto a Roberto Perdía y Luis Mattini, ex militantes guerrilleros, y tiene como foco retomar la idea de que la militancia política de los años setenta debe ser definida como terrorista y que por lo tanto sus víctimas deben ser recordadas. El trabajo analítico de los autores vuelve a mostrar qué intenciones políticas hay detrás de estas revisiones del pasado. En este caso, si la motivación para cuestionar la violencia de la guerrilla estuviera inspirada por un afán de conocer y analizar críticamente estas experiencias, se evitaría caer en el simple esquema que le asigna a la guerrilla ser la causa de un efecto inevitable: la represión estatal. A diferencia de miradas como la de Villarruel, los autores proponen sí observar críticamente a la guerrilla inspirados por un espíritu analítico. De allí algunas observaciones: no toda la militancia setentista implicó la opción por la guerrilla; los militantes guerrilleros no eran un grupo de fanáticos engegucidos por el uso de la violencia ni desligados de la política; el calificativo de terroristas estigmatiza más de lo que explica; no se trata de una experiencia poco revisada, aunque quizás algo soslayada en miradas románticas del pasado que funden acríticamente la figura de la víctima con la del militante político; y por último, aunque no menos importante, es indispensable acompañar una mirada crítica de la violencia política con una impugnación contundente del plan represivo que se desplegó bajo el supuesto de enfrentarla.

Las voces indagadas en el libro no componen un coro negacionista, tal como sucede en torno al Holocausto, pero sí suponen una relativización, cuando no lisa y llanamente una reivindicación, del accionar de la dictadura, articulado con un afán por quebrar las políticas de Memoria, Verdad y Justicia. Si la relación entre historia y política siempre es compleja, dado que aún los trabajos académicos más sólidos están cruzados por valoraciones ideológicas, Confino y González Tizón muestran que estas voces no pretenden una revisión crítica del pasado, ni completar una memoria para incluir en el panteón de las víctimas a personas que efectivamente merecen ser incorporadas, sino deslegitimar las militancias y las políticas públicas que habilitaron que nuestra sociedad haya tramitado su pasado reciente mediante un proceso de justicia que resultó ejemplar.

Los afectos y emociones para la represión.

JOAN PORTOS GILABERT*

Acerca de *Deseo de combate y muerte. El Terrorismo de Estado como cosa de hombres*, de Santiago Garaño. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2023, 440 páginas.



En febrero de 1975 el Ejército Argentino puso en marcha formalmente el Operativo Independencia que tenía por objetivo reprimir, en la provincia de Tucumán, al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). El libro *Deseo de Combate y Muerte* de Santiago Garaño analiza esta operación, pero da un paso más, al tomar al Operativo Independencia como piedra angular para indagar en las condiciones de posibilidad para el surgimiento, desarrollo, ejecución y puesta en práctica del Terrorismo de Estado.

En esta obra, el autor profundiza y amplía las investigaciones que desarrolló para su tesis Doctoral en Antropología. Por esto, transitando la arbitrariedad de las fronteras disciplinares, nos encontramos con un libro de antropología, donde la definición disciplinar se revela, para empezar, en dos planos de la pregunta en torno a la construcción y comprensión de la alteridad. El primero implica el desafío metodológico de abordar la otredad de los perpetradores del proceso represivo. Porque el eje central del libro implica la búsqueda de comprensión y explicación de la posición de los represores: ¿Cómo fue posible que ejecutaran acciones de esa envergadura de violencia y criminalidad? El segundo plano, justamente, surge a partir de revelar que la respuesta a esta pregunta implicó la construcción sentida y vivenciada de una alteridad peligrosa y acechante: la subversión. Y, también, una forma particular, sentida y vivenciada, de cómo tratarla: el deseo de combate y muerte.

El libro se divide en una introducción, tres partes, divididas en tres capítulos cada una, y un epílogo. Es de considerar la estructura ordenada de redacción. Cada capítulo y cada parte cierran con una recapitulación y síntesis de las ideas y nociones centrales desarrolladas. En su elaboración, Garaño entreteje un uso diverso de fuentes que van desde el análisis de expedientes judiciales, disposiciones y reglamentos militares, memorias de oficiales del Ejército Argentino, hasta un profundo trabajo de campo basado en entrevistas a ex soldados conscriptos y gendarmes que participaron del Operativo Independencia.

* Profesor en Ciencias Antropológicas, FFyL, UBA. Coordinador y docente del Departamento de Antropología, FH, Universidad Nacional de Mar del Plata.

En la introducción se realiza una síntesis de las ideas centrales del libro y se recuperan los principales conceptos teóricos que organizan el análisis, fundamentalmente, la apelación al giro afectivo. Una persona adepta a leer solo las introducciones de los libros se podrá encontrar con un profuso resumen de las ideas centrales de la obra.

En la primera parte, denominada “Afectos, emociones y sentimientos” desarrolla el proceso de construcción del ya anunciado “deseo de combate” basado en la construcción de una moralidad, sustentada en el mandato del sacrificio de la vida y la deuda con los camaradas “caídos”. Desde estas nociones, se describe el operativo Independencia como un rito de pasaje que, mientras flexibilizó ciertas jerarquías militares, puso en práctica el aprendizaje represivo. Esta primera parte toma como caso paradigmático el estudio de la causa judicial iniciada en 1974 por el asesinato de Humberto Viola. Un hecho que es habitualmente, y en diversas coyunturas, retomado por sectores que reivindican el accionar represivo. Garaño, a partir de este caso, demuestra que desde 1974, el accionar represivo en Tucumán no puede ser categorizado bajo las oposiciones legal/ilegal y estaba estructurado desde una trama que articulaba las cárceles, los tribunales y los centros clandestinos de detención.

En esta parte se encuentra una de las novedades centrales de la obra: la apelación al giro afectivo para lograr una explicación y comprensión del punto de vista de los perpetradores. Logro que Garaño alcanza sin recurrir al más mínimo relativismo, a veces, remanido en algunos enfoques etnográficos. De este modo, la obra demuestra cabalmente que las condiciones afectivas y emocionales no fueron la respuesta obvia y “natural” a las acciones de las organizaciones armadas, fueron el producto de una política interna de las Fuerzas Armadas que buscó hacer deseable lo obligatorio. A partir esta interpretación, muestra que identificar una “construcción social” no la hace menos sincera, verdadera y afectivamente profunda para los actores que la vivencian.

En la segunda parte, titulada: “Mostrar y ocultar”, y en la tercera, “Entre fuleros, héroes y traidores”, la obra se adentra en la descripción detallada de particularidades del Operativo Independencia. Se describe la estructura de funcionamiento y las diferentes etapas del operativo y detalla la doble misión que desplegó: imponer un dominio militar en Tucumán y generar una acumulación de experiencia represiva. A la vez, desarrolla otra de las innovaciones de la investigación, concebir la construcción del “Monte Tucumano” a partir de la metáfora del “teatro de operaciones”, alejándose de la naturalización del paisaje y, por lo tanto, entendiéndolo como un producto espacial e histórico de la experiencia de violencia y represión política. Garaño muestra cómo, a partir de esta puesta en escena, se desplegó una cultura del terror que tuvo a los soldados conscriptos como audiencia privilegiada y acrecentó una sensación constante de peligro en toda la tropa a partir de la circulación de una serie de rumores que exageraban la capacidad y presencia acechante de la guerrilla. Finalmente, la obra detalla la superposición de dos tramas en el despliegue del Operativo Independencia: una violencia normalizada hacia los conscriptos y una trama de represión política que articulaba lo legal, lo ilegal, lo visible y lo oculto.

El libro cierra con un epílogo en el que Garaño describe su experiencia como testigo de contexto y la incorporación de su tesis doctoral al expediente de la causa

judicial en torno al Operativo Independencia. Por un lado, realiza una reconstrucción de carácter etnográfico de su participación en esa audiencia. Y, por el otro, aporta una interesante reflexión sobre la práctica antropológica en este contexto, basada en el desafío de familiarizar lo exótico, al tener que dar cuenta de la experiencia de los soldados conscriptos entre 1975 y 1977. Y de exotizar lo familiar, al tener que presentar los postulados de su tesis que desnaturalizan muchas construcciones de sentido común sobre el servicio militar obligatorio. El cierre del libro implica una potente reflexión sobre los alcances y especificidades de la intervención desde las ciencias sociales en general y de la antropología en particular.

Como se mencionó, es un libro de antropología que parte de un proceso histórico. Pero, además, es un libro que puede ser leído por público muy amplio, al cual se le brindan las herramientas interpretativas, la forma de mirar y leer de un antropólogo. Y aquí se desprende otra lectura del libro: su uso como herramienta pedagógica. Es una obra que puede ser trabajada, seguramente con acompañamiento didáctico, desde el nivel medio hasta el superior del sistema educativo. Porque además de todos los aportes descriptivos y analíticos del caso, se convierte en esas publicaciones tradicionales usadas por docentes para iluminar y entender, a partir de un caso empírico, las posibilidades de aplicación y uso de conceptos y teorías de autores clásicos. Así, aparecen Mauss, Taussig, Agamen, Balandier, Judith Butler, Deleuze, Spinoza, Mary Douglas, entre otros y, obviamente, la mirada aprehendida y aprendida del Equipo de Antropología Política y Jurídica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Y todos y todas aparecen sin usos rimbombantes, sin palabras difíciles ni apelaciones forzadas.

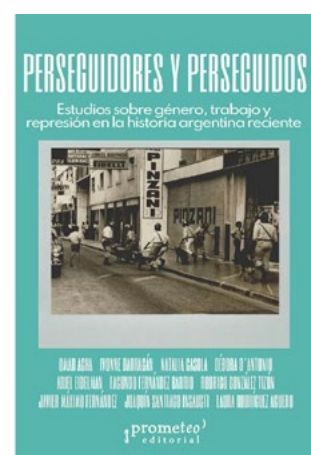
A la vez, el libro se constituye en un poderoso vehículo de memoria, en una excelente herramienta para una pedagogía de la memoria. Obviamente por el tratamiento novedoso, que hace del tema en sí. Pero, además, por lo formulado en la primera oración de la introducción: cómo fue posible el surgimiento del Terrorismo de Estado en la Argentina. Pregunta claramente informada por los postulados clásicos de las pedagogías de la memoria que nos invitan a trabajar las condiciones de posibilidad para el surgimiento del exterminio y a desarrollar el trabajo de vinculación de las diferencias y similitudes entre el pasado y el presente. Desde sus primeras líneas, quizás sin decirlo, el libro nos propone que todo ejercicio de memoria, solo es significativo si se ata al presente y a las disputas y discusiones del presente.

Desde este lugar, es muy difícil atravesar la lectura sin pensar en la coyuntura argentina abierta, para poner una fecha, el 10 de diciembre de 2023. Con riesgo de redundancia, el libro aporta a diversos debates del presente ¿Cómo se gesta un proceso represivo? Propone la desnaturalización de la predisposición y disposición para la práctica represiva y la piensa como una construcción política, en gran medida basada en una experiencia afectiva. Desde allí, nos invita a problematizar la importancia de pensar la potencia afectiva en la política del presente. Finalmente, y totalmente vinculada a esta noción, la lectura permite pensar los actuales procesos de construcción del adversario político como enemigo y como otredad. Y como, el enemigo/otro se intrinca necesariamente con la constitución de un “estado de excepción” que se vuelca sobre vidas que valen menos o vidas que merecen morir.

Historias sobre género, trabajo y represión en tiempos de negacionismo

CRISTIAN NAHUEL RAMA*

Acerca de *Perseguidores y perseguidos: estudios sobre género, trabajo y represión en la historia argentina reciente*, de Omar Acha, Ivonne Barragán, Natalia Casola, Débora D'Antonio, Ariel Eidelman, Facundo Fernández Barrio, Máximo Fernández, Rodrigo González Tizón, Santiago Joaquín Insausti y Laura Rodríguez Agüero. Buenos Aires, Prometeo, 2024, 200 páginas.



Perseguidores y perseguidos explora distintas experiencias de organización, militancias y represión en las que mundo del trabajo y el género son los vasos comunicantes. Con rigor conceptual y densidad empírica, sus siete capítulos constituyen un aporte novedoso sobre temas, problemas y sujetos diversos, que se entrelazan constituyendo una trama común. El libro, que forma parte de la colección *Pasados presentes* de la editorial Prometeo, dirigida por Débora D'Antonio, apuesta por el tratamiento de una cronología amplia, que va desde la década del cuarenta hasta los años noventa del siglo XX y examina un rico y heterogéneo corpus documental.

La obra se divide en tres partes. La primera, “Ideologías, cultura obrera y exclusión”, incluye dos capítulos. La contribución de Omar Acha pone el foco en el proceso por el cual el anticomunismo, hasta los años cuarenta un fenómeno de las clases dominantes y del nacionalismo católico, fue asimilado por las organizaciones sindicales peronistas. Acha ubica este giro a principios de los años cincuenta, en el momento en que la central obrera se incorporó como tercera rama. A partir de este proceso, sostiene, el anticomunismo obrero se convirtió en una pieza clave de la identidad peronista en la que cobró centralidad una masculinidad obrera y nacionalista y en la que se pensó a las mujeres como menos propensas a la seducción roja, reforzando así estereotipos tradicionales.

Situado en el mismo periodo, el capítulo de Máximo Javier Fernández y Santiago Joaquín Insausti aborda la construcción de identidades sexuales y de género en el marco de las transformaciones que implicó el modelo de sustitución de importaciones del peronismo. Tras examinar una serie de experiencias de maricas y tra-

.....
*Doctor, licenciado y profesor en Historia por la FFyL, UBA. Docente de la UNDAV. Investigador Asistente del CONICET (a la espera del alta por el Poder Ejecutivo).

vestis en espacios laborales y sindicales, los autores concluyen que las transformaciones económicas del modo de producción tuvieron una profunda imbricación en los géneros y sexualidades, convirtiendo al mundo del trabajo en el principal escenario donde se organizaron las políticas y subjetividades *queers*.

La segunda parte, “Violencias, explotación y apropiaciones”, está organizada en tres capítulos. Débora D’Antonio y Ariel Eidelman analizan el rol de las mujeres policías de la brigada de San Martín en la represión dictatorial. Poniendo en un lugar central a un sujeto poco visible en los estudios y memorias sobre la represión, la investigación reconstruye minuciosamente la genealogía de las brigadas femeninas y muestra cómo sus funciones tradicionales –tutela de mujeres y menores– resultaron adecuadas a las lógicas del combate antisubversivo de mediados de los setenta. D’Antonio y Eidelman destacan la participación que estas mujeres tuvieron en el tráfico de hijos de desaparecidos y logran demostrar –una vez más–, cómo el sistema represivo ilegal se montó sobre instituciones preexistentes y cómo la violencia estatal se estructuró en clave de género.

El capítulo de Facundo Fernández Barrio y Rodrigo González Tizón examina las tareas forzadas impuestas a detenidos y detenidas en centros clandestinos. Tomando como objeto de estudio cuatro espacios de cautiverio pertenecientes a tres zonas de defensa, los autores muestran la sistematicidad de estas prácticas y observan que una cantidad considerable de labores se repetían y organizaban bajo esquemas similares en los distintos centros de detención. En esta línea, elaboran una tipología de tareas y analizan sus condicionamientos de género, destacando la reproducción de roles tradicionales sobre la masculinidad y feminidad, aunque en ocasiones las lógicas podían verse bajo tensión.

En la tercera contribución de esta sección, Ivonne Barragán indaga cómo la Marina construyó una cultura en la que los modales distinguidos, masculinos y aristocráticos se articularon con el ejercicio de la violencia. Barragán trabaja con dos documentos muy particulares que permiten ver la subjetivación de esos valores en represores de la última dictadura: los legajos de servicio de la Armada y una carta que el oficial Jorge Vildoza –un personaje central de la represión en la ESMA– envió a la familia de un hijo de desaparecido de quien se apropió y con el que se dio a la fuga en los años ochenta. La autora muestra que los modelos de honorabilidad y masculinidad permitieron a Vildoza, luego de que Javier –el hijo apropiado– procurara recuperar su identidad, ensayar argumentos ante la familia de sus víctimas en los que convivieron una ética de lo actuado junto a la negación de sus crímenes.

La última sección del libro, “Activismos, organización y militancias”, está compuesta por dos capítulos. El de Laura Rodríguez Agüero, indaga en las primeras organizaciones que lucharon por la liberación femenina en Mendoza. El capítulo discute con cierto relato que cristaliza a la sociedad mendocina como conservadora y muestra que las militancias contra la opresión femenina, resultaron previas a las de Buenos Aires y fueron parte del proceso de movilización política de los años setenta. Rodríguez Agüero destaca las intensas redes partidarias, religiosas y sindicales que pusieron en cuestión la doble explotación –laboral y doméstica– que padecían las mujeres, y que estas tramas, pese a los efectos del terror paraestatal y estatal, pervivieron en el movimiento de mujeres de los ochenta.

Finalmente, el capítulo de Natalia Casola se enfoca en la politicidad de las amas de casa y su irrupción en la esfera pública. La autora plantea que a lo largo del siglo XX existieron “políticas de la domesticidad” que procuraron transformar a las mujeres en amas de casa y ciudadanas, y “domesticidades políticas” por las que distintas organizaciones de mujeres –de derecha e izquierda– problematizaron, por distintos caminos, la condición femenina en el ámbito reproductivo y la división sexual del trabajo. En coincidencia con el capítulo previo, Casola encuentra en los años sesenta un resquebrajamiento en los idearios de domesticidad que se profundizó, en paralelo a la persecución estatal, en las décadas siguientes, especialmente a partir de los años ochenta, cuando la perspectiva feminista ganó mayor densidad teórica e impacto social, lo que se tradujo en propuestas de salario y jubilación para las amas de casa.

En definitiva, *Perseguidores y perseguidos* se presenta como una obra coral, rigurosa, sólida y comprometida, que enriquece los estudios sobre la historia reciente y ofrece herramientas conceptuales para comprender las articulaciones entre género, clase y violencia. En un contexto en el que las derechas buscan reescribir el pasado desde perspectivas negacionistas, este libro reafirma la potencia política del conocimiento histórico fundado en la evidencia, el análisis crítico y el compromiso democrático, por lo que su lectura es imprescindible para quienes deseen entender las raíces estructurales de la represión en la Argentina y sus persistencias simbólicas en el presente.

Fronterita contado desde abajo

CONSTANZA CATTANEO*

Acerca de *Fronterita cuenta su historia*, de Ana Sofía Jemio, Silvia Gabriela Nassif y Daniela Wieder. Tucumán, Humanitas, Departamento de Publicaciones, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán (UNT), 2025, 269 páginas.



Este libro cuenta la historia del Ingenio La Fronterita realizado por las investigadoras Ana Sofía Jemio, Silvia Gabriela Nassif, Daniela Wieder (entre otros colaboradores) y con el gran aporte gráfico del fotógrafo Diego Araoz. Las autoras confluyeron en la realización de este libro luego de que cada una haya realizado su propia trayectoria de investigación desde temáticas que tenían en común el territorio analizado. Ana Jemio, Socióloga y Doctora en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, viene trabajando hace décadas el Sur Tucumano haciendo foco en el impacto de la represión durante el Operativo Independencia. Silvia Nassif es historiadora, magister en Psicología Social y Doctora en Historia de la Universidad de Buenos Aires; focalizó sus investigaciones en el impacto que tuvo en la clase trabajadora tucumana el cierre de 11 ingenios azucareros a partir del año 1966 y las formas de resistencia que adquirieron. Daniela Wieder es profesora en Historia y se encuentra realizando su doctorado en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, sus investigaciones se focalizan sobre los trabajadores docentes de la Provincia de Tucumán en las décadas del '60 y '70.

Las autoras en este libro nos adentran al territorio social del Ingenio La Fronterita, en el departamento de Famaillá, al sur de la capital de la provincia de Tucumán. A través de un diálogo con quienes habitaron y trabajaron en el ingenio y sus colonias, en las páginas de este libro se reconstruye la cotidianeidad del trabajo, los conflictos laborales, los vínculos, los afectos y el impacto que sufrieron durante el período de represión clandestina iniciado con el Operativo Independencia. A lo largo de sus páginas, el uso de las imágenes y fotografías que acompañan el relato histórico, no sólo complementan lo narrado, sino que también aportan una dimensión testimonial y emotiva fundamental para la comprensión del contexto social y político vivido por los trabajadores y sus comunidades. Los ingenios azucareros cumplieron un rol clave en la configuración del territorio de la provincia. Es a partir del desarrollo de la industria que al paisaje caracterizado por el verde

*Doctora en Arqueología. Docente de la Universidad Nacional de Tucumán. Miembro del Laboratorio de Investigaciones del Grupo Interdisciplinario de Arqueología y Antropología de Tucumán.

de las yungas cambiaría, esta agroindustria se desplegó generando toda una serie de cambios a los modos de vida hasta ese momento conocidos, configurando otros que persistirán a lo largo del siglo XIX y entrado el siglo XX.

Para construir esta historia, el libro se apoya en una amplia gama de documentos y fuentes, incluyendo archivos sindicales, bases de datos sobre el genocidio y documentación judicial relacionada con los crímenes de lesa humanidad cometidos en la provincia. El aporte central de la obra reside en su mirada desde abajo, en el interdiálogo construido con las familias, recuperando sus memorias individuales y colectivas, de quienes vivieron y resistieron los procesos de crisis y violencia. Uno de los puntos clave es el compromiso en visibilizar las vivencias de los trabajadores azucareros y sus familias, quienes han sido históricamente marginados en los relatos oficiales.

El libro se divide en dos grandes secciones, una primera donde las autoras nos adentran al universo del Ingenio La Fronterita, cómo se fue configurando alrededor de la fábrica la vida de cientos de pobladores de la zona. Uno de los aspectos relevantes es el foco puesto en la vida en las colonias azucareras, sumamente olvidadas en la historiografía local. Es a partir de hacer foco en las familias obreras que nos aproximan a la vida cotidiana en estos poblados, en cómo en las épocas de zafra se nutrían de miles de trabajadores que venían de provincias aledañas como Santiago del Estero y Catamarca. Este racconto se entrelaza con la historia sobre el derrotero de la industria azucarera desde su época de auge hasta el cierre de los ingenios, para luego adentrarse en lo sucedido a partir del inicio del Operativo Independencia y la represión clandestina.

La segunda sección se enfoca en la historia de las familias obreras e incluye una recopilación de entrevistas que registran el testimonio directo de quienes fueron afectados por la represión y por los profundos cambios socioeconómicos acaecidos en esta región de Tucumán. Estas voces ofrecen una perspectiva viva acerca de las experiencias individuales y colectivas en las familias que habitaron este territorio, vinculándose estrechamente la memoria y el análisis de las violaciones a los derechos humanos ocurridas a partir del inicio de la represión clandestina.

Un día han venido los militares y nos han juntado a la mitad del barrio en una casa de frente a la iglesia. Nos han metido a todos, todos, todos en una casita. Era una cosa que estábamos pegados todos. Yo me acuerdo que lloraba, no podía respirar porque era chica y mis hermanos me levantaban para que tome aire. A la otra mitad del barrio, los han metido en otra casa, no me acuerdo cual. Nos han sacado a todos los del barrio, ¡imagínese todos los hijos y la gente metidos en dos casas! Ellos venían con orugas y traían a un chico muerto, de boxer o slip, y al otro lo traían vivo, con un palo atado con alambres. Ese día ha sido terrible, a eso no me lo olvido más. Eso yo nunca me lo olvido. Aquí Laureles era un caos. Aquí han hecho mucha cosa. (Pp. 184)

Es el relato de aquellos que hoy esperan justicia por las graves violaciones a los derechos humanos ocurridas en Tucumán durante el terrorismo de Estado. Estos relatos provienen de víctimas, familiares y sobrevivientes que han hecho sus denuncias por los secuestros, las desapariciones forzadas y torturas, y que luchan en la actualidad por que se haga justicia.

Este libro resulta fundamental porque se publica en un momento crucial, en el marco de la batalla por la inminente elevación a Juicio Oral de una causa emblemática. Este hecho representa un hito histórico, ya que por primera vez se lleva a juicio a empresarios vinculados con la industria azucarera de la provincia de Tucumán, responsabilizándolos por su papel en la represión ejercida durante el Operativo Independencia y la posterior dictadura militar. Hasta ahora, el único caso similar que llegó a esta instancia judicial fue el de Pedro Blaquier en la provincia de Jujuy. La publicación del libro, por tanto, no sólo aporta una revisión profunda y documentada de estos hechos, sino que también acompaña y fortalece el proceso de Memoria, Verdad y Justicia, señalando la participación empresarial en las violaciones a los derechos humanos.

Visibilizar las experiencias de los trabajadores azucareros y sus familias, quienes fueron protagonistas centrales de un proceso histórico marcado por la explotación, la resistencia y la violencia estatal en Tucumán, es uno de los objetivos principales alcanzados. Este libro rescata los testimonios y relatos mediante los cuales se puede reconocer las múltiples dimensiones del genocidio y las formas en que el terrorismo de Estado afectó no solo a los individuos, sino a toda una comunidad laboral y social.